



EL HOMBRE DE NIEVE

Jörg Fauser



Lectulandia

Blum es un traficante de poca monta que trata de deshacerse de unas viejas revistas porno en Malta. Acosado por la policía para que abandone la isla, logra hacer un trato con un italiano, con tan mala suerte que se las roban antes del intercambio. La búsqueda del italiano le llevará a Múnich, donde hallará dos kilos y medio de la mejor cocaína peruana. Blum no puede creerse su golpe de suerte, pero no le va a resultar tan fácil colocar la mercancía...

Jörg Fauser

El hombre de nieve

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2021

Título original: *Der Schneemann*
Jörg Fauser, 1981
Traducción: Emilio José González García
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Blum miró el reloj. Ya era la hora. Acabó la taza de café, cogió un mondadientes del palillero de plástico y le hizo una seña al camarero. La suma no era elevada —al cambio apenas cinco marcos—, pero tenía que hacer algún negocio pronto si quería comer caliente la semana próxima. No le gustaba tener que recurrir a sus reservas. Dejó un par de céntimos de propina en el platillo y al salir saludó al encargado con un ejemplar enrollado del *Times of Malta*. Éste estaba jugando a las cartas con la hija del dueño. Un chico listo. Quizá pronto sería un cliente.

La luz era tan fuerte que le cegó durante un momento. Buscó a tientas las gafas de sol y, cuando concluyó que seguramente las habría olvidado en el hotel, vio, junto a un carruaje tirado por un viejo caballo blanco, al coche que llevaba algunos días pisándole los talones. Uno de sus dos ocupantes se bajó y se acercó hasta él. Era un tipo bajito de cabellos negros y vestía una chaqueta de cuero; la clase de gente que nunca olvida las gafas de sol.

—¿Señor Blum?

A pesar de que acababa de beber algo, tenía la garganta seca. Se sacó el palillo de la boca.

—¿Sí?

—Sólo será un momento, señor.

El tipo abrió su cartera y le mostró esa identificación que siempre tiene el mismo aspecto, da igual en qué lugar del mundo te encuentres. Blum notó que empezaba a sudar. Desde la tienda de periódicos le llegó la voz del comandante inglés jubilado. El *Daily Mail* tampoco había llegado hoy.

—¿De qué se trata?

—El inspector Cassar se lo explicará. No es más que una formalidad.

—¿Inspector? No lo entiendo. Soy un turista...

Pero Blum lo entendía muy bien y tenía claro que el policía también. El comandante se dejó convencer una vez más y acabó comprando el *Daily Telegraph*. Blum tiró el palillo y siguió al policía hasta el coche. Tampoco parecía tener ninguna otra posibilidad a esas horas de la mañana.

2

Era un cuarto pequeño y con olor a cerrado, pero así eran casi siempre. Había un ventilador en el techo, aunque no funcionaba. Escasez energética. El inspector había apoyado la silla contra la pared y mantenía su rostro oculto entre las sombras, pero Blum había visto lo suficiente como para saber que no se trataba de un rostro que uno quisiera recordar. El pelo castaño con la raya marcada y una boca de pez que se contraía constantemente. Llevaba un traje oscuro impecablemente planchado. Los dedos que pasaban las páginas del pasaporte de Blum eran musculosos y lucían una manicura perfecta. Esos dedos dejaron el pasaporte a un lado, hojearon una carpeta y regresaron al pasaporte. Tal vez les gustara más ese papel.

—Tiene un visado de turista válido por un mes, señor Blum.

El inspector Cassar hablaba un irreprochable inglés de funcionario. «Un bastardo», pensó Blum, mientras asentía con la cabeza.

—Su visado caduca dentro de tres días.

—Podría renovarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me encanta estar en Malta, por ejemplo.

—Ya lleva bastante tiempo en esta región, señor Blum. Algo muy raro en un turista, ¿no le parece?

—Conozco turistas que pasan años de viaje.

—¿Se refiere a esos que llevan pelo largo, mochilas y guitarras? ¿A los jóvenes? Pero, señor Blum, por favor. Si su pasaporte no está falsificado, nació el 29 de marzo de 1940. Me resulta difícil creer que pueda considerarse joven.

Blum miraba fijamente a la pared. Una mosca inspeccionaba la foto del presidente. El hombre inspiraba más confianza que el inspector Cassar. Posiblemente ésa era la razón por la que había llegado a presidente.

—¿Puedo preguntarle en qué trabaja, señor Blum?

La voz del inspector seguía siendo la de un funcionario que guardaba las distancias, pero Blum percibió un tono algo más duro.

—Soy empresario, señor.

El policía acercó su silla y volvió a coger la carpeta.

—Ajá. Y ¿a qué negocios se dedica?

—El último fue un negocio de importación-exportación en Berlín.

—¿El último?

—Bueno, los negocios no iban bien, así que le pedí a mi socio que me pagara mi parte para irme de vacaciones durante algún tiempo. Una pausa creativa, como quien dice.

El inspector Cassar se encontraba ahora muy cerca del escritorio y un rayo de luz solar le caía sobre el rostro. Sus ojos eran amarillos. Ojos de fiera. Blum sintió que el corazón se le aceleraba. Apagó el cigarrillo. Tenía los dedos húmedos por el sudor.

—Para ser alguien que se dedica al negocio de importación-exportación usa un vocabulario muy peculiar, señor Blum. «Una pausa creativa». ¡Qué tontería! ¿Quiere que le diga por qué se ha tomado una «pausa creativa»? Porque pertenece a una banda internacional de ladrones de arte y pretenden actuar en Marruecos, en España, en Túnez y ahora también aquí, como hizo en Estambul.

El tono seco de Cassar le recordó a Blum a esos profesores de colegio a los que les gusta abusar de los silogismos. El inspector sacó un cigarrillo de la marca Benson & Hedges y echó el humo por encima del escritorio, hacia la americana de Blum.

—¿En Estambul? No le entiendo...

Cassar golpeó la carpeta con los nudillos.

—Me entiende muy bien, señor Blum. Según la Interpol, en 1969 formaba parte de la organización que robó tesoros antiguos del museo arqueológico de Izmir por valor de más de dos millones de dólares. Entre ellos, la diadema representando los doce trabajos de Hércules...

Blum carraspeó.

—Inspector, permítame que le interrumpa. Ese asunto que menciona no es más que una maraña de viejas infamias que en su momento rebatí claramente ante la Policía de Estambul. Aunque la Interpol aún no se haya dignado a darle carpetazo, tenga en cuenta que no son más que rumores y sospechas completamente infundados. Si mi tiempo no fuese demasiado valioso, procedería contra ellos judicialmente.

Cassar sonrió.

—¿Llevaría a juicio a la Interpol? He de admitir que no le falta valor, señor Blum.

—¿Yo no tuve nada que ver con aquel asunto! ¿Acaso cree que los turcos me habrían dejado ir si hubiesen podido probar cualquier relación con el robo?

—En este momento, lo que hicieran o dejaran de hacer los turcos no me interesa lo más mínimo —la voz de Cassar era ahora cortante—. Si ha tramado algo aquí, en nuestra isla, olvídelo, señor Blum. Un robo de objetos artísticos en Malta no sólo contraviene las leyes de nuestra república democrática, sino también la fe católica del pueblo. Toda una vida no sería suficiente para cumplir la pena que se le impondría.

Arrojó la carpeta con desprecio al interior del archivo. La mosca se cagó sobre la oreja del presidente. Blum se puso en pie.

—No soy ningún ladrón de arte, inspector Cassar.

—Sea cual sea su profesión, señor Blum, no tendrá tiempo de ejercerla aquí. Como ya le he dicho, su visado caduca dentro de tres días. Yo en su lugar no me haría muchas ilusiones de obtener uno nuevo. Quizá pueda continuar su «pausa creativa» en Italia. Ahí tiene la puerta.

—Me quejaré a mi embajador.

—Allá usted, señor Blum. Pero recuerde que si sigue en Malta una hora después de que caduque su visado, su embajador podrá visitarle en Kordin.

—¿En Kordin?

—Allí se encuentra nuestra prisión, señor Blum.

3

Cuando el mosquito entró en el haz de luz de la lámpara, situada sobre la mesita de noche, y pasó zumbando cerca de la pared, Blum cogió una revista porno y lo mató de un golpe. El papel pintado de la habitación del hotel estaba constelado de mosquitos aplastados. Blum limpió la revista contra el cabecero y se la dio al pakistaní, que estaba sentado sobre la cama y que lo observaba con unos ojos que eran más antiguos que Pakistán, tanto como todo lo que ocurre en la oscuridad entre un hombre, una mujer y un mosquito.

—Así es la vida —dijo Blum—, dura, pero justa.

—Una idea interesante —respondió el pakistaní.

Blum sacó la cajetilla de HB del bléiser, cogió un cigarrillo y luego se la ofreció al pakistaní.

—No fumo —respondió éste sonriendo e inclinó la cabeza. A la luz del amanecer su piel parecía aún más oscura. Llevaba un traje verde de viscosa y zapatos de lino sin calcetines. Su pelo largo y grasiento, con algunas canas aquí y allá, coronaba su rostro sin arrugas.

—En eso tiene razón —opinó Blum—. El sexo es más sano —miró el reloj—. De todas maneras, no puedo dedicarle todo el día, mister Wach...

—Haq —corrigió el pakistaní—. Hassan Abdul Haq.

—Por supuesto, mister Haq. Bien, ¿qué le parecen estos productos? No sé si domina la materia, pero comparado con el viejo porno danés, el resto no tiene nada que hacer.

El pakistaní hojeó las revistas y Blum aprovechó para contemplar la habitación. «Categoría D —pensó—, espartano pero limpio». Aquel viejo *palazzo* debía de ser muy agradable en verano, pero ahora, en marzo, el frío acechaba en cada rincón. Y había mosquitos durante todo el año. El pakistaní viajaba con poco equipaje; bajo el lavabo había una pequeña maleta de plástico, dos camisas se secaban en sus respectivas perchas y las revistas y los libros de bolsillo que descansaban sobre la vacilante mesilla no parecían venir de Pakistán. De todas formas, mister Haq tenía una maquinilla Remington y usaba un *aftershave* caro. Blum había viajado con un equipaje aún más ligero

y no siempre había tenido suficiente dinero como para permitirse la categoría C.

Mister Haq dejó la revista a un lado, miró a Blum con cierta decepción y dijo:

—Los productos americanos me parecen... ¿cómo se dice...?, ¿más realistas?

Blum apagó el cigarrillo que tenía a medias. En el patio, los turistas comenzaron a cantar y él tenía prisa.

—Querrá decir vulgares. Los americanos son más vulgares. Eso que tiene ahí proviene de una época en la que a la gente aún le gustaban sus semejantes. Imagino que me entiende.

Pero ¿qué le estaba contando a aquel tipo? Seguro que antes de desayunar ya había sodomizado a tres vacas sagradas. Intentar vender porno a los orientales era algo demencial.

—Además, la cuestión es que éstos son los únicos productos que hay en Malta. Si quiere algunos, tendrá que comprar los míos, mister Faq. Y me gustaría decirle una cosa más: los americanos les dejarán tirados si los rusos cruzan el paso Khyber.

—Haq —corrigió impasible el pakistaní—. Hassan Abdul Haq. ¿Ha estado en mi país?

No, Blum no había estado allí y por ahora tampoco tenía ganas de ir. Le bastaba con lo que sabía por los periódicos.

—Quizá estos productos puedan satisfacer a los afganos, pero para mi gusto carecen de todo interés artístico.

Posiblemente Blum pensara lo mismo, pero no se podía permitir darle la razón a un pakistaní en ese aspecto. Cogió una revista y le mostró las chicas.

—Éstos son clásicos, amigo mío. Dinamarca 1968, es como un vino de calidad, ¿sabe lo que es el vino de calidad? Ah, claro, vosotros no bebéis. De todas maneras, en El Cairo me pagarían lo que quisiera, lo que quisiera.

Pero mister Haq no era egipcio, despreciaba a los egipcios por motivos personales y políticos, y 1968 era una fecha que no le decía nada. Las revistas le parecían aburridas, «siempre la misma mujer y siempre el mismo hombre».

—También lo que hacen es siempre lo mismo —replicó Blum—, quizá los chinos conozcan algún truco más, o los indios del Amazonas, pero esto siempre se hace igual, a la manera antigua. ¿Y qué significa eso del interés artístico? ¿Quién quiere encontrar arte aquí?

—Las americanas son más interesantes.

El pakistaní miraba fijamente un punto situado en algún lugar por encima del hombro de Blum. Blum oía el zumbido de un mosquito. «Está esperando a que lo mate —pensó—. Le gusta que le mate los mosquitos. El pakistaní se sienta en la cama y manosea revistas porno mientras el hombre blanco corretea por la habitación matándole los bichos. Puede que le resulte divertido, pero que no cuente conmigo».

—¿Acaso preferiría unas fotos con dos hombres metiéndose el puño en el culo? ¿O se corre viendo cómo una rubia se lo monta con un cerdo? ¿O prefiere el sexo con niños, mister Haq?

Mister Haq miró a Blum como si estuviera meditando profundamente y después dijo:

—Alguien como usted podría serme útil, mister Blum.

Durante un instante breve y molesto, Blum pensó que le estaba haciendo una proposición sexual, pero al poco mister Haq comenzó a hablar de Arabia Saudí. En el patio, tres hombres de voz ronca y dos muchachas de voz chillona entonaban *Guantanamera*. Blum empezaba a necesitar una copa.

—No quiero tener nada que ver con Arabia Saudí, mister Haq. Allí uno va a la cárcel por una botella de whisky. O le dan cien bastonazos en la planta de los pies, así que, por favor...

—Todo lo contrario: con el whisky se puede ganar mucho dinero. Y sólo se castiga a aquellos a los que pillan, mister Blum. Además, piense en el problema de la oferta y la demanda sexual...

Parecía que al pakistaní se le había metido en la cabeza probar suerte con el alemán en Arabia Saudí. Le habló de un aeropuerto que estaba siendo levantado de la nada por especialistas alemanes y jornaleros pakistaníes en medio del desierto: 15.000 hombres en barracas sin mujeres y sin alcohol o, al menos, con una cantidad insuficiente de ambos. ¿Acaso no era ésa una oportunidad de oro?

—Es posible —dijo Blum apilando las revistas—. Pero también puedo salir adelante en El Cairo. Bueno, ¿no quiere al menos un par de éstas? Le haré un buen precio.

El pakistaní parecía estar esperando algo. Blum le complació matando un mosquito más, pero era evidente que mister Haq quería otra cosa. Estaba sentado sobre la cama con las manos juntas contemplando las últimas luces del día.

—Tengo buenos contactos en Yida —dijo quedamente—. Un americano ha hecho una fortuna en tres meses con whisky aguado.

—Quizá le hacía falta —opinó Blum.

—¿Es que a usted no le hace falta, mister Blum?
—No tanto como para meterme en líos con los saudíes.
—Sí, sé que a los alemanes les va muy bien.
—Tengo que irme, mister Haq.
—Disculpe que no le haya ofrecido nada...
—Yo he venido aquí para ofrecerle algo *a usted*.
—Tome, llévese un poco de chocolate. Es maltes, pero sabe realmente bien...

Al final mister Haq tuvo a bien comprar dos revistas, pero estuvo regateando tanto tiempo por cincuenta céntimos que cuando Blum cerró la puerta tenía un sabor amargo en la boca que no se debía tan sólo a la sed.

4

Aunque los negocios fueran mal o le rondara la expulsión del país, Blum siempre se permitía una cena como Dios manda y una visita a algún bar agradable al menos una vez por semana. En Malta había elegido el jueves, que era el día del bufé al curry en el Pegasus Bar del hotel Phoenicia. A Blum le gustaba aquello: un hotel de estilo colonial británico, un bar decorado con imitaciones de armas medievales, la empleada del hotel vestida con *sarong* dedicada exclusivamente al curry, algunos comerciantes de textiles ingleses que repetían de cada plato entre jadeos y unos cuantos turistas americanos que tras el tercer burbon comenzaban a maldecir a su presidente. El dólar había vuelto a hundirse.

Mister Hackensack no criticaba al presidente, aunque tampoco era un turista.

—Soy un americano leal —decía después de encender su Davidoff—, un patriota. Mientras no lo sorprendan vendiendo la cubertería de plata de la Casa Blanca a los rusos, el presidente está fuera de toda sospecha para mí.

Hackensack era un sexagenario corpulento que contenía dificultosamente su enorme figura dentro de unos trajes a cuadros demasiado estrechos y que se ponía sombreros excesivamente coloridos en su tosca cabeza. Las bolsas de carne que formaban su papada y sus mofletes le contraían la boca, de manera que sus labios sobresalían y parecían extrañamente pequeños y delicados. Sus ojos azul claro tenían un brillo opaco y frío bajo las hirsutas cejas blancas. En los dedos corazón y anular de la mano izquierda llevaba dos ostentosos rubíes engarzados en oro macizo y en su corbata de lunares refulgía un alfiler a juego. Blum había bebido a menudo con Hackensack, pero aquella noche el americano dio a entender por primera vez que había trabajado para el Gobierno.

—¿Estaba en la CIA?

Hackensack sonrió con afectación.

—Antiguamente me hubiese sentido halagado si alguien me hubiera preguntado si trabajaba para la agencia, pero hoy...

—Espero no haberle ofendido. No sé demasiado de asuntos secretos. Mi filosofía es que el saber sí ocupa lugar: en los ataúdes.

Hackensack se rió, pero sólo sus mofletes se estremecieron. Sus ojos no acompañaron la risa. Blum se sentía como si lo estuvieran evaluando, pero los americanos eran así y Hackensack parecía necesitar a alguien con quien poder hablar. Pidió otras dos bebidas. En el Pegasus Bar la industria textil se mezclaba con la del turismo. Los padrinos malteses, vestidos con trajes oscuros, estaban sentados en su rincón, viendo el boxeo por televisión. Blum no pudo reconocer a sus amigos de la Policía. Quizá las dietas del inspector Cassar sólo le alcanzaban para tomarse una limonada junto al kiosco de delante de la estación de autobuses. Empezaron a retirar el bufé. Mientras Hackensack le explicaba por qué el poder no sólo era la sal de la vida sino también su auténtica esencia, Blum buscó a las turistas con la mirada, pero no había ninguna a la que valiera la pena acercarse y la preciosidad del *sarong* estaba flirteando con el cocinero, un alemán enorme de las montañas del Wesel que había cocinado en Saigón para los especialistas en avituallamiento. Hackensack levantó su copa y se aclaró la voz.

—¿Por qué está tan pensativo, Blum? ¿Los negocios van mal o es que alguien le ha levantado la novia?

La nariz del americano empezaba a brillar, y también sus orejas en forma de coliflor. Pero el burbon no le afectaba a los ojos. Decía que venía de Tennessee, pero Blum no creía que fuera del sur.

—Vacas flacas, mister Hackensack.

—¿Vacas flacas un alemán?

Blum estaba harto de esa clase de comentarios. ¿Acaso todos los alemanes eran triunfadores porque Hitler hubiera perdido la guerra?

—El que el marco vaya bien no significa que todos los alemanes sean millonarios, mister Hackensack.

—Llámeme Harry. Lo sé, Blum. Mi empresa tiene una filial en Fráncfort. Pase a verme si alguna vez tiene algo que hacer allí.

Blum cogió la tarjeta y se la guardó en la cartera.

—No creo que vaya a Fráncfort próximamente, pero muchas gracias de todas maneras. ¿A qué tipo de negocios se dedica, si me permite la pregunta? ¿O es un secreto de Estado?

Hackensack soltó una carcajada, se atragantó y se puso morado. Con su estrecho traje y su sombrero empapado en sudor sobre la cabeza parecía un manager de boxeo que llevara diez años sin encontrar un campeón.

«Probablemente no sea más que un pobre loco, como todos nosotros», pensó Blum.

—Soy asesor comercial —afirmó Hackensack cuando recuperó el aliento—. Si algún día puedo asesorarle le haré un descuento. Al fin y al cabo, los dos hemos estado en Malta y eso significa algo.

—Yo soy una empresa con un único empleado, pero si necesito consejo acudiré a usted con gusto. ¿Se tomará otra? La siguiente va de mi cuenta.

Hackensack se tomó otra, por supuesto. Bebía el burbon como agua y no parecía que le afectara. Sólo las venitas reventadas de su nariz tenían ahora un brillo más oscuro.

—¿Qué tipo de negocios son los más rentables en este momento? —preguntó Blum.

—Todos los que tienen que ver con el poder —respondió Hackensack y se secó el sudor del cuello con un pañuelo de flores rojas, restándole así gran parte de su efecto a sus palabras—. Con el poder simple y llano, ése que promete ganancias y desprecia a las personas, Herr Blum. Evidentemente, no es nada nuevo, pero eso es algo que usted ya sabe. Los alemanes también han reflexionado mucho sobre el tema, pero siempre lo han visto como algo demasiado abstracto y metafísico. El poder es algo concreto, como el whisky de este vaso o como la reacción que produce.

«Qué estupidez —pensó Blum—. Podría estar echado en algún sitio con una mujer o intentando colocarle las revistas a alguien y, en cambio, estoy escuchando las opiniones de este cabeza hueca sobre el poder; además lo que dice tampoco es que sea muy nuevo. Pero ¿qué es nuevo? Sus historias, sus sueños, sus fracasos tampoco lo son». Quizás aún tuviera ocasión de descubrir si lo que decía el viejo era sólo palabrería para entretener a idiotas o si sus palabras tenían algún objetivo concreto.

—Yo diría que en este momento la información es el mayor negocio de todos. Y, por supuesto, todo aquello que modifica la estructura de las pequeñas células grises. La química, mister Blum. *Yessir*, la química es el gran negocio. Aúne información y química y tendrá el mundo en sus manos.

—Veo pocas posibilidades de introducirse en ese mundillo —respondió Blum—. Quiero decir que cuando uno empieza tan tarde...

Hackensack miró a Blum con un aire penetrante y, antes de llevarse el puro a sus mórbidos labios, dijo:

—Nunca es demasiado tarde. Sólo hace falta tener la actitud correcta, amigo mío. Así uno siempre sale adelante. Míreme a mí. He estado dando

tumbos desde la Guerra de Corea, pasando por Berlín y el sudeste asiático, y siempre he salido adelante. Eso forma parte de mi negocio.

—Creí que era asesor comercial.

—Asesor, amigo, digamos que soy simplemente asesor.

Blum no quería que le explicara la diferencia y tampoco quería seguir con aquel gigante sudoroso que empezaba a parecerle sospechoso y cuya compañía empezaba a resultarle cargante. Información, química, sudeste asiático; todo eso estaba muy bien, pero ¿qué haría Hackensack si Blum le hablara del inspector Cassar? Y su presunción también le cargaba. Estaba pensando en cómo librarse de él cuando vio a una turista que acababa de entrar sola en el bar y que ahora estaba junto a la barra con aspecto algo indefenso. Era alta, delgada y miope, y llevaba un vestido de flores y una chaqueta de punto. No era ninguna maravilla, pero quizá sirviera para salvar la noche. Blum le hizo una seña al camarero y sonrió a la mujer mostrando sus dientes extremadamente bien cuidados.

—Seguro que usted también es alemana —comenzó, volviéndole la espalda a Hackensack.

5

Una cucaracha macho agarró entre sus patas delanteras a una hembra y la montó. Cuando resbalaron hasta el título *Don't go breaking my heart*, Blum metió una moneda por la ranura de la gramola, apretó el botón y contempló cómo se apareaban. La *jukebox* estaba llena de cucarachas, tanto muertas como vivas. «Locas por el *rock* —pensó Blum—. Bailan sobre el vientre caliente y eléctrico de la máquina, bailan y follan hasta reventar. Espero que os divirtáis». El macho dejó ir a la hembra, que se arrastró sobre *Sailing y La Barca*, y se quedó inmóvil sobre *Please don't go*. «El macho la ha matado. Entre los escorpiones es la hembra y entre las cucarachas, el macho. Así es la vida, pequeña». Blum cogió su cerveza y volvió a mirar hacia el callejón donde, en medio del estruendo de la música, las jóvenes acechaban a los turistas, que dudaban entre gastarse el dinero en media botella de vino para acompañar la comida o en comprarle a su mujer una camiseta en la que se leía: *I lost my heart in Malta*.

Al final apareció Larry. Larry era australiano y había perdido un pulmón en Vietnam. Desde entonces recibía una pensión mensual del Gobierno, que se gastaba en alcohol en los puertos más baratos del sur. Cada año había un puerto barato menos. Era un tipo delgado, con el rostro que parecía de cuero y la barba salpicada de gris; siempre llevaba la misma cazadora descolorida. Entendía de barcos y en sus papeles ponía que su profesión era soldado.

—Ven, Blum —dijo tras controlar un golpe de tos con un whisky escocés—, el italiano te está esperando.

—¿Quiere comprarlas?

—Quiere ver una revista de muestra.

Fueron en uno de esos autobuses verdes cuyos conductores ocupaban unas cabinas que parecían altares privados, con sus imágenes de madonas de mejillas rosadas, el Hijo de Dios languideciendo, sus guirnalda de flores de plástico y sus citas bíblicas en latín. Estaban sentados entre campesinos, niñas de colegio y matrimonios ingleses que olían a vermut y chupaban granos de café o caramelos. Los hombres se contaban chistes viejos —«¿se sabe el del

sij que quiere emigrar a Canadá?»— y las mujeres dedicaban miradas lúbricas a los jóvenes malteses, resguardadas detrás de sus prospectos multicolores. Blum los envidiaba. En un par de años tendría su misma edad, pero ya estaba allí con ellos y no se sabía ningún chiste ni tenía la mirada lúbrica, tan sólo una revista porno en el bolsillo. Y si no se marchaba en un par de días, iba a pisar mierda. ¿Qué le mantenía en movimiento? Lo mismo que hacía que el autobús se moviera: el combustible y la fe. En la cabina podía leerse: *Verbum dei caro factum est*, y, por lo que él sabía, eso significaba que la palabra de Dios se había hecho carne. Qué más daba. En algún lugar debía de haber alguna comida que saciara a los desesperados.

Los turistas se bajaron en Mosta. Los hombres ya tenían manchas de sudor en sus polos y los pelos de las axilas de las mujeres brillaban por la humedad.

—Aquí hay un montón de oro —dijo Blum mirando la ostentosa iglesia de estilo neobarroco maltés.

—Eso es sólo para tipos realmente duros —respondió Larry—. Robar iglesias en Malta es casi lo mismo que robar el cadáver de Lenin del mausoleo de la Plaza Roja. Es allí donde está, ¿no?

Blum se estremeció.

—¿Has tenido problemas con la Policía aquí, Larry?

—¿Por qué piensas eso?

El autobús continuó con su traqueteo y Blum se reclinó haciendo como si no hubiese oído la pregunta. «Seguro que sólo se trata de una coincidencia», pensó. Después de Mosta comenzaba la zona de las granjas, una tierra seca de la que los campesinos obtenían verduras y frutas como por encanto con el agua que caía durante la temporada de lluvia. Los almendros estaban cubiertos de pétalos blancos y olía a frutos y a flores, a viento y a mar, y a mujeres. Blum apoyó la cabeza en la ventana y cerró los ojos, y, durante un instante, se abandonó a esa ilusión de algo que nunca se haría realidad: paz, felicidad, magia... Entonces abrió de nuevo los ojos, vio al australiano, al que le venía una flema desde el pulmón, y a una chica bizca que le había estado observando todo el tiempo y que ahora se ponía colorada y volvía a mirar al frente. Sacó del bolsillo de la chaqueta sus gafas de sol marroquíes de cristales violeta y montura dorada y se las puso. Había sido un dinero bien invertido. A veces, incluso conseguían reducir el sur a una dosis soportable.

Se bajaron en el puerto de Bahía de San Pablo. El lugar parecía arder. Un perro corrió ladrando detrás del autobús. Dos turistas germánicos se echaron a la espalda sus enormes mochilas delante de una cafetería con tiras de plástico

en la puerta. En algún lugar traqueteaba un cortacésped eléctrico y un campesino tiraba de un burro en el campo. Todas las casas que daban a la calle carecían de ventanas. Blum y Larry caminaban despacio por el muelle. Larry señaló un barco a motor que estaba amarrado a cierta distancia del resto.

—Ése es el barco de Rossi. Un Bertram de treinta y dos pies con un motor twin V8 diesel cuidado como una puta de lujo. Con este barco dejas tirado a cualquier guardacostas.

—¿Por qué iba a hacer Rossi algo así?

—¿Tú qué crees, amigo mío?

Larry se encendió el vigésimo Román's King Size del día y soltó un gran escupitajo en el agua del puerto sin mojar el cigarrillo.

—Y entonces, ¿con qué trafica aquí? ¿Con altares de iglesia?

—Seguro que con verduras secas no. Vamos, ahora está en su *palazzo* adecentándose la permanente con el secador.

La Villa Aurora era la última casa de un callejón sin salida. Desde fuera daba la impresión de que a Rossi no le iba demasiado bien con el contrabando. En el jardín de delante de la casa se secaba una palmera entre bidones de gasolina vacíos, la pintura rosa de la fachada hacía tiempo que no recibía una nueva pasada y el estuco que había sobre la puerta comenzaba a resquebrajarse. Cuando Larry llamó al timbre, Blum vio cómo se abría ligeramente la cortina de una casa vecina. El timbre sonó débilmente. En algún lugar del edificio ladró un perro. Cuando abrieron la puerta, la cortina volvió a cerrarse. Una anciana en traje negro dijo algo en maltes y Blum advirtió con sorpresa que Larry respondía en el mismo idioma. Esto le hizo desconfiar. La mujer desapareció y en su lugar apareció un dogo que observaba fijamente a los extraños con los ojos inyectados en sangre. Después apareció Rossi, llamó al dogo con un silbido y les hizo señas para que entraran.

La sala a la que los hizo pasar el italiano daba al jardín y estaba agradablemente fresca. Las paredes también necesitaban una mano de pintura, pero el mobiliario era confortable y los cuadros con motivos malteses y árabes daban a la habitación un toque de lujo bajo la luz tenue de la estancia. Blum descubrió en el jardín una belleza rubia, digna del *Playboy*, que tomaba el sol completamente desnuda sobre una tumbona. Le costó despegar los ojos de ella. Las rubias le producían ese efecto. Finalmente cogió el vaso que le ofrecía el italiano.

—Supongo que bebes tequila.

—Mmm... Que viva Zapata.

Rossi tenía una voz ronca y susurrante y, cuando dio el primer trago a su margarita, Blum vio que Larry no había exagerado cuando habló de su permanente. Los cabellos largos y morenos del italiano cayeron formando elegantes rizos sobre sus hombros y su camisa de seda, que llevaba abierta hasta el ombligo y dejaba a la vista un pecho bronceado. Su rostro, en cambio, no tenía ondulación alguna: un bloque de piedra morena con dos ojos duros y una barbilla brutal. Blum calculó que tendría poco más de treinta años. Tras el tercer trago empezó a preguntarse para qué necesitaría ese tipo revistas porno. Pero Rossi abordó el tema inmediatamente. Su inglés era tan fluido como el de Blum y tenía un ligero acento americano.

—¿Tienes aquí alguna de tus revistas? Déjame ver.

La hojeó con gesto experto. Sus esclavas de oro tintineaban.

—Sí, es justo la mierda que me había imaginado. ¿Sabes? Tengo un cliente que siente debilidad por estas cosas.

—¿Árabe?

La mirada de Rossi mostraba una considerable cantidad de secretos.

—Quizá se trate de un alemán, Blum.

—¿Por qué no? —respondió Blum encogiéndose de hombros.

—¿Cuántas revistas tienes?

—Aún me quedan doscientas.

—¿Ya has vendido algunas aquí?

—De algo hay que vivir.

—¿Y tú vives realmente de esto, de las revistas?

—Acepto lo que llegue. Además, considero que es igual de ético que vender cola. O tequila.

—Me refería a si puedes vivir de esto. Estas revistas están, digamos... algo anticuadas, ¿no?

—Siempre se encuentra algún cliente, ¿no crees?

El italiano se rió. Cuando lo hacía parecía simpático. Tal vez se debiera a que sus dientes estaban bastante mal. En otras circunstancias Blum se hubiera reído también. Pero su situación era demasiado ridícula —y al mismo tiempo demasiado desesperada— como para salir de ella con una risa. Prefirió darle un trago a su margarita. Larry hacía como si mirase las fotos. La chica *play-boy* estaba ahora boca abajo y el dogo estaba sentado junto a ella, con las orejas de punta y mirando fijamente la casa.

—Bueno, pues hablemos del precio. Aquí tienes otro. Un margarita, la bebida de los traficantes, ¿no? Tú también eres un traficante, amigo mío,

¿tengo razón? Todos lo somos. Incluso Larry es traficante, ¿no es cierto, Larry?

El australiano tosió, se secó la boca con la palma, se miró el dorso de las manos y al final dijo: «Ésta es tu fiesta, Rossi».

Rossi se rió y se puso algo en el vaso. Blum supuso que no era más que limonada.

—Por supuesto —prosiguió Rossi—, siempre estoy dando fiestas. Adoro las fiestas. ¿Vendrás tú también a mi próxima fiesta, Blum? Pero ahora dime cuál es tu precio, *avanti*. Tengo prisa.

Hizo un gesto obsceno en dirección al jardín. Blum mencionó el precio. Rossi se hizo el escandalizado.

—¡Pero eso es una locura! ¡Seiscientos dólares! ¡Eso son tres dólares por revista! *Mamma mia*, creo que no conoces cómo funciona tu mercado...

Pero Blum no cedió. Estaba El Cairo, había un importante comprador pakistaní que comerciaba con Arabia Saudí. No, 600 dólares era un precio adecuado.

—Y además no puedes olvidar que estamos hablando de clásicos en su especie, como los buenos vinos. Copenhague 1968, ya no quedan muchas de éstas, tío. Mira aquí: es la serie «Despertar de la primavera», de Björn Söderbaum. ¿Sabes lo que me darían por ella en Hong Kong? Söderbaum era un genio en su trabajo. Mira, aquí utilizó por primera vez la técnica del ojo-cámara, una perspectiva tridimensional. Toda China haría cola si les llevara algo así.

Rossi retrocedió un paso y entrecerró los ojos, pero no para apreciar el arte de Söderbaum.

—No me he equivocado contigo, Blum. Perspectiva tridimensional, *porca Madonna*. Okay, te daré quinientos dólares y tal vez volvamos a hacer negocios.

—Quinientos cincuenta, Rossi, y no se hable más. Pero necesito un adelanto de cien dólares o cerraré el trato con el pakistaní.

Sin embargo, Rossi no tenía dólares y, tras un largo regateo, se pusieron de acuerdo en 40 libras maltesas. Rossi le dio el dinero.

—Tráeme las revistas al Phoenix esta noche a las once. Habitación 523. Allí hablaremos también sobre otro asunto.

Le hizo una seña a Blum y señaló con la barbilla a Larry, que ya había acabado con las fotos y contemplaba las botellas del mueble bar. Blum asintió y se guardó el dinero. Mientras se iba, echó una última mirada al jardín. La chica de Rossi estaba sumergida en la lectura de la revista porno e incluso el

dogo mostraba interés por la genial técnica de Söderbaum en el «Despertar de la primavera».

Después, cuando estaban otra vez de pie junto al *jukebox* del *Playgirl*, Blum preguntó: «¿Crees realmente que ha comprado las revistas para un cliente?».

En los ojos de Larry ya se podían ver las selvas de Da Nang y simplemente se encogió de hombros.

—Los cincuenta dólares extra que le he sacado son para ti, por supuesto. Pero ahora tengo que pagar la cuenta del hotel, amigo mío.

—¿Te he contado la historia de cuando nos enviaron por error a una zona que habían inundado de gas venenoso el día anterior?

Mientras Larry intentaba librarse del horror del que ya no podría librarse nunca, Blum contempló cómo copulaban las cucarachas y cómo se resbalaban por los títulos de los discos. La música retumbaba con canciones llenas de horror y a Blum le resultaba difícil diferenciar el espanto de uno, la lascivia de las otras y los recuerdos propios. Pero al final los propios recuerdos, las mayores mierdas sobre la faz de la tierra, siempre se imponían al horror y la lascivia.

6

«Pues no hay nada que hacer —pensaba Blum por la noche en su habitación del puerto; hay que salir adelante—, tú no eres Larry, no eres australiano, no has respirado gas venenoso en Vietnam; tú eres Blum y tienes que salir adelante. Sólo necesitas tener al fin una oportunidad, una única oportunidad, pero de verdad, un buen golpe, una mano ganadora; entonces se acabarían las miserias, y conseguirías pasta de verdad de una vez por todas. Dios, pillar algo grande, sacar la cabeza de la mierda y disfrutar del cálido sol de verdad, *Madonna mia*, y cuando haya que pagar las consecuencias, que vengan con lo que sea y, por mí, que todo reviente».

Estaba hojeando el libro que le había comprado en noviembre a un americano en Algeciras. Se trataba del *Bahamas Handbook and Businessman's Annual*, Nassau, 1978, con un prólogo del gobernador general en funciones. Una fotografía mostraba a sir John Cash con la reina Isabel II. Un negro apuesto de rostro socarrón. Bien, era algo gracioso, una excentricidad en las Bahamas, pero un país donde el funcionario de mayor importancia se llamaba «dinero en efectivo» era, al fin y al cabo, un lugar muy distinto. El americano había preguntado a Blum a qué se dedicaba y éste sonrió vagamente y le dijo que al mundo de la construcción. Eso siempre sonaba bien. Le preguntó lo mismo al americano. Trabajaba para el Gobierno; le había respondido con la misma sonrisa vaga, y Blum se dio cuenta de que esperaba algún insulto. Pero Blum asintió comprensivo y se fijó en cuánto dejaba de propina el yanqui. Nada, por supuesto. Blum contempló las fotos de los diputados del parlamento de las Bahamas. La mayoría eran negros, pertenecían al *Progressive Liberal Party* y eran gente de negocios, sindicalistas o ambas cosas. «Si está metido en el mundo de la construcción, las Bahamas es un buen destino —le dijo el americano mientras se despedían—, allí se está produciendo el mayor *boom* de la construcción del hemisferio occidental». También resultaba raro que un hombre que trabajaba para el Gobierno y al que le habían dado un manual, que posiblemente regalaban a todos los turistas como bienvenida, dejara que le pagaran dos dólares por él.

En fin, los americanos estaban necesitados. También Hackensack, con sus habanos y su burbon y los rubíes en sus dedos regordetes, parecía necesitar algo; eso es algo que se nota. Blum, que ya había dejado pasar de largo muchos *booms*, estuvo a punto de dejar el manual, pero ahora se alegraba de haberlo cogido. Había días en los que incluso las estadísticas de exportación-importación y los anuncios de los corredores de fincas, por no hablar del capítulo sobre la «flora» (resultaba tranquilizador saber que en las Bahamas también había coles de Bruselas), tenían sobre él los efectos de una droga calmante que lo arrullaba y lo transportaba a playas donde siempre había sol y palmeras, y peces voladores y mujeres que daban la bienvenida a los viajeros con guirnaldas de flores. Pero Blum nunca era uno de aquellos viajeros. Blum nunca aparecía en esos sueños, lo que resultaba de lo más agradable, ya que en ellos nunca se fracasaba.

Llamaron a la puerta. Mientras se acercaba a la entrada miró el reloj. Ya era hora de que llegara Rossi. Debía de haberse quedado dormido.

—Espero no molestarle —dijo mister Haq enseñando a Blum un diente de oro. Llevaba el mismo traje de seda verde, pero para la visita se había puesto unos zapatos de plástico negro, e incluso calcetines. Con todo aquel cuidado daba la impresión de estar decidido, como un hombre que ha resuelto exigir un aumento de sueldo.

—Lo siento, pero tengo una cita y debo irme ahora mismo —dijo Blum metiéndose la camisa por el pantalón. También él se lavaba las camisas y la azul marino de Tánger casi no tenía arrugas a pesar de llevar bastante tiempo planchada.

—Oh, no le entretendré mucho —dijo el pakistaní echando un vistazo rápido a la habitación. Lo que vio pareció tranquilizarle. El alemán tampoco se encontraba mucho mejor que él.

—Esperaba que volviera a visitarme y me diera la oportunidad...

—Las revistas están ya vendidas, mister Haq. Me las voy a llevar ahora mismo.

—No estaba pensando en las revistas, mister Blum.

A Blum se le subió la sangre a la cabeza. Lo que menos falta le hacía ahora era una agotadora discusión sobre los problemas de los quince mil trabajadores pakistaníes que buscaban empleo entre la Meca y Yida. ¿Por qué tenían que pegársele siempre los perdedores? Fue al lavabo y se peinó. Una cucaracha se arrastró hasta el interior del desagüe, aunque sólo lo hizo para aumentar la imagen de pobreza de la habitación. Blum se miró al espejo.

Empezaba a perder pelo también en las sienes. Pronto tendría más esperanzas que cabello. Pero el pakistaní no se encontraba entre sus esperanzas; aún no.

—Mister Haq, si está pensando en sus sueños de Arabia Saudí...

—¡No son ningún sueño, mister Blum! Son ideas concretas. Incluso son más que ideas: ¡son planes!

Blum se secó las manos. La toalla llevaba una semana en la habitación.

—Mister Haq, en los próximos días me iré de aquí, pero Yida no está en mi ruta.

—¿Puedo preguntarle adónde se dirigirá?

Blum se puso la chaqueta.

—Aún no he concretado los detalles, pero estoy pensando en instalarme en Italia.

—¿Italia? Mister Blum, ¿conoce usted Italia? —Se metió un caramelo en la boca, mostrando dos dientes de oro—. Permítame que hablemos con calma de mis planes. ¿Qué es lo que puede buscar un hombre como usted en Italia? Ni siquiera tienen dinero en condiciones.

Blum se guardó los cigarrillos y sacó del armario la maleta con las revistas. Ahora no podía hacer nada más.

—El dinero es dinero, mister Haq, y el dinero italiano también es dinero. Y después haré una escapada a Alemania, a mi patria, como usted ya sabe. Allí queda mucho por hacer. Ya veré qué.

El pakistaní asintió y dejó de mirar la maleta para observar de nuevo a Blum, por lo que tuvo que levantar la cabeza.

—Yo también estuve allí. Mis planes sobre Arabia Saudí también tienen que ver con un viaje a Alemania occidental...

Blum cogió la maleta.

—Déjeme que le diga algo, mister Haq. ¿Por qué no vuelve mañana y me deja explicarle exactamente por qué no me interesa?

—¿No le interesa? Pero ¿cómo podría interesarle antes de conocer en profundidad mis planes?

—Me fío de mi instinto. Vamos, tengo que irme.

El pakistaní sonrió melancólico.

—Esperaba que fuera una persona más decidida con quien analizar los problemas de la vida moderna. A partir de ahí, las relaciones comerciales se establecen casi siempre por sí solas.

Al fin salió al pasillo y Blum pudo cerrar con llave la habitación.

—Todo a su tiempo, mister Haq. Cuando sepa que puedo pagar la cuenta del hotel, me encantará contarle algunas cosas sobre los problemas de la vida

moderna.

El pakistaní no añadió nada más. Bajaron por la oscura escalera y salieron a la calle. Blum aspiró una mezcla de aroma de flores y olor a desperdicios. La basura dominaba. Desde el puerto llegaban los aullidos de las sirenas de los barcos. Se encendió un HB y se volvió hacia el pakistaní, cuyo rostro adquiriría un tono grotesco bajo la luz roja del letrero del hotel.

—Buenas noches, mister Haq.

—Realmente me sería útil alguien como usted, mister Blum.

«Oh, no», pensó Blum, y subió por la calle rápidamente. Al llegar a la esquina se volvió para ver de nuevo al pakistaní. Mister Haq seguía de pie bajo la luz roja y a Blum le pareció que le hacía una seña a alguien situado en la otra acera. «Este tipo resulta agotador», pensó.

En la Republic Street reinaba aún gran agitación. Rostros de todas las razas, música *rock* proveniente de las discotecas, luces de neón. Blum se abrió camino con su maleta entre la multitud. Un chico joven lo cogió de la manga.

—*Mister, hey, mister!*

La típica letanía. Blum siguió andando. El chico no lo soltó y le enseñó algo. Una pequeña estampa enmarcada. «Vaya por Dios», pensó Blum, «la competencia también sigue en la calle. Trabajar con niños. ¡Qué cerdos!».

—*Mister, for the church!*

Blum se quedó de pie y la multitud lo echó inmediatamente a un lado. Un japonés lo dejó pasar y le sonrió como si le animara, como si quisiera decir: adelante, coge también eso...

—¿Para la iglesia? Bueno, enséñamelo.

El chiquillo le dio la estampa y Blum lo miró apretando la maleta con las piernas. La Virgen María, vestida de azul y rodeada de oscuras nubes, se alzaba con los brazos abiertos sobre un globo terrestre con una corona de estrellitas sobre la cabeza. Sonreía con dulzura. No, no podía hacer nada por ese valle de lágrimas. En el reverso había un texto en maltés. *Madonna berikni u salvani*. No hacía falta conocer el idioma para comprenderlo. El muchacho tiró a Blum de la manga.

—*For the church, mister!*

«Si el inspector Cassar me viera ahora», pensó Blum preocupado, y se sacó un par de monedas del bolsillo del pantalón. En ese mismo instante, notó cómo lo empujaban contra el escaparate de una librería. Todo fue muy rápido. Un agarrón y, cuando se liberó, se dio cuenta de que la maleta había desaparecido. El chico también había desaparecido y Blum tenía la pequeña

estampa de la Virgen en la mano. La multitud pasaba de largo con indiferencia. Sonaron las campanas de la catedral de San Juan. Eran las once.

En la puerta de la 523 estaba puesta la llave y en el pomo de madera aún se balanceaba el cartelito con el número de la habitación, como si acabaran de cerrarla. Blum golpeó suavemente la puerta con los nudillos.

—¿Rossi? ¿Estás ahí, Rossi?

Nadie respondió. Blum estaba seguro de que nadie había advertido su entrada en el hotel. Un hombre de mediana edad con gafas de sol lilas, bléiser y un pañuelo anudado al cuello era algo que llamaba tan poco la atención como un marinero borracho en la Strait Street. No obstante, se sentía observado. Alguien lo había seguido durante todo ese tiempo. Alguien que prefería robar una maleta con viejas revistas porno danesas antes que pagar quinientos cincuenta dólares por ellas. El ascensor crujió y se deslizó hacia los pisos inferiores. Del inspector se podía esperar cualquier cosa. ¿Por qué sólo del inspector? De todo el mundo. Blum volvió a llamar a la puerta. No hubo respuesta. El ascensor estaba ahora abajo. A Blum no le quedó más remedio que entrar.

Quien hubiera cerrado la puerta no lo había hecho al entrar, sino al abandonar la habitación, y después había dejado la llave puesta. Y si era allí donde se había celebrado la «próxima fiesta» de Rossi, Blum se alegró de no haber asistido. La elegante habitación estaba arrasada por completo. Habían rajado los colchones y su relleno resultaba casi tan poco apetitoso como los restos de sandwich pegados a la pared y las manchas oscuras en la moqueta cubierta de botellas rotas y cristales pisoteados. La persona que había causado aquellos destrozos sin que nadie le molestara en un hotel repleto con su multitud de turistas, sus galas nocturnas, sus grandes recepciones y sus decenas de vigilantes; la persona que se había tomado el tiempo de romper los marcos de las ventanas, hacer añicos las mesitas de noche, arrancar las cortinas y desatornillar el teléfono, era un tipo de lo más silencioso y un actor excelente. Pero ¿cuál era el escenario? ¿Y cuál era la obra que estaba interpretando? ¿Y qué tenían que ver él y su mierda de revistas porno con todo eso? ¿Era un mero figurante o un miembro destacado del reparto? Miró

por la ventana. Las vistas no estaban mal. Esa pequeña roca iluminada en medio del Mediterráneo, una arruga en el velo de la Virgen, *for the church*, sí, seguro, pero... Todo era tan limitado allí fuera, todos se conocían y él, Blum, había creído que podría alejarse de todo y hacer algún pequeño chanchullo en paz. Sí, seguro. Se preguntó dónde estaría la cárcel, ¿cómo se llamaba? Kordin. Posiblemente se encontrara más al fondo, en la parte tan oscura como la boca de un lobo.

¿Y dónde demonios estaba el signor Rossi?

En el armario seguro que no. Estaba extrañamente vacío, como si allí no viviera nadie. Y tampoco en la bañera ni debajo de la cama. ¿O sí? ¿Acaso no era eso el pelo de Rossi? Blum sintió cómo se le retorció el estómago. Si la Policía asaltaba ahora la habitación y lo pillaba a él, un reconocido ladrón de arte y traficante de revistas porno, con el cadáver de Rossi bajo la cama... *Madonna salvani*. En fin, ¿qué otra cosa podía hacer? Se agachó a mirar. Lo que vio le dejó de piedra y le generó muchas dudas, pero su estómago apagó por el momento la señal de alarma. Bajo la cama no estaba el cadáver de Rossi, sino sólo sus cabellos.

Sin querer, alargó la mano y cogió los pelos. No se los habían cortado, no; era una peluca. «Será farsante», pensó. Toda esa exuberancia de rizos no era más que una imagen artificial, treinta mil liras en un centro comercial. Le dio la vuelta y el mal presentimiento regresó al instante. En la cinta de la redecilla había un trozo de celo pegado y, si uno se fijaba bien, podía ver un papelito debajo. Cogió aire y lo sacó.

Se trataba de una hojilla doblada cuidadosamente seis veces. Blum la desdobló con igual cuidado. Era un resguardo de la consigna de la estación central de Múnich, ventanilla 1, con fecha del 2 de febrero de 1980. El resguardo tenía el número 55.601. Estaba muy manoseado, pero no tenía manchas de vino tinto o salsa de espaguetis: todo en orden y perfectamente válido. Blum permaneció unos segundos en la destrozada habitación con el ceño fruncido, sin oler nada, ni ver, ni oír, ni pensar nada. Entonces volvió a doblar el papel y se lo metió en el bolsillo superior del bléiser, junto con el pañuelo rojo de adorno, la caja de cerillas del Pegasus bar y la imagen de la Virgen que le había costado quinientos cincuenta dólares... y quizá mucho más.

En el exterior sonaban las pisadas de gente de paso, risas, una puerta que se abría y cerraba en algún lugar. Blum ya estaba en el ascensor, alisándose el cabello; unas gafas de sol y un pañuelo anudado al cuello; de la cabeza a los pies, un metro y setenta y ocho centímetros de ese garboso Blum en el

extranjero, siempre con una sonrisa estudiada en los labios, caminando hacia el bar a buen ritmo, encendiéndose el inevitable cigarrillo ante la puerta y, nada más entrar, dedicándole su primera mirada a las mujeres de la barra. *High life*.

—Es como si acabara de encontrarse con lady Macbeth dijo Hackensack, mostrándole a Blum el deseo de que se sentara junto a él.

—No, gracias, no hace falta —respondió Blum. Acababa de ver a una conocida y la nariz de Hackensack tenía de nuevo un tono violeta.

—¿No se ha encontrado con lady Macbeth? ¿Ha sido entonces el espíritu de Hamlet?

—Mister Hackensack —continuó Blum—, quizá vaya a visitarlo en Fráncfort. ¿Estará allí la semana que viene?

—Hágalo —le animó Hackensack. Las bolsas de grasa se le concentraban sobre la barbilla, pero sus ojos eran como violetas de hielo. Golpeó la barra con la palma de la mano.

—¡Fráncfort! ¡Una ciudad fantástica! Allí siempre se puede conseguir algo. ¡Tómese un burbon! ¿Qué le pasa, hombre de Dios?

Se rió como alguien a quien pagan para hacerlo y Blum se enderezó las gafas y lo dejó atrás, abriéndose paso hacia la mujer que conocía. Vivía en Düsseldorf y estaba casada con un dentista.

—Hola tesoro —dijo ella clavándole las largas uñas en la muñeca. Blum se apartó. Su estómago volvía a dar señales de alarma. Estaba mirando fijamente a la puerta, donde de repente apareció Larry con su cazadora, acariciándose la barba.

—Tienes problemas —dijo Larry cuando Blum estaba fuera. Los autobuses traqueteaban con problemas de motor por la plaza, junto al City Gate. Se había levantado un fuerte viento.

—Problemas es poco —contestó Blum—. Alguien me ha robado la maleta con las revistas.

—Eso encaja bastante bien. Creo que Rossi está metido en algo que le ha enfrentado con los otros. Y para ellos tú estás en el bando de Rossi.

—¿Quiénes son los otros?

Larry se encogió de hombros y tiró el cigarrillo.

—Mira, no empieces ahora con secretitos...

—No hables tan alto —prosiguió el australiano—. No sé quiénes son los otros. ¿Acaso importa? En Vietnam...

—Larry, no estamos en Vietnam. Alguien me ha robado quinientos cincuenta dólares, y cincuenta eran tuyos. De eso se trata. Y no me vengas

ahora con cuentos sobre la mafia maltesa...

La puerta del bar se abrió y la alemana salió tambaleándose sobre sus tacones.

—¿Qué haces aquí, tesoro? ¿Ya no te gusta tu Helga? ¡Eh, usted, ni se le ocurra secuestrar a mi Blum!

Continuó diciendo cosas sin sentido. «Estás jodido —pensó Blum—, jodido en Malta, con la mujer de un dentista al brazo, borracha, con un resguardo de la estación central de Múnich en el bolsillo, un resguardo que has robado de la peluca de un italiano a quien querías colocarle doscientas revistas porno y con un australiano que tiene un solo pulmón y que camina delante de ti entre las palmeras, un tipo incapaz de liberarse de sus propias pesadillas. Por no hablar del inspector Cassar, que acabará limpiándose el culo con tus viejos informes de la Interpol, pero que se esperará a que hayas desaparecido para hacerlo». Robado, jodido, rodeado de amenazas por todas partes, Blum pensaba en el negocio de la construcción, buscando el pelotazo que le hiciera rico también a él. De repente se dio cuenta del frío que hacía.

—¡Venga, tesoro, vamos a tomarnos otra!

Blum se libró de ella por segunda vez, la dejó plantada y se fue con Larry hacia el City Gate. Durante un rato siguió oyendo los gritos de la mujer del dentista.

—Voy a llevarte a Gozo —dijo Larry—, allí estarás a salvo incluso de tu novia.

—¿A Gozo? —Blum se detuvo—. ¿Y qué se supone que voy a hacer en Gozo? ¿Cultivar tomates?

—Oye, sólo quiero ayudarte. Al fin y al cabo, he sido yo el que te ha metido en esta mierda con Rossi.

—Qué va, Larry. En mis mierdas me meto siempre yo solito.

Habían llegado al City Gate. Los establecimientos ya estaban cerrando. El australiano miró fijamente a Blum. Sus ojos no mostraban ninguna emoción.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Blum torció los labios. Lo que pensaba hacer no era asunto de nadie, ni siquiera de un australiano que quería ayudarlo.

—Ya nos veremos.

—¡Blum! ¡Espera, hombre!

Pero Blum ya había dado la vuelta a la esquina.

8

Después de una eternidad dando vueltas en taxi por Múnich, Blum llamó la atención del conductor dándole unos golpecitos en el hombro.

—¿Es su primer día en el negocio?

—Ya hemos llegado, jefe —dijo el conductor y pisó el freno. Blum se bajó del coche. Hacía un frío de mil demonios pero al menos no nevaba. El hotel se llamaba Metropol Enfrente veía un ala de la estación central de trenes. Pagó con un billete de cien marcos y el taxista le dio setenta de vuelta. Ahora le quedaban todavía ciento setenta marcos, Veinticinco dirhams y cinco libras maltesas. Un portero intentó llevarle el bolso de viaje, pero Blum le hizo una seña indicando que no era necesario. Entonces tuvo una idea.

—Tengo otro bulto más en consigna. ¿Podría ir a buscarlo? Me he pasado dieciséis horas de vuelo y estoy agotado.

—Por supuesto, señor, siempre a su servicio.

Blum le dio el resguardo al portero. Durante el vuelo desde Fráncfort lo había desdoblado y estirado hasta que quedó más o menos liso. El portero desapareció con él entre la oscuridad de la noche. Blum fue a recepción y preguntó si había habitaciones. Quedaba una con baño y desayuno por ciento seis marcos. Se registró. En el espacio para la profesión escribió «Gerente». Después miró a su alrededor. El vestíbulo era bastante amplio. Una escalera llevaba al restaurante de la galería, que tenía techo de cristal. Alfombras mullidas, mucho cristal, auténticos años cincuenta. Desde el bar situado al final del vestíbulo llegaba el atractivo tintineo de los vasos y la voz alegre de alguna mujer bebida, pero Blum estaba demasiado nervioso y sabía que se lo acabarían notando. O la mafia entraba en el hotel arrasando con todo o el portero aparecía tirado en el suelo de la consigna mientras presionaba con las manos el agujero que tenía en la barriga.

El recepcionista no había dejado de mirar a Blum ni un instante. Entonces carraspeó y preguntó:

—¿De dónde decía que venía?

Blum no lo había dicho en ningún momento, pero respondió sin dudar:

—Río.

—Me lo había imaginado —continuó el empleado—. Reconozco los síntomas.

—¿Qué síntomas?

—El cambio de horario y de clima. La gente se pone muy nerviosa. Le recomiendo tomarse un baño no demasiado caliente para adaptar el metabolismo. Aquí estamos en pleno invierno, ¿sabe?

Blum trató de sonreír, asintió y se encendió un cigarrillo. Invierno, *porca Madonna*. En Fráncfort había nevado, y, cuánto fue el centro de todas las miradas delante del avión porque su equipaje estaba siendo «identificado», deseó darse la vuelta allí mismo. Pero no precisamente para volver a Malta. Las dos horas que tuvo que pasar en el restaurante del aeropuerto de Luqa porque Air Malta iba con retraso, como es natural, eran parte de esos recuerdos que uno desearía no tener, pero que nunca pueden olvidarse: sudando de miedo, con las manos temblorosas y con el corazón deteniéndosele cada vez que entraba en el restaurante alguien con cierta apariencia de italiano...

Blum había llegado a la conclusión de que prácticamente todos los malteses podían parecer italianos.

«¿Cuánto tiempo necesita este portero?». Blum luchaba contra las contracciones de su estómago. El empleado seguía holgazaneando por la recepción y ahora también lo observaba la telefonista, por lo que se fue retirando hacia el fondo del vestíbulo hasta que acabó en el bar. Dos árabes vestidos con trajes a medida conversaban animadamente en una esquina. La mujer con la voz chillona tenía toda la barra para ella sola.

—He ganado la apuesta —dijo triunfante al camarero—. Ha venido.

El camarero miró a Blum encogiéndose de hombros.

—¿Qué va a beber?

—¿Se refiere a mí?

La mujer se rió. Llevaba un traje de chaqueta amarillo canario que hacía que sus cabellos rubios parecieran pálidos. Quizá no tuviera más de treinta y cinco, pero el alcohol ya había devastado su rostro y no había maquillaje que pudiera arreglar eso. No obstante, su voz era tan sexy que Blum sintió un tirón entre los muslos.

—Hemos hecho una apuesta —le explicó—. Lo he visto de pie en el vestíbulo y al momento le he dicho a Tito: «Apuesto a que en tres minutos lo tenemos en la barra pidiéndose una copa». ¿Tengo razón, Tito?

—No debería llamarme Tito —protestó el yugoslavo. Después miró a Blum con impaciencia—. ¿Una cerveza?

—Un coñac —respondió Blum.

—Mira qué bien —afirmó la mujer—, esta ronda la paga Tito.

Sacó un cigarrillo de su pitillera y le pidió fuego a Blum, agarrándole la muñeca mientras lo encendía. Llevaba joyas que parecían caras. Su esmalte de uñas estaba algo desconchado y el perfume ya no olía todo lo bien que debiera.

—¿Y cómo sabía que vendría al bar?

—Conozco los síntomas, querido.

Blum casi se atraganta con el coñac. Quizá los alemanes se habían vuelto definitivamente locos en su ausencia y ahora se dedicaban tan sólo a sentarse en los vestíbulos de los hoteles y a observar síntomas.

—¿Ve? Le hacía falta un coñac.

—Es cierto —admitió Blum—, acabo de volver del Amazonas y durante todo un año sólo he bebido licor de bejuco.

La respuesta le gustó. Miraba a Blum como si fuera a echarse en sus brazos de un momento a otro. Blum se apartó un poco.

—¿Y qué ha estado haciendo allí? ¿Enseñar a los indios a especular con acciones? Mi último marido lo hacía tan bien que ahora da cursos en Stadelheim. ¿Sabe qué es Stadelheim?

Blum asintió. Sabía que era una prisión de Múnich. Echó un vistazo al reloj. Le daría tres minutos más al portero.

—Sí, mi Fritzi era un buen estafador, pero lo que mejor se le daba era engañarme a mí. ¿Hay también estafadores entre los amazonios?

—Por supuesto. La estafa es lo que gobierna el mundo.

—Lo dice con tanta... ligereza. ¿Y qué le parece su país ahora?

—Abrumador en todos los sentidos —respondió Blum.

—¿Tiene planes para esta noche?

Su mirada estaba tan perdida que a Blum le entró miedo. Demasiado miedo para aquella noche.

—Sí. He quedado con gente con la que tenemos negocios.

—Aquí tiene —dijo en ese instante el portero y puso una caja en el taburete que había junto a Blum. Había un precinto rojo y blanco sobre el cartón en el que ponía *Espuma de afeitar Old Spice*.

—Ah, así que se dedica a *esto* —dijo la rubia mirando hacia otro lado, aburrida. Blum le dio una propina al portero, cogió la caja y se la llevó con el rostro colorado hasta el ascensor, donde se preguntó a qué se referiría la rubia

cuando habló de su profesión. ¿Representante, vendedor en una droguería o tan sólo un pobre loco? Su rostro en el espejo del ascensor únicamente mostraba confusión. Posiblemente, la unión de los tres sería lo correcto. Un pobre loco que representaba a alguien que vendía drogas.

9

Cuando llegó al número 316 dejó la caja sobre la cama, se quitó la chaqueta, subió la calefacción, echó un vistazo por la ventana y corrió la cortina.

Espuma de afeitar.

Espuma de afeitar Old Spice.

Una caja de espuma de afeitar Old Spice en la consigna de la estación central de Múnich. El resguardo de la consigna pegado a la peluca de un italiano que supuestamente se llamaba Rossi y al que se le vio por última vez el 13 de marzo en la Villa Aurora, bahía de San Pablo, Malta. Malta, estado insular del Mediterráneo, a medio camino entre Sicilia y África; forma de gobierno «república democrática» de «confesión católica», ¿no es cierto, inspector? 320.000 habitantes, exportaciones: hortalizas tempranas, frutas tropicales, emigrantes y señoras de la limpieza. Y ningún tesoro artístico. Un nido de traficantes, había dicho Larry. ¿Traficantes de Old Spice? ¿Adónde? ¿A Yida? Quizá mister Faq habría visto aquí una oportunidad de hacer negocios. Perdón: mister *Haq*. Hassan Abdul Haq. *Madonna salvani*. Al final, abrió la caja.

Espuma de afeitar Old Spice. Era un hecho. Veinte botes tamaño familiar de espuma de afeitar Old Spice, contenido neto: 300 mililitros, empresa Shulton, New York-London-París. Leyó la advertencia que llevaba impresa: «CUIDADO: Envase a presión. Protéjase de los rayos solares y evítese exponerlo a temperaturas superiores a 50 °C. No perforar ni quemar, incluso una vez acabado. No vaporizar hacia una llama o cuerpo incandescente». Aquello sonaba mal. ¿Qué era eso de cuerpo incandescente? Su cuerpo, por ejemplo, estaba ardiendo en ese momento. Y tampoco era buena idea pasearse por el desierto con los botes. «Habrá que olvidarse de llevar Old Spice a Yida, mister Haq».

«¿Por qué un italiano residente en Malta se pegaría un resguardo de veinte botes (tamaño familiar) de espuma de afeitar en la peluca? Porque lo había robado. El italiano se hacía pasar por un payaso de rizos para que la peluca le sirviese de escondite. Y lo había robado, por supuesto; y ahora lo tengo yo.

Vosotros me robáis mis revistas porno y yo os robo vuestros resguardos. Pero ¿cuánto valen veinte botes de espuma de afeitar? Quinientos cincuenta dólares seguro que no. A no ser...».

Blum se quitó la camisa, después los zapatos, unos botines españoles. El sudor le caía a goterones a pesar del frío que hacía en esa estrecha habitación de moqueta artificial, muebles de plástico y lámpara de prostíbulo sobre una cama que chirriaba. Cogió un bote, le quitó las virutas de madera de un soplido y lo agitó. Pesaba bastante y en el interior se movía algo. Después quitó la tapa de plástico y apretó con cuidado el difusor. Hum. Poca presión. Un poco de aire y luego un círculo de espuma blanca sobre el pulgar. Lo olió. No había duda: era «el aroma fresco y varonil de Old Spice» que anunciaba el bote. Nata amarga montada.

Blum se fue al baño y soltó una bola de espuma de afeitar en la bañera. Entonces el bote emitió un suspiro y ya no salió nada más. Demasiado poco para 300 mililitros. Una ausencia llamativa. No obstante, el bote aún pesaba. Doscientos gramos como poco, quizás algo más. Y comprobó que los otros también pesaban lo mismo. Blum sintió un hormigueo por debajo de la piel del cráneo. «Aléjate de esto, chico», le avisó una Voz, aunque hablaba demasiado bajo. No podía imponerse a las otras voces y, sobre todo, no podía imponerse al hormigueo.

Se sentó en la moqueta con el bote y una navaja, y quitó el difusor de plástico. A una distancia de dos cigarrillos se encontraba una bolsa de celofán con polvo blanco. La sacó, abrió la bolsa, se humedeció el dedo y, después de introducirlo en el polvo, la probó.

—Para ser alguien que ha pasado un año en el sur, tienes mala pinta —le dijo el hombre que parecía una toalla blanca y que no se movía de su sofá de cuero.

—Últimamente he dormido poco —dijo Blum moviendo el azúcar de su café—. Además, la vida se amolda a nuestras prisas, independientemente de dónde estemos.

—En eso vuelves a tener razón. La verdad es que ya no hace falta salir a la calle.

Blum contempló las vistas. Sobre los tejados aún quedaba nieve y el cielo colgaba suspendido sobre ellos como un techo de asfalto sucio, y eso era más o menos todo lo que se podía ver desde el ático. El norte de Múnich no ofrecía un panorama especialmente atractivo aquel domingo de marzo.

—Molan las vistas, ¿eh?

—En cualquier caso, aquí no tendrás problemas si te quieres suicidar, Hermes.

Hermes sonrió y se encendió un Gauloises con su mechero de oro. Era un tipo enjuto, de mediana altura y, siendo generosos, de edad indeterminada y que sólo se vestía con ropa negra. El ático estaba decorado con sobriedad, pero era de primera clase. Bebían café de jamaica. Había una gran cafetera sobre una placa que mantenía el calor. También la chica que se encontraba tendida sobre la cama de matrimonio era de primera clase, una euroasiática de diecisiete años como mucho. Estaba leyendo *El hombre rebelde*, de Camus. Blum cogió un HB del arrugado paquete y se lo encendió con su mechero desechable.

—Pero no habrás salido de la cama, o de la licorería, en un día tan bonito como éste y cogido un avión hasta Múnich sólo para hablar conmigo de problemas de suicidio, ¿verdad?

La voz de Hermes no permitía reconocer su procedencia.

Con ese pelo moreno y peinado hacia atrás y esa nariz aguileña podría pasar por italiano, pero Blum sabía por casualidad que había llegado a Berlín

en 1965 desde una pequeña ciudad de la Baja Sajonia y que desde entonces estaba metido en el negocio de las drogas sin haber tenido nunca problemas con la Policía. Quizá tuviera también un poco en casa. La euroasiática pasó una página y se mordisqueó la uña del pulgar. Hermes le dedicó una enigmática sonrisa.

—No —respondió Blum al fin.

—Bien —dijo Hermes sonriendo—. ¿De qué se trata?

—De cocaína —contestó Blum.

La euroasiática lo miró fugazmente por primera vez desde que entrara en el ático y se acarició el sedoso pelo negro, que le llegaba hasta las rodillas. Hermes frunció el ceño.

—¿Quieres que te venda cocaína?

—No. Yo tengo algo.

—Blum, tengo que reconocer que me sorprendes.

Hermes metió cuidadosamente los pies en las zapatillas negras de estar por casa que tenía sobre la alfombra, como si estuviera comprobando la estabilidad del suelo. Después se levantó, tiró la colilla en una maceta de alabastro con un ficus que se elevaba hasta el techo y se sirvió otra taza de café.

Blum sabía que Hermes estaba esperando una explicación, pero no tenía intención de dársela. Al final, Hermes sonrió y se acercó al teléfono que se encontraba sobre un escritorio de estilo imperio. Marcó un número que conocía de memoria, dijo un par de frases en voz tan baja que Blum no pudo entender nada y colgó de nuevo. Después se inclinó, eligió un disco del montón que había repartido sobre la alfombra y lo puso en el tocadiscos sin llegar a encenderlo. La euroasiática pasó otra página. O había hecho un curso de lectura rápida o ya se sabía el libro de memoria y sólo leía alguna palabra que otra. O quizá estaba haciendo como que leía y estaba grabando la conversación con el micrófono inalámbrico que tenía debajo de la uña del pulgar.

—Después hablaremos de eso —concluyó Hermes nada más volver al sofá—. No soy ningún experto en la materia, como bien sabes.

—Sí, ya lo sé —dijo Blum devolviéndole la sonrisa.

—Y ¿qué tal el viaje, Blum? ¿Te trataron bien? ¿La comida era pasable? ¿Has hecho algo nuevo, algo apasionante?

—No puedo quejarme —respondió Blum—. De todas maneras, nunca me quedo demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Ah, sí, eres un profesional. La verdad es que yo me he retirado *completamente* de mi oficio. Ahora me dedico a educar a mi hija.

Blum se fijó en la mirada que Hermes le dedicaba a la euroasiática.

—¿Te refieres a ella?

—¿Qué te habías pensado, viejo sátiro? ¿Que me voy a la cama con niñas?

—Ése es un problema que todos tenemos alguna vez —contestó Blum.

—Pues ten tú también una hija y se te pasará. Pero tienes razón en cierto modo. Desearía poder decir que al fin puedo mostrar algo de razón y un poso de refinamiento, pero nada, como era de esperar. Tú también rondas los cuarenta, ¿no?

—Sí. Sé a qué te refieres.

—Seguro que sí. Podríamos tomarnos un whisky, ¿no?

En esta ocasión se levantó con rapidez y agilidad, cogió una botella y dos vasos y los llenó. Bebía de pie, mientras miraba a la chica que supuestamente era su hija. Ella le dedicó de repente una sonrisa que casi dejó sin aliento a Blum. Después se giró, les dio la espalda a los hombres y se sumergió en su libro. Blum nunca se habría imaginado que un culo con unos vaqueros puestos pudiera resultar tan atractivo.

Llamaron a la puerta. Hermes apretó el botón del telefonillo y apareció un tipo joven, bajito y gordo, con gafas de pasta y un maletín, que se quitó un abrigo de piel de conejo.

—Éste es mi asesor científico —anunció Hermes—. Henri, éste es Blum. Un viajero profesional. Bueno, Blum, veamos qué te has traído.

Blum se sacó un bote de pastillas del bolsillo del pantalón y se lo dio a Henri, que lo puso sobre la mesita de café para después abrir su laboratorio químico portátil.

—Ven, tómate un escocés mientras analizan tu material —le invitó Hermes mientras le llenaba un vaso. Blum habría preferido ver qué hacía Henri, pero posiblemente eso contravenía la etiqueta. Tomó el vaso y le dio unos sorbos. Afuera caía agua-nieve y toda la ciudad parecía su propio cementerio. Una bandada de cuervos sobrevoló el estadio olímpico.

—Desde que mi hija está conmigo he sentido la cabeza —comentó Hermes—, si no, no estaría aquí. Su madre se ha metido en política y me vi obligado a hacer algo.

—¿En política?

—Sí, allí en Asia las cosas cambian constantemente. Ésa es otra de las razones por las que me he retirado del negocio. La semana que viene nos

vamos a Suiza a buscar un internado para ella. La pequeña se hará amiga de los hijos de la gente contra la que lucha su madre. Quizás aproveche la ocasión y me busque un lugar para mi jubilación. Zúrich no estaría nada mal. O incluso Lucerna.

—Así que te he encontrado aquí de casualidad, ¿no?

—Querido Blum, en este negocio no se debe contar con la casualidad.

Herni guardó su laboratorio y le dio a Hermes el botecito. Blum dio otro trago. Tenía la garganta reseca. Se dio cuenta de que la euroasiática había desaparecido.

—*Peruvian flake* —dijo Henri—, directamente del productor. Aún no la han cortado. Noventa y seis por ciento. Es la bomba.

—¿*Flake*? ¿Qué es eso?

Llamaron a la puerta. Hermes apretó el botón del telefonillo y apareció un tipo joven, bajito y gordo, con gafas de pasta y un maletín, que se quitó un abrigo de piel de conejo.

—Este es mi asesor científico —anunció Hermes—. Henri, éste es Blum. Un viajero profesional. Bueno, Blum, veamos qué te has traído.

Blum se sacó un bote de pastillas del bolsillo del pantalón y se lo dio a Henri, que lo puso sobre la mesita de café para después abrir su laboratorio químico portátil.

—Ven, tómate un escocés mientras analizan tu material —le invitó Hermes mientras le llenaba un vaso. Blum habría preferido ver qué hacía Henri, pero posiblemente eso contravenía la etiqueta. Tomó el vaso y le dio unos sorbos. Afuera caía aguanieve y toda la ciudad parecía su propio cementerio. Una bandada de cuervos sobrevoló el estadio olímpico.

—Desde que mi hija está conmigo he sentado la cabeza —comentó Hermes—, si no, no estaría aquí. Su madre se ha metido en política y me vi obligado a hacer algo.

—¿En política?

—Sí, allí en Asia las cosas cambian constantemente. Ésa es otra de las razones por las que me he retirado del negocio. La semana que viene nos vamos a Suiza a buscar un internado para ella. La pequeña se hará amiga de los hijos de la gente contra la que lucha su madre. Quizás aproveche la ocasión y me busque un lugar para mi jubilación. Zúrich no estaría nada mal. O incluso Lucerna.

—Así que te he encontrado aquí de casualidad, ¿no?

—Querido Blum, en este negocio no se debe contar con la casualidad.

Herni guardó su laboratorio y le dio a Hermes el botecito. Blum dio otro trago. Tenía la garganta reseca. Se dio cuenta de que la euroasiática había desaparecido.

—*Peruvian flake* —dijo Henri—, directamente del productor. Aún no la han cortado. Noventa y seis por ciento. Es la bomba.

—¿*Flake*? ¿Qué es eso?

—Depende del proceso de elaboración —explicó Henri—. Imagino que sabrá que la cocaína se obtiene de la pasta base de coca, que a su vez se consigue a partir de otra sustancia, las hojas de coca. Normalmente, en los procesos de elaboración se obtiene cocaína en polvo, que cuenta con un porcentaje de entre un ochenta y un ochenta y seis por ciento de cocaína pura. Pero si se refina la pasta base de tal manera que se seque formando cristales individuales, se consiguen los llamados *flakes*. Y a veces éstos llegan a tener un noventa y seis por ciento. La cocaína farmacéutica, por ejemplo, siempre tiene un noventa y nueve por ciento de pureza y siempre en *flakes*. Échele un vistazo.

Puso un poco en un espejito y le prestó a Blum su lupa. Blum vio realmente cristales que brillaban en el polvo. Parecían cubitos de hielo en medio de la nieve.

—¿Y cómo sabe que viene de Perú?

Henri se encogió de hombros y guardó su lente de aumento.

—Bueno, con el tiempo se acaba aprendiendo. Sólo hay tres posibilidades: Colombia, Bolivia y Perú. Algunos colegas creen que la cocaína boliviana es la más fuerte, pero no deja de ser una tontería. Depende del proceso de elaboración. Y éste tiene todas las características del proceso peruano. Pero para saberlo es necesario haberlo aprendido antes, ¿no cree? Y la mejor manera es *in situ*, como puede imaginar.

—Muy bien, pues tendremos que ver qué tal nos entra —dijo Hermes. Por primera vez dio la impresión de ser el hombre que Blum recordaba. Cogió una pequeña funda de marfil del escritorio, con una cuchilla de afeitar hizo dos rayas de la cocaína que estaba en el espejo y esnifó una con un billete de dólar enrollado. Después respiró profundamente y le pasó el instrumental a Blum.

—Hoy en día la suelen cortar con cosas increíbles: lo más inofensivo que meten es laxante italiano para bebés. ¿Cómo se llama esa cosa, Henri?

—Manitol. Tiene el mismo aspecto a través de una lupa, sabe igual y se disuelve exactamente igual que la cocaína. Últimamente también suelen echarle lactosa.

—¡Santo cielo! —Hermes se encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada con una gran muestra de placer—. Un material realmente bueno, Blum. Te felicito.

A Blum le habría gustado preguntarle por qué lo felicitaba. En vez de hacerlo, le pasó el espejo a Henri. Este lo miró interrogante. Blum negó con la cabeza.

—No me apetece.

—¿La has probado alguna vez? —inquirió Hermes.

—El año pasado, en París —respondió Blum—. Me pone demasiado nervioso.

—*Chacun a son goût* es lo único que puedo decir.

Henri se esnifó la raya y se sirvió un whisky. Le temblaban un poco las manos.

—¿La has metido tú en el país? —le preguntó a Blum.

—Ya lo has oído, Blum es un viajero profesional —interrumpió Hermes—. Viajando uno se encuentra con las cosas más extrañas. A veces, incluso con alguna que merece la pena llevarse como recuerdo. Creo que ahora lo que me apetece es oír música.

Se echó en el sofá dejando el vaso a mano, cogió algo que parecía el mando a distancia de un televisor y apretó un botón. El tocadiscos comenzó a girar. Henri se sentó y empezó a hojear una revista. El único que no se relajaba era Blum. Sostenía su vaso con fuerza mientras miraba fijamente la cama.

—Charlie Parker —dijo Hermes cerrando los ojos—. Charlie Parker All Star Sextet. Charlie Parker, alto; Miles Davis, trompeta; J. J. Johnson, trombón; Max Roach, percusión; Duke Jordan, piano; Tommy Potter, bajo.

Pero la música no podía tranquilizar a Blum. Todo lo contrario: como pasa siempre con Parker, su sonido fácil y casi huidizo parece desatar en todo el mundo un eco oscuro y tortuoso. Para él era un misterio cómo la gente podía oír eso por placer. Era una música con más sombras de las que Blum quería ver en aquel momento y despertaba más preguntas acuciantes de las que Blum deseaba escuchar. Charlie Parker con *Out of nowhere*, una tarde en el norte, donde el aguanieve parecía una pared gris que aislaba el ático de la periferia de la autopista y de los grandes supermercados, como una pared en la que Miles Davis abría agujeros con sus notas, aunque tras ella había otra pared, como decía Charlie Parker, y detrás otra más. «Ahora no des tu brazo a torcer —pensó Blum—. Esta es la mayor oportunidad que has tenido en años y la vas a aprovechar; y ni Charlie Parker, ni el aguanieve ni Hermes con esa

melancólica canción de que se acaba de retirar te la van a estropear. De todas maneras, ¿por qué digo que se acaba de retirar? Este tipo nunca se ha retirado de ningún sitio y seguirá apuntándose a todo lo que se le ponga por delante hasta que se muera. No puedes descuidarte ni un solo segundo».

—Increíble —dijo Hermes cuando se terminó el disco—, presenta una sombra ante cada luz y tiene una respuesta a cada pregunta. Bueno, y ¿qué preguntas tenemos aún pendientes, Blum?

—¿Conoces algún comprador, Hermes?

Hermes se puso de pie y se quedó junto a la ventana con el vaso de whisky en la mano.

—Atiende, Blum, no voy a darte ninguna clase, pero sí un par de normas básicas. El comercio con cocaína es un mundo bastante cerrado y así debe continuar; es mejor para todos los implicados. Todo el mundo conoce a su gente y punto. Hasta ahora sólo han entrado personas inteligentes en el negocio y los clientes lo agradecen de muchas formas, y una de ellas es con dinero contante y sonante. La cocaína no es algo sucio como la heroína. Quizá llegue a serlo cuando se convierta en un gran negocio (y posiblemente esnifar llegue a ser un gran negocio en unos diez años), pero por ahora sólo formamos parte de este mundo un círculo muy exclusivo, con la ventaja de que los policías pueden concentrarse en su querida heroína y en los pequeños yonquis de los lavabos del metro más cercano. Así les es más fácil cumplir los cupos de detenciones. Contestando a tu pregunta, sí, por supuesto que conozco compradores, Blum, pero hasta que no me haya retirado por completo del negocio me reservaré esa información. No obstante, no tendrás problemas para deshacerte del par de gramos que hayas pillado. Yo mismo te los compro. Ni siquiera a mí me resulta fácil pillar una nieve tan buena. Por cierto, ¿cuánto tienes?

Blum se había preparado esa pregunta. No en vano había estado despierto toda la noche observando cómo se iban dibujando las chimeneas de las fábricas y las instalaciones de incineración de basuras a la luz crepuscular del amanecer. No podía decirle a nadie cuánto tenía.

—Esto.

Puso sobre la mesilla la bolsita de celofán que había preparado por la mañana. Era más o menos la décima parte de lo que contenía cada bote. Henri pesó la bolsita en su báscula de precisión hecha con metales ligeros y adornos de nácar.

—Son exactamente 11,35 gramos.

—Muy bien —dijo Hermes—. Esto me ayudará a soportar mejor mi estancia en Suiza. ¿Estás seguro de que no tienes nada más?

Le dedicó una sonrisa enigmática. Blum también le sonrió.

—Ni siquiera vendería eso si no tuviera algunos problemillas de dinero.

—Muy bien, te extenderé un cheque.

—Quizá deberíamos ponernos antes de acuerdo con el precio —objetó Blum.

—Como quieras. ¿A cuánto va el gramo, Henri?

—La adulterada habitual, doscientos marcos. Por los *flakes* sin cortar puedes pedir unos trescientos.

—Y nunca te los darían. Pero yo no soy así, Blum necesita la pasta. Así que digamos que por 11,35 gramos, con el desatento habitual para los amigos, bueno, te daré un cheque por dos mil cuatrocientos marcos.

—Sólo acepto efectivo, Hermes.

Eso pareció irritar a Hermes.

—¿Efectivo? —Pronunció esa hermosa palabra como si fuera la palabra clave de algún chiste picante y sin gracia—. Así que efectivo, Blum. Un domingo. Nunca tengo dinero en casa, ¿sabes? Pago sólo con tarjeta de crédito. ¿Tienes tú dinero en efectivo, Henri?

—¿Efectivo? —Esto sonó como una variante del chiste anterior con cierta dosis de peloteo. Henri rebuscó en sus bolsillos con una sonrisa de desprecio en los labios—. ¡Mira, un billete de diez! Pero me hace falta para gasolina.

—Pensé que en tu negocio sólo se trabajaba con efectivo —contestó Blum.

—Casi siempre, Blum. No siempre. Y cuando es así, se lleva inmediatamente el dinero a algún otro lugar, se lava y se invierte.

—Entonces no hay nada que hacer —concluyó e hizo amago de irse.

—Vamos —dijo Hermes—, no te pongas así. Siéntate aquí, en este cómodo sillón, tómate otro whisky, disfruta de las bonitas vistas y dame una hora más o menos y lo tendrás en efectivo.

Hermes salió. Blum se encendió un HB. El último. Necesitaba el dinero. Por su cabeza los números pasaban como las cifras de colores de las tragaperras: $10 \times 12 = 120$... $120 \times 20 = 2.400$... $2.400 \times 200 = 480.000$... El premio gordo. Henri hojeaba una revista y cuando la terminó, cogió una nueva. No le dedicó ni una palabra más a Blum. Tal vez una persona con 11,35 gramos fuese algo insignificante para Henri, incluso si se trataba de *peruvian flakes*, noventa y seis por ciento. Blum sustituyó los doscientos por trescientos. Daba un resultado de setecientos veinte mil. «Mejor quédate en

los doscientos», se dijo a sí mismo. «Ahora no hay que volverse loco». Contempló la nieve. Las cifras de colores subían y bajaban a toda velocidad ante el atardecer.

Pasaron más de dos horas hasta que Hermes regresó con los dos mil cuatrocientos marcos. Cogió la bolsita de material y le pagó a Blum.

—¿Está bien así?

Blum le mantuvo la mirada.

—Está bien, Hermes.

Después Hermes cogió un pellizco de la nieve azulada. Su hija entró en la habitación. Llevaba un vestido largo de seda de color melocotón y estaba montando un servicio de té. Pero la mirada que le dedicó a Blum no conllevaba invitación alguna.

—Te quedarás a tomar el té, ¿no, Blum? —preguntó Hermes.

—Una taza no me hará daño.

Cuando se marchó, Parker y Dizzie Gillespie tocaban *Perdido*. Henri se esnifaba una raya. Hermes yacía sobre el sofá y la euroasiática estaba sentada a su lado, sosteniéndole la mano y leyendo *El hombre rebelde*.

En el exterior, la nieve le cubría los botines a cada paso. El supermercado de la esquina presentaba la oferta de la semana: LA FELICIDAD EN PEQUEÑAS DOSIS.

11

Por la noche, Blum asistió a una fiesta. Una chica con el pelo teñido de verde, a la que él había visto con cocaína en su pecosa nariz, le había dado la dirección en una cafetería de Leopoldstrasse, donde estaba meditando su próximo paso. La chica había salido con dos hermafroditas maquilladas y con imperdibles en la oreja, y parecía invitar a la fiesta a todo el mundo que pudiera aportar algo al sarao. Quizás había visto en Blum un ejemplar clásico de tiquismiquis. A él no le molestaba: tener una buena tapadera era de vital importancia en aquel momento. Y hacía tiempo que se consideraba a sí mismo un clásico.

La mansión pertenecía a un escritor y se encontraba en medio de un jardín cubierto de maleza. Un bote de remos se oxidaba entre los arbustos. Cuervos sobre el tejado del garaje, luna creciente sobre la silueta de la ciudad, la casa iluminada, guirnaldas luminosas incluso en el jardín, donde aún seguía cayendo el aguanieve, y en todas las salas música a todo volumen, jaleo, voces confusas.

—Nos mudamos al campo —le explicó la anfitriona—. ¿Sabe usted que las hipotecas de aquí nos están volviendo locos? Y en el campo, mi marido podrá por fin volver a trabajar y yo podré cultivar verduras. ¿Usted también escribe?

—Sólo números —respondió Blum. Al oír esto, la anfitriona se marchó con su traje de modelo a hablar con los siguientes invitados. Blum se sirvió un whisky. Parecía que a este escritor no le iba nada mal. En las salas, las mesas se combaban bajo el peso de las fuentes con sopas y ensaladas, bandejas de canapés, cubiteras con champán, botellas de vino y whisky en brillante sucesión. Blum se puso una ensalada de marisco a la que siguió un chile picante y algo de queso. Observaba a la gente. A pesar de que la mayoría tenía su edad, trataban de aparentar ser jóvenes despreocupados. Muchas mujeres se mostraban tan animadas que parecían histéricas profesionales. Por contra, los pocos jóvenes que había llevaban ropas extrañas, pero, a pesar de ello, su aspecto era el de inspectores de empresa incapaces de abandonar su

escrutadota mirada ni siquiera durante su tiempo libre. Blum sintió pronto una ligera nostalgia de las pesadillas de Larry, las descabelladas ideas de mister Haq, las noches del jueves en el Pegasus Bar. Dejó su plato por ahí y le echó un vistazo a la casa.

En una sala en penumbra se había reunido la guardia de los fumadores de porros. Velas, almizcle, pelos a lo afro, pantalones con petos lila, kilos de joyería india, una pipa de agua en el centro y, apoyado en la pared, el inevitable majadero de los bongos. Blum se sacó del bolsillo el botecito de coca. La gente se mostró encantada.

—El gramo cuesta...

—Eh, no pasa nada, tío, relájate.

El que Blum sólo aceptara efectivo hizo que nadie sospechara de él, pero también lo convirtió en un aguafiestas. Volvió a guardarse el bote.

—Lo siento, amigo, pero los préstamos sólo los da el banco de Wienerwald.

—Eres igual de negativo que el Wienerwald —le dijo el de los pelos verdes.

—Tienes mal karma, tío —le dijo uno sentado como un indio. Los Stones cantaban con voz quejosa en los altavoces:

*Please, Cousin Cocaine, place
your cool hands on my head.
Hey, Sister Morphine, you better
make up my bed...*

Blum vagó hasta la habitación siguiente. Una vela vacilaba sobre el alféizar de la ventana; dos jugadores de ajedrez estaban sentados ante un tablero con actitud pensativa. Con ellos seguro que tampoco había nada que hacer. Ya se habían metido algo. En el primer piso había una preciosidad con rostro de virgen que recibía la adoración de dos pipiolos.

—Está acabado, así te lo digo, literalmente acabado, vacío, agotado. Sólo se limita a citarse a sí mismo.

—Pero al principio era brillante, tienes que admitirlo. Esa tía medio muerta con las botas de las SA, fotografiada a través de la luz del cartel de stripteis, es algo difícil de igualar.

La *madonna* asintió piadosamente.

Un tipo con esmoquin, rechoncho y medio calvo, se acercó a Blum.

—Acabo de oír que tenemos a Charley en casa. ¿Se refieren a usted?

—Lo siento, yo me llamo Blum.

—¡No, hombre, no! Charley con C, como coca, ¿me entiende? Se refieren a usted, ¿verdad?

No eran más que comerciantes de medio pelo. Comerciantes de películas, de libros, de arte, de moda, de periódicos, comerciantes de flaquezas y de emociones. Todos parecían estar forrados, pero en cuanto Blum hablaba de pagar en efectivo, se echaban atrás: «Ahora mismo me falta liquidez, tío, pero llámame en quince días, que tendré el nuevo anuncio... el dinero de la producción... la pasta de Bonn... la herencia de Hamburgo... el sueldo de mi mujer... el dinero del Goethe-Institut... la paga del servicio de inteligencia alemán...».

—¿Del servicio de inteligencia?

—El servicio de inteligencia también se mete en política y cultura, y yo sólo puedo dar gracias a Dios. Cuando pienso en todo lo que habrá hecho la CIA con su dinero...

—¿Qué es eso de política y cultura? Estamos hablando de medio kilo de cocaína.

—Amigo mío, ¿nunca has oído hablar del Air Opium?

Blum comprendió. La vida era dura, pero el arte era aún más duro; no se les podía apretar. No obstante, Blum debía apretarles, por desgracia.

—Realmente lo necesito en efectivo, muchachos. Quizá podríais pedir un pequeño crédito, ¿no?

«Aunque es posible que no se crean que tengo dos kilos y medio de cocaína bajo la cama en el Metropol —pensó mientras continuaba su camino—. Seguramente noten que hasta ahora nunca he hecho nada más que negocios de poca monta, como un vagón lleno de mantequilla de la Comunidad Europea, un Tiziano o un cargamento de revistas porno danesas. Qué demonios, en esto consiste el sistema, en que el dinero encuentre su camino. Vosotros tenéis el apoyo de Bonn, del servicio secreto o, cuando menos, de la cultura; yo tengo que aceptar lo que llegue. Y venderlo lo más caro que pueda».

Siguió mirando alrededor. Todos aprovechaban sus oportunidades. Bajo una lámpara cubierta con una media azul estaba sentado un poeta, en torno al cual se había formado un corrillo. Bebía vino de una botella de dos litros y de vez en cuando tocaba alguna nota con un arpa de boca. La audiencia estaba fascinada.

—Había superado de nuevo los síntomas de los estupefacientes, pronto sanaría —dijo una vieja, repitiéndolo de nuevo para la grabadora que le trajo uno.

—¿Tienes un pitillo, camarada?

Un hombre con la barba de una foca y los ojos de un perro basset que hubiese crecido en un albergue para animales le dio a Blum unos golpecitos en el hombro con su dedo manchado de nicotina. Bebieron juntos un whisky.

—He publicado seis volúmenes de poesía, dos de ellos en editoriales de renombre. Además, he compuesto veintiuna obras de teatro y más de cien artículos de ensayo sobre el *Zeitgeist* —afirmó la foca—, pero llega un día en que, de repente, todo esto no vale nada. En las redacciones dicen que ya no necesitan sección cultural, que quieren el sonido original de las cintas transportadoras y los engranajes de la depauperación. De un día para otro lo eliminan todo, fuera, a la papelera, como si esos engranajes no me devoraran a mí también. ¿Ya está vacía la botella? Si no sabes dónde dormir, aún hay un rincón libre en el sótano donde el príncipe Gorki guarda las patatas.

Poco después de medianoche, Blum observó cómo algunos gorriones se llenaban los bolsillos del abrigo con los restos del bufé frío. *Alguien como usted podría serme útil, mister Blum.* «Niños, no son más que niños». Abandonó su esquina y volvió a vagabundear por la casa. Si no encontraba ningún comprador, al menos podía buscarse una mujer.

En la habitación donde se habían sentado los jugadores de ajedrez, había ahora un ser rapado al cero, en cuclillas, con una serpiente al cuello y una camisa de seda resplandeciente. Tres varillas de incienso se estaban consumiendo y, en medio de aquel ambiente viciado, tres mujeres vestidas con sari se sostenían con las manos sobre un somier y soltaban a intervalos rítmicos sonidos guturales con los ojos cerrados:

—¡Auauaua-ah!

—¡Ululululu-uh!

En una habitación grande y oscura zumbaba un proyector cinematográfico. La película había sido grabada en blanco y negro y sin luz artificial, pero las imágenes no dejaban duda alguna respecto a la trama: tres perros bracos destrozaban a una mujer mientras un hombre desnudo se masturbaba. El público no parecía satisfecho.

—Estéticamente, esta película deja mucho que desear —explicó un tipo con un tupé wagneriano—. Uno no deja sufrir a seres humanos si el arte no se impregna cada instante del sufrimiento como deseo inmanente de búsqueda estética.

En la cocina, un hombre con un chaleco de punto y zapatos típicos de Múnich se comía una sopa de guisantes, y la anfitriona, ahora con un traje de amazona de corte recto, decía:

—Espero que os estéis divirtiendo. Mi marido también lo espera, ¿no es cierto, cariño?

—No —respondió el hombre del chaleco de punto sacando de la sopa un trozo de estómago de cerdo—. Odio el cine, odio el arte. Joseph Goebbels tenía toda la razón del mundo: cuando oigo la palabra «cultura» saco la pistola. Por desgracia, no tengo ninguna. Si no, os mataría a todos ahora mismo.

—La crítica no entendió su última novela —explicó su mujer.

—La entendieron perfectamente —afirmó el hombre con la boca llena. Un guisante rodó por su barbilla.

Blum estaba de pie junto a una mujer pequeña y esbelta, con largos cabellos oscuros, que contemplaba con pena al escritor. Llevaba un vestido largo que realzaba su delicada figura. Blum le puso un vaso de champán en la mano. Llevaba un anillo de casada. Cogió el vaso y sonrió sorprendida.

—Venga —dijo Blum—, le mostraré algo.

Salieron al vestíbulo y se sentaron junto a una pareja de lesbianas.

—Tenía tanto talento —explicó la mujer—, y ahora produce lástima. ¿Por qué todos acaban tan mal? ¿Puede decírmelo?

Miró a Blum como si realmente le interesara la respuesta. Blum asintió como alguien a quien le planteasen ese tipo de preguntas a diario.

—Nunca se tiene suficiente talento. Lo ha vendido a granel, ha hecho su agosto y lo ha agotado.

—Lo dice como si estuviera muy seguro.

—¿Acaso no es cierto?

—Sí, posiblemente. Y a usted ¿qué tal le va?

—Yo trabajo en un gremio completamente distinto.

Sacó la lata y la abrió. No se había equivocado. Ella conocía el material y tomó una pizca.

—¡Es magnífica! —exclamó después—. ¿Es usted el tipo ése que tiene tanta nieve y que sólo la vende por dinero en efectivo?

—¿Su marido era uno de los hombres con esmoquin?

—Mi marido está en un monasterio de Tailandia.

—¡Virgen santa! ¿Y qué hace allí?

—Supongo que buscarse a sí mismo. Pero quizá me esté buscando a mí también. O alguna cura para la fiebre del heno. Usted no parece un tipo que trafique con cocaína.

—¿Hay un aspecto oficial homologado para ser traficante?

La mujer se rió y le puso la mano sobre el brazo.

12

—¿Quieres algo más de coca?

—No gracias, siempre tomo muy poca. Para los incas la coca era un regalo de los dioses y nosotros hemos creado la cocaína a partir de ese regalo. Un negocio.

—Tampoco se nos puede pedir que seamos como los incas.

—Por ese motivo intento ver la nieve como un placer caro. ¿Y tú? ¿No la tomas nunca?

—Sí que lo hago, pero con menor frecuencia que tú. Y si comercio con ella ni la pruebo.

—¿Crees que lo conseguirás?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Las drogas no son como las verduras, Blum. Son mágicas. Están en contacto con unos campos de fuerza que no podemos controlar.

—Cuéntaselo a la mafia y se partirán de risa.

—Pero tú no eres la mafia. Tampoco quiero desalentarte, todo lo contrario. Me parecería estupendo que lo lograras. Pero tienes que estar preparado para la mafia, si no, el material te destruirá. La droga es más poderosa que todos los que la venden.

—Mmm. ¿Y ese tipo de Fráncfort es amigo tuyo?

—¡Por el amor de Dios, no! Sólo sé que es un pez gordo en el negocio.

—¿Cómo de gordo?

—Ya te lo he dicho, bastante gordo. Quizá descubras al final lo gordo que es. Lo llamaré mañana por la mañana y concertaré una cita.

—¿Hay que concertar citas con él?

—Créeme, es mejor así. Llámale después al número que te voy a dar ahora.

Dejó que ella escribiera el número en la parte de atrás de la tarjeta de visita de Hackensack.

—Muy amable por tu parte. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Ahora me vendría bien una copa de champán.

No regresó. Blum ni siquiera sabía su nombre. La morena, eso bastaría. Hermes tenía razón; también había cosas que uno recordaba con placer y, normalmente, no eran los polvos salvajes ni las borracheras bajo las cataratas del Niágara, sino momentos fugaces, atardeceres, ojos oscuros, la bola que vuelve a caer en el 17.

Salió al jardín. Había vuelto a nevar de verdad. Los copos caían flotando en las guirnaldas luminosas y se derretían sobre las bombillas de colores. Las cornejas teñían de negro los árboles. Los invitados a la fiesta bailaban debajo. Muchos se tambaleaban y algunos se caían. Había que ser masoquista o ir borracho como una cuba para encontrar algún placer en bailar en la entrada de gravilla llena de coches y en el césped aplastado bajo las miradas burlonas de los punkis y siguiendo el ritmo de su música simple e infernal. Los borrachos bailaban en el barro; los punkis les tiraban los cristales rotos de las botellas de champán y bolas de nieve con piedrecitas dentro, y las cornejas permanecían posadas sobre los tejados y los árboles, esperando. Turistas de las tinieblas.

Blum iba a regresar a la casa cuando dos hombres le cerraron el paso. Uno era un hombre canoso con un traje blanco, el otro era más joven y llevaba puesta ropa de cuero.

—¿Es usted el que tiene coca? —preguntó el mayor.

—¿Se refiere a mí?

—Por supuesto que es él, es el del bléiser —dijo el más joven, que se había acercado bastante a Blum—. Danos algo, tío, queremos comprarte un poco.

Así que no son polis. Iniciativa privada. Blum se afianzó en el suelo.

—Si tenéis dinero, con mucho gusto.

—Déjenos verlo —dijo el mayor, que parecía no haber decidido del todo si también quería participar.

—Venga, tío, suéltanos algo.

—De acuerdo, puedo enseñaros...

Blum simuló que iba a buscar algo en el bolsillo de la chaqueta y, mientras el más joven seguía el movimiento, le clavó la punta de los botines en sus partes nobles con todas sus fuerzas y agarró al mayor del brazo. El hombre se soltó y le lanzó una palada a Blum, pero sólo encontró una figura de escayola, que cayó al suelo. Blum saltó desde la escalera y se abrió paso entre los bailarines hasta llegar a la calle. Los punkis gritaban. Miró hacia atrás. Los dos tipos venían tras él. Una mujer con un abrigo de piel acababa de abrir la puerta de un coche deportivo.

—¡Polis! —gritó Blum—. ¡Lléveme con usted!

Ella desapareció en el interior del coche y, durante un segundo, Blum pensó que se largaría sin él, pero entonces abrió la puerta del copiloto y le hizo una seña. Cuando la cerró, salieron disparados. Blum no miró hacia atrás. Quizá sólo habían sido imaginaciones suyas, habían intentado ser amables. Hay gente que no sabe expresarse, ya le había pasado más veces. En cualquier caso, volvía a estar sentado con una mujer. Esta vez en un coche deportivo. El negocio de la cocaína pintaba bien. Muchas gracias —dijo Blum—. ¿No tendrá un cigarro?

Señaló con indiferencia la guantera. Blum sacó un paquete empezado de Reyno y se encendió uno. La mujer tenía el pelo corto y moreno, nariz aguileña, labios pintados de color muy vivo y un esbelto cuello. Llevaba un traje de hombre con raya diplomacia. Calculó que tendría cuarenta y tantos. Las venas de sus manos se le marcaban con claridad. Ya la había visto con anterioridad junto al hombre del tupé wagneriano, al que no le había convencido la estética de la película de terror porno.

—Sé quién es usted —dijo la mujer, acariciándolo con una sonrisa.

Entonces, lo mejor es que me deje bajar en la próxima esquina.

—Todo lo contrario; le llevaré a mi casa por el camino más corto.

—No se habrá enamorado perdidamente de mí, ¿no?

—El amor es algo obsceno. Estaba pensando en la cocaína que vende.

—Pero la Policía me está siguiendo.

Entonces se rió como se ríen las hienas cuando se encuentran con un moribundo.

—Ésos eran tan sólo mi marido y su amigo homosexual. No le habrán hecho daño, ¿verdad?

—Me dio la impresión de que les habría gustado hacérmelo.

—Estas cosas les resultan difíciles. La intensidad corporal y todo eso. En realidad, sólo tenían que traerle ante mí.

—Lo cierto es que lo han conseguido.

Blum empezó a tener calor. Tampoco se había imaginado que el negocio de la cocaína fuera así. Cuanto antes se librara del material, tanto mejor.

—Ya que no quiere seducirme, imagino que quiere secuestrarme. Por cierto, el semáforo estaba en rojo.

—Y había un radar. Pero tengo prisa. ¿Le ha entrado miedo?

—Si así fuera, no trafficaría con cocaína.

—El miedo me parece tan erótico... Pero tampoco quiero secuestrarle, sólo quiero su nieve.

—Podría haberla obtenido de una manera más sencilla. Como le dije a su marido, si tiene dinero...

Giró por una calle lateral y casi se llevó por delante a un peatón.

—Pero siempre es necesario algo de teatralidad, señor Blum.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Múnich es un pueblo. Mi nombre es Renée.

Le ofreció la mano como si esperara que la besase. Blum apagó el Reyno. Nunca le habían gustado los cigarrillos mentolados. Estaba harto de la mujer y harto de Múnich. Ella retiró la mano y aparcó el coche ante la entrada a un garaje. Era una zona bastante oscura, con viejas casas burguesas.

—Gracias por el paseo, pero nuestros caminos se separan aquí —dijo Blum abriendo la puerta—. Tengo el corazón demasiado débil para tanta teatralidad.

—No, querido señor Blum, no se irá ahora. Ya está todo preparado.

Blum se bajó y cerró la puerta del coche. Dos figuras salieron de la penumbra y se colocaron bajo la luz de las farolas. Por supuesto, el marido y su amigo. Tal vez llevasen un destornillador.

—Qué, chicos, ¿tenéis ganas de echar el segundo asalto?

—El tío que te has buscado es bastante desagradable, Renée —se quejó su marido.

La mujer cogió a Blum del brazo.

—Ahora iremos todos arriba tranquilamente y *nos* haremos amigos. Y después...

—Creo que os sobrevaloráis un poquito —interrumpió Blum soltándose y echándose a correr. Tuvo suerte de que el suelo no estuviera resbaladizo. Ya había llegado a la esquina cuando Renée gritó—: ¡Te arrepentirás de esto, Blum! —gritaba con la voz, de un carretero que se fuera a reencarnar en chacal en su próxima vida.

«No serás tú la que haga que me arrepienta», pensó Blum. Paró un taxi, se reclinó en el asiento jadeando y se secó el sudor. Aquí aún reinaba el invierno, pero uno acababa sudando más que en el sur. En el Metropol, el bar seguía abierto y, a pesar de que desde la recepción se oía la voz de la borracha cuyo marido daba clases introductorias de comercio de acciones en Stadelheim, Blum se dirigió con sus llaves al final del vestíbulo. Necesitaba urgentemente algo normal: una cerveza.

En esta ocasión, ella no estaba sola en la barra. Seguía siendo la única mujer, aunque no parecía darse cuenta. Con la mano izquierda se aferraba a su traje y con la derecha a una copa de coñac, mientras intentaba hacer de

vampiresa. El pantalón de su *traje* estaba lleno de manchas. La *ceniza* había dejado rayas grises la tela amarilla y también se había tirado vino tinto encima. Los hombres de rostros colorados que estaban sentados con ella junto a la barra parecían estar esperando a que se cayera y se abriese de piernas. Litros de cerveza, sudor y Chanel N.º 5. En la esquina estaban otra vez sentados los árabes, que contemplaban a los borrachos. «Se han reservado asientos de primera fila para la violación múltiple», pensó Blum, e intentó conseguir una cerveza llamando la atención lo menos posible. Pero el yugoslavo lo ignoraba. Y entonces lo descubrió la rubia.

—¡Así que al final ha venido, traidor! —Los hombres sonrieron maliciosamente—. Hoy seguro que ha bebido algo mejor que licor de bejuco. Es que durante años sólo ha bebido licor de bejuco, ¿sabéis?, allí abajo, con los hotentotes.

—Así se ha quedado —oyó Blum.

El yugoslavo le puso un coñac. Blum negó con la cabeza.

—Cortesía de la dama —dijo el yugoslavo.

—Tiene el estómago delicado —afirmó uno de los hombres. Blum sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza, pero no dijo nada. Con dos kilos y medio de coca bajo el colchón uno no se mete en peleas con borrachos.

—Póngame una cerveza —pidió y se bebió el coñac de un trago. Era Mariacron. El yugoslavo debía de aborrecerle. Blum sonrió a la rubia por encima del vaso vacío. Ayer había estado casi a punto de irse a la cama con ella; hoy sólo le causaba lástima. Uno de los hombres ya le había puesto una manaza en la parte baja de la espalda. Los árabes se pidieron otro café. No parecían importarles demasiado las miradas cargadas de odio de los representantes, para quienes cualquier subida en el precio de la gasolina era como una patada en los huevos. Lo mismo hasta eran también los dueños del hotel.

Le trajeron a Blum la cerveza y, mientras se la bebía, sentía las miradas de la rubia e intentaba no oír lo que decía en su delirio; de pronto se puso a escuchar, a escuchar incluso con mucha atención, ya que hablaba de él.

—... y entonces el portero le trajo una caja de espuma de afeitar. ¡Por favor! ¡Espuma de afeitar! Y conmigo había estado presumiendo del Amazonas. —Se dio cuenta de que Blum la escuchaba y se volvió hacia él—: ¿Es cierto? ¿Tengo razón? Si tiene tanta espuma de afeitar, al menos podría afeitarse como Dios manda.

Los representantes se rieron con ganas. Carcajadas, risas de caballo, palmetazos en los muslos. Y el tipo de la manaza, sobándole ya directamente

el culo. Blum permaneció tranquilo. Pero los borrachos ya se le habían echado encima.

—Me estás pisando, amiguito.

—¿En serio? —El hombre tenía una cara que asemejaba a un camembert derretido con pimentón y sus ojos parecían estar ardiendo—. ¿No lo ha oído? ¡Tiene que afeitarse como Dios manda!

Blum sacó lentamente su pie de debajo del zapato del borracho. Si se caía ahora el hombre camembert habría pelea. Dejó una moneda de un marco sobre la barra e intentó largarse.

—El espumilla ya no aguanta más cerveza —dijo el de la manaza, que ahora se deslizaba hacia arriba por la espalda de la rubia. De repente, ella se levantó de su taburete y el respaldo saltó de pronto, arrebatándole la cerveza de la mano al pretendiente, y la mujer cayó al suelo al lado de Blum, enterrando el vaso bajo su peso. Los hombres continuaron hablando como si nada hubiera pasado. Sólo el pretendiente se quejó por su cerveza. Blum ayudó a la mujer a levantarse. Las lágrimas rodaban sobre su rostro y le corrían el maquillaje. El olor a coñac y perfume era mareante.

—Lo siento muchísimo —balbuceó—, quería ver dónde estaba mi marido. ¿Dónde se habrá metido?

—Tus maridos están aquí —gritó uno.

—Me gustaría saber para qué necesita alguien tanta espuma de afeitar —se preguntó otro.

—Pues pregúntaselo, Otto.

—Eh, usted, ¿para qué necesita una caja de espuma de afeitar?

Vociferó tan alto que se le podía oír en todo el bar. Los árabes miraban a Blum expectantes.

—Seguro que su marido viene enseguida —le dijo Blum a la rubia y la apoyó contra la barra. Su rostro hinchado y emborronado le sonrió feliz.

—¡Le vende la espuma a los negros! —berreó el de la manaza—. ¡Y somos nosotros los que pagamos las subvenciones!

Logró la aprobación general. Los negros necesitan realmente espuma de afeitar.

—Es usted muy amable —dijo la rubia haciendo aletear sus pegajosas pestañas—. Vamos, bebámonos una más.

Pero Blum se soltó y se fue, y otra vez más, la tercera en tres días, una mujer le gritó a su espalda. Empezaba a resultarle molesto. Después oyó cómo la rubia volvía a caerse al suelo. Esta vez permaneció allí, gritando

como si la mataran. Cuando ya estaba junto al ascensor, vio cómo el recepcionista de noche iba hacia el bar a toda prisa.

—*Disgusting* —dijo una americana con los pelos azules que regresaba en ese instante de disfrutar de la vida nocturna.

—*It's only a movie* —dijo Blum poniéndose las gafas de sol. La americana salió de inmediato del ascensor.

Cuando llegó al número 316, Blum respiró hondo. «Va a ser más duro de lo que suponías —pensó—. Lo que hace que esto sea tan duro es todo lo que lo rodea». Miró fijamente un anuncio de la pared: POR SU SEGURIDAD. Mostraba el protocolo de seguridad en caso de que el hotel se incendiara. El último punto decía: «Es importante evitar el pánico. Conserve la calma. Gracias». «Exacto —pensó Blum—. Espero poder recordarlo».

No era capaz de quedarse dormido, así que hojeó la guía de las Bahamas. Un tal mister Bernard Butler, que llevaba viviendo allí diez años, hablaba de Freeport, la nueva ciudad en Gran Bahama: «Aquí todo sucede como nos gusta que suceda», y quizás allí uno no tenía que trabajar para la mafia si quería un trozo de pastel con pasas. Sin embargo, ¿acaso no trabajaba Blum ya para la mafia? Formaba parte de un juego en el que ya no se podía contar con la casualidad. Apagó la luz y contempló la torre en el exterior, en cuya cima parpadeaba un ojo rojo que todo lo registraba. «Date una oportunidad —pensó Blum—. Quizá saques esto adelante. Por lo que respecta a la coca, tal vez seas un novato, pero llevas cuarenta años en el negocio de la supervivencia». Moviò el dial de su transistor y encontró, en onda corta, una voz femenina que enviaba mensajes cifrados a gente que también era experta en su trabajo. La interminable sucesión de números del código hizo que en algún momento se quedara dormido con la misma placidez que con aquel sueño de playas de arena blanca.

—14.811 - 34.210 - 42.734 - 38.307 - 15.759 - 61.003 - 21.536 - 89.342 —palmeras, una brisa suave, las llamas del amanecer— 99.188 - 50.777 - 53.338 - 73.512 - 39.834 - 93.631 - 90.961 - 47.345 —«La droga es más poderosa que todos los que la venden»— 51.120 - 43.943 - 37.518 - 65.343 —«Alguien como tú podría serme útil», dijo una hiena, cerrando las fauces en busca de su cuello. Se levantó cubierto de sudor. El amanecer se arrastraba ya sobre los tejados, el ojo rojo había desaparecido. Pero él sabía que los vigilantes estaban por todas partes.

13

Lunes al mediodía, un sol resplandeciente, nubecillas bávaras, un cielo azul y blanco, como la bandera del Land alemán. Blum le compró a un turco un maletín usado de cuero artificial, negro, 54 × 36 centímetros, 85 marcos.

—¿Necesita algo más, señor?

—¿Tiene alguna navaja buena?

El hombre mostró una amplia sonrisa y le enseñó su colección. Blum cogió una con empuñadura de nácar, veinticuatro centímetros, hecha en Solingen y afilada como una cuchilla de afeitar. El hombre engrasó el mecanismo de apertura.

—Así será una décima segundo más rápida, señor.

En la habitación del hotel, Blum guardó los botes en la maleta. El espacio era el justo para veinte. Habrían cabido incluso veintiuno, pero Blum no quería ser codicioso. Guardó un tubito entero y el bote en los bolsillos de los pantalones. Siempre había que tener algo preparado. En la recepción preguntó por la rubia. El empleado hizo como si no supiera nada. A través de la puerta giratoria entró un grupo de suecos que habían llegado en autobús. Había rubias borrachas a granel. Ninguna de ellas era del gusto de Blum. No dejó propina.

Otra cerveza de trigo en el bufé de la estación, con el maletín a su lado, sobre la silla. En esa zona, Múnich seguía siendo la capital del ligoteo y del comercio de ganado, de los magrebíes y de la cerveza. Paisanos de la región de Allgäu con cuellos de toro observaban, junto al local Memminger Boten, a los carteristas de Macedonia, que simulaban tener relaciones íntimas con chicas de servicio de grandes pechos; curanderos ambulantes de Bohemia buscaban con la vista posibles ayudantes entre los hijos parados de los basureros de Anatolia. La felicidad mañanera de Blum acabó de completarse cuando apareció el ejército de salvación. Seis chicas mofletudas cantaban «Aleluya, Dios también viene a ti» y un señor de aspecto marcial, que iba vestido como si ostentara al menos el rango de sargento del Estado Mayor, repartía panfletos. Blum cogió uno en el que se decía que Bob Dylan, el

cantante protesta, había encontrado el camino que lleva a Dios. Parecía un final adecuado para los años setenta, al igual que la cocaína del maletín de Blum parecía el principio más apropiado para los ochenta. Blum dio cinco marcos para el Ejército de Salvación y fue a coger el tren Intercity 624, con salida a las 13.16 horas (Wurzburg - Fráncfort del Meno - Colonia - Wuppertal - Dortmund).

«Por supuesto: pueden estar en cualquier parte —pensó al ver al tipo del enorme abrigo azul entretenido con el *Corriere della Sera* en el puesto de salchichas—. Rossi o aquellos que habían robado la droga o que pretendían robarla; o el amigo Hermes, o madame Renée; y, por supuesto, la Policía, el Centro de Investigación Criminal, el Servicio Secreto, la Interpol, la CIA, ¿cómo está usted, mister Hackensack? Y todos ellos suponen lo mismo: que acabarás volviéndote loco, que abandonarás, que caerás de rodillas y volverás a llevar la coca a la oficina n.º 1 de la consigna y enviarás el resguardo por correo certificado al Phoenixia. Paranoia es como lo llaman. Manía persecutoria. Esos pinchazos en el corazón, ese dolor en los riñones, el cosquilleo en la médula espinal, el picor bajo la piel que recubre el cráneo; todo eso no es más que manía persecutoria. Mantente frío. Has decidido llevarlo todo hasta el final, así que llévalo hasta el final; entra en el vagón restaurante con el gesto irritado de un viajante de ropa interior para aliviar el reuma, “la semana pasada no hicimos ninguna venta, los productos químicos nos están llevando a la quiebra, la mujer tenía la regla, el Hertha de Berlín ha vuelto a perder y nos hemos pasado toda una semana en la zona de Wuppertal, donde se te ha nublado el cerebro de cerveza”».

—¡Camarero, una cerveza bien fría, rapidito!

Justo la actitud correcta. Ahora sólo me falta un poco más de antipatía en la voz y...

—Y un estofado. Es lo único comestible que servís.

—Eso mismo digo yo siempre —apuntó un hombre y se sentó junto a Blum, a pesar de que aún quedaban algunas mesas libres. Blum apretó la pierna al maletín que tenía bajo el banco y contempló al viajero. Cara redonda, bien peinado, gafas con montura de acero, traje gris, corbata y chaleco. Debía de rondar los treinta y cinco, pero tenía uno de esos rostros que no envejecen, sino que, en algún momento, simplemente se mueren. Puso un voluminoso libro envuelto en papel de estraza junto a los cubiertos y se encendió un Lord Extra.

—¿Usted también se pasa la vida en el tren? —preguntó Blum.

El hombre asintió lentamente. Quizá fuera demasiado honrado para que lo considerara miembro de la mafia de Rossi. Tenía más aspecto de poli. Así que, probablemente, sí que formara parte de la mafia. Blum empezó a sudar. Y el tren sólo iba por Pasing.

—Demasiado tiempo —dijo el hombre—, pero forma parte del trabajo y hay que aceptarlo.

El camarero le trajo a Blum una cerveza helada. Al menos con él había encontrado el tono adecuado. Su interlocutor se pidió un agua mineral y una tostada Mozart.

—Pero que no esté quemada —dijo casi suplicante. El camarero murmuró algo y siguió su camino—. Si está quemada, ya no sabe bien —explicó el hombre como si tuviera que justificarse.

—Pues tómese el estofado.

—Lo comí el viernes —dijo el hombre abriendo su libro. Hasta que no acabaron de comer (la tostada Mozart estaba quemada, por supuesto, y el estofado era una delicia) no volvieron a hablar. Blum se habría puesto a conversar incluso con un sordomudo. Cualquiera cosa era mejor que mirar constantemente la puerta por la que podría entrar en cualquier momento alguien con un subfusil, aunque eso era más propio de las películas. En la realidad, la mafia ya estaba sentada a la mesa, apartaba el plato con el resto de la tostada Mozart a un lado y decía:

—Me pregunto si podría hacerme un favor.

«Ajá», pensó Blum.

—Mire, se trata de lo siguiente: ayer por la noche no cumplí del todo la tarea que tenía asignada.

¿Qué era aquello? ¿La confesión de un asesino con exceso de trabajo? El hombre se encendió un cigarrillo y pasó el pulgar por el canto del libro.

—Reptiles. Cuando era joven tenía un luciérnaga. Creo que ésa es la razón por la que me interesa el tema.

Blum se relajó. El rarito aquel sería, como mucho, miembro del servicio de inteligencia federal. Incluso se había puesto colorado.

—¿Es que tiene algún examen?

—Oh, no, soy mecánico de aspiradores de profesión. Pero ahora me he especializado en concursos. Dedicar toda mi vida a reparar aspiradores sería algo monótono. ¿No me ha visto en la televisión?

—Apenas veo la tele —confesó Blum—. ¿Qué hace allí?

—Bueno, participo en concursos. Quizá sí que me ha visto, uno no siempre se fija. ¿Concurso para nueve?, ¿Quién sabe más?, ¿La gran

pregunta? ¿No? Pues tenemos mucha audiencia. Debuté en *Cine para expertos*, pero sólo se puede ganar el premio gordo una vez. Como profesional hay que ser bastante polifacético.

Eso mismo pensaba Blum. Se recostó en el asiento.

—¿Se dedica a eso a jornada completa?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Aprenderse las cosas de memoria es una labor que ocupa todo el día. Por supuesto que mi buena memoria me ayuda. En la escuela era muy bueno en historia. Podía recordar todas las fechas. ¡Hagamos una prueba, pregúnteme algo!

—¿Qué quiere que le pregunte?

—¡Algún acontecimiento histórico!

—¿Qué clase de acontecimiento histórico?

—Algún acontecimiento histórico se sabrá, ¿no?

El hombre parecía molesto. «Un representante clásico», decidió Blum. No tenía nada que ver con la cocaína. Vivía en el pasado.

—O simplemente dígame su número de teléfono y yo le digo qué pasó entonces. ¡Vamos!

Mmm. Sólo un principiante sería tan torpe.

—Bien, entonces: 44 34 59.

El hombre se recostó y arrugó la frente.

—¿Ese es su número de teléfono? Es bastante complicado.

—Estoy seguro de que conoce un hecho histórico para *cada* número.

—Y así es. Bueno, comencemos: cuarenta y cuatro; por supuesto, el 44 antes de Cristo, el asesinato de César. Treinta y cuatro... esto va a ser más difícil. Ah, lo tengo: el asesinato de Wallenstein, 1634. Y cincuenta y nueve; aquí podemos tomar 1759, la batalla de Kunersdorf.

—Ajá. ¿Y qué fue lo que pasó?

—¿Qué pasó en dónde?

—En la batalla. ¿Por qué se produjo?

—Bah, eso no es nada interesante. Pero ya ha visto que con esta memoria no puedo dedicarme a reparar aspiradores eternamente, ¿verdad?

—Ya veo. ¿Y ahora?

—Ahora debería repasar el cocodrilo. Página 128...

El mamotreto era el volumen 6 de *La vida animal de Grizmek*. Blum lo abrió. Un cocodrilo le estaba guiñando un ojo. No de verdad, por supuesto, pero sí que parecía hacerlo. Estaba tumbado al sol a la orilla de un río, había abierto las fauces de par en par y parecía sentirse de maravilla.

—De acuerdo, dispere —dijo Blum encendiéndose un HB.

—Los cocodrilos pertenecen al subgrupo de los grandes reptiles. Distinguimos tres familias aún vivas: la familia de los aligatores, la familia de los cocodrilos auténticos y la familia de los gaviálidos. Entre los aligatores se distinguen: los géneros de los aligatores, el género de los caimanes yacaré...

El señor había hecho sus deberes. Blum se preguntó a qué venía aquella farsa. En cualquier caso, sin sus farsas la vida humana sería insoportable. Los cocodrilos llevaban dieciocho millones de años más en la tierra que el ser humano y tenían muchas posibilidades de seguir en ella cuando el hombre abandonase definitivamente sus farsas.

En Wurzburg ya habían completado la tarea. El experto en concursos premió su esfuerzo con una tercera botella de agua y Blum se pidió su séptima cerveza. Sentía una espantosa presión en la vejiga, pero no se movió de su sitio. De aquel hombre se esperaba cualquier cosa.

—Y ¿desde hace cuánto se dedica a esto?

—Casi cuatro años. Evidentemente, lleva algún tiempo hasta que uno está preparado para la televisión. Es la fiebre de los locos. Y ya le digo, si veinte millones de personas están esperando a que uno no se acuerde de cuándo se produjo la batalla de Aboukir o en qué película hizo de japonés Marlon Brando o cuántos tipos de serpientes pitón existen, cielo santo, entonces da igual lo bueno que sea uno. En esos momentos, uno se siente como si estuviera suspendido de repente en medio del espacio y nadie respondiera a nuestras llamadas en la tierra, ¿sabe?

—Esa sensación no me es del todo desconocida —respondió Blum.

—¿A qué se dedica usted laboralmente, si me permite la pregunta?

—Trabajo en el negocio de la construcción. Vaya, eso tampoco es que sea fácil. Con todas esas fluctuaciones...

—Y que lo diga —apostilló Blum y empezó a hablar del negocio de la construcción. Durante las vacaciones universitarias había trabajado en una obra y la experiencia aún le servía. Cuando pasaron por Aschaffenburg, el hombre de los concursos televisivos, se levantó, cogió su libro y se despidió.

—Me gustaría echarme un poco antes de llegar a Wiesbaden. ¡Vea el programa el cinco de abril! No, por favor, no se levante... ¡y muchas gracias!

Blum pidió que le trajeran la cuenta. Sentía la imperiosa necesidad de encerrarse en el baño o de accionar el freno de emergencia, pero permaneció sentado, se bebió un café y contempló cómo el tren avanzaba en una zona química donde el cielo era tan verde como una pradera.

Nadie fue a recoger a Blum, nadie le preparó un recibimiento apasionado, nadie se interesó por él, excepto un extranjero exótico con turbante y una ondulante túnica blanca que le puso un mapa de la ciudad bajo las narices y que se mostró muy desilusionado cuando Blum le explicó:

—Yo no soy de aquí.

Y no era de Fráncfort, a pesar de que hubo un tiempo en el que conocía muy bien la ciudad. A la altura de sus ojos aún había lugares que recordaba, pero todo lo que superaba los tres metros parecía nuevo. Bancos, tiendas, burdeles y, en cada esquina, dos farmacias. «Quien no consiga dinero aquí —pensó Blum—, es que ya no le hace falta».

Guardó la maleta y el maletín en una consigna del pasaje comercial B-Ebene, bajo la plaza de Hauptwache. Eran las cinco y media. No se buscó un hotel; si todo iba como estaba previsto, quizá podría irse a dormir al aeropuerto y tomar al día siguiente el primer avión a Miami. O a Maracaibo. O a Macao. Se fue al baño y ocultó la llave de la consigna en su bota izquierda (menos mal que siempre se compraba el calzado un número más grande); después llamó al camello. Tuvo que buscar durante mucho tiempo un teléfono que funcionara; el mal olor fue la mayor molestia hasta que el tipo se puso al fin al aparato. Sonaba nervioso y desconfiado, y no dejó que Blum hablara primero.

—¿Conoce Fráncfort?

—Por supuesto.

—Entonces nos veremos en media hora en el puente de Eisernen Steg.

Las gaviotas chillaban sobre el Meno. Los barcos de recreo se mecían en la orilla. El río estaba alto y sus aguas aceitosas chocaban contra los cascos de los barcos. En los alrededores y en el puente había ancianas que daban de comer a las palomas y a las gaviotas, mientras que unos niños turcos jugaban a cuenta atrás o a hacer de ayatolás. Blum contempló admirado la silueta de la ciudad. Podían decir lo que quisieran, pero en Fráncfort uno no se andaba con

rodeos y, aunque todo fuera una mierda, aquí al menos mostrarían sin tapujos qué mierda valía algo y qué mierda no.

Exactamente a las 18.06 horas, Blum oyó un carraspeo a su espalda. El pez gordo del negocio era un joven alto y enjuto de veintidós años como mucho y que seguramente sólo debía de afeitarse dos veces por semana. Era rubio, estaba peinado con esmero y poseía un gesto arrogante en los labios. Tenía los ojos siempre en movimiento y sólo sacaba las manos de los bolsillos de su gabardina blanca cuando no tenía más remedio. Alrededor del cuello llevaba una bufanda de cachemira poco llamativa. Examinó a Blum con la mirada durante un instante, después asintió sombrío y señaló el puente moviendo la cabeza.

—Allí arriba se habla mejor.

Sobre el puente, al que comenzaba a devorar el óxido, soplaba un viento frío y desagradable a través de los arcos de acero. El camello mantenía las manos en los bolsillos del abrigo y veía cómo Blum se congelaba con su camisa de seda, su chaqueta bléiser y su elegante fular.

—Sé que hace frío —comentó—, pero aquí no nos oirá nadie. ¿Cuánta vitamina C tiene?

«Virgen santa —pensó Blum—. Para tu edad estás ya muy adelantado».

—Dos kilos y medio —respondió—. Dos kilos y medio de *peruvian flake*, noventa y seis por ciento, sin intermediarios. El material es tan fuerte que hará que le explote la nariz. Pero todo esto ya se lo habrá dicho la morena.

El tipo sonrió a Blum desde las alturas. Era una sonrisa glacial.

—Exacto, sin nombres. Y ¿cuánto quiere a cambio?

—Ciento cincuenta mil, en mano y en efectivo.

Mientras hablaban, habían cruzado el puente. En el otro extremo estaban los vagabundos de la ciudad, compartiendo botellas. Dieron media vuelta. El camello se detenía de vez en cuando haciendo como si le mostrara a Blum los puntos más destacados de la ciudad.

—Eso es una locura —contestó—. Allí detrás está la catedral. Por ciento cincuenta mil puedo conseguir cinco kilos. Si quiere sacar tanto dinero tendrá que venderlo en la calle. Y allí está el puerto del este.

—En la calle podría sacar medio millón —dijo Blum mientras intentaba encenderse un cigarro—. Ciento cincuenta mil es un precio realista. Si lo corta, conseguirá el doble. Con eso ya ha hecho los cinco kilos. Se lo acabo de decir, es *peruvian flake*. Lo mejor del mercado.

—La verdad es que yo prefiero la boliviana —comentó el alto—. Es más sutil.

—Pensé que la quería para venderla.

—Ya no queda nada —le gritó una anciana a las gaviotas que cazaban al vuelo las cortezas de pan que les tiraba—. No queda nada. ¡Nada, nada! —Se guardó la bolsa de plástico vacía en el bolso. Blum se había encendido al fin un HB y correspondía lo mejor que podía a la sonrisa desequilibrada de la anciana.

—Todas tienen cáncer —dijo el camello—. Y allí está el último rascacielos del Deutsche Bank. —Y después, en voz más baja—: Por ochenta mil podríamos llegar a un acuerdo.

Habían vuelto a llegar al final del puente y volvieron a dar media vuelta.

—¿Quién tiene cáncer?, ¿las mujeres o las gaviotas?

—Las mujeres, las gaviotas, todos. ¿Usted no tiene cáncer?

—No —respondió Blum.

—Eso no lo sabe aún.

—¿Lo tiene usted?

—No, pero a cambio he tenido cuatro úlceras de estómago.

—¿Tantos disgustos le causa el tráfico de drogas?

—Es mi empresa la que me causa disgustos. Lo de la cocaína sólo lo hago para compensar —miró a Blum malhumorado—. Seguro que piensa que apenas tengo veinte años. Lo cierto es que tengo veintiséis y que llevo siete años en el mundo de la publicidad.

—Eso es impresionante —afirmó Blum—, pero aun así quiero ciento cincuenta.

Hacía demasiado frío para los mendigos, que se habían ido a Sachsenhausen. El camello dio media vuelta de nuevo. Blum empezaba a resoplar. No estaba acostumbrado a este tipo de deporte.

—Si la coca realmente es tan buena, aunque con la peruana suelo ser escéptico, podríamos hacer un trato por noventa. Aunque tendría que probarla antes, por supuesto.

—Blum tiró el cigarrillo. Una gaviota lo cogió en el aire.

—Pues vamos. Tengo algo aquí.

El alto lo miró con desconfianza.

—¿Ahora mismo? ¿Por qué tiene tanta prisa?

—¿Cómo que prisa? Mire, necesito el dinero.

—Lo creo. Pero no se puede cerrar tan rápidamente un negocio de dos kilos y medio. Primero tengo que ver todo el material. Yo soy quien debe elegir qué es lo que pruebo. Si no, me podría dar ahora *peruvian flake* y después venderme detergente. No, las cosas no funcionan así.

«Lo que tendría que hacer es tirarte al Meno —pensó Blum—, ése es tu sitio, el agua turbia». Se detuvo. El otro se arregló el peinado.

—Normal que tenga úlceras de estómago. Es demasiado desconfiado.

—Cómo se nota que es nuevo en este mundo. La verdad es que no suelo hacer negocios con principiantes, pero si el material que tiene es realmente tan bueno... Ya le diré algo. ¿Dónde puedo localizarle?

Habían regresado a la orilla del Meno que daba a Fráncfort y el alto empezaba a ponerse nervioso.

—En ningún sitio —respondió Blum—. Yo le llamaré.

La contestación pareció bastarle al otro.

—Deme la prueba, pero hágalo de tal manera que no le vean en todo Fráncfort.

Blum, otra vez más, no tenía elección. Cogió aire y le dio al tipo la bolsita que había preparado.

—Llámeme mañana por la mañana y ya veremos qué se puede hacer.

—De ninguna manera —dijo Blum alzando la voz—. ¿Así que yo me tengo que buscar la vida para saber dónde me quedo mientras usted se corre una juerga esta noche con mi material?

Haga ahora sus pruebas tranquilamente y yo le llamaré a las ocho para cerrar el negocio.

—No va a poder ser —dijo el alto colocándose su bufanda de cachemira—, a las ocho tengo una reunión. Inténtelo a las doce, pero no le puedo prometer nada.

Un mercedes blanco se detuvo junto a la acera. Lo conducía una pelirroja. El camello desapareció en su coche. Un joven turco señaló a Blum con una escoba, dobló el índice y dijo: «¡Tú roto!». Se rió. Cuando vio la cara de Blum se marchó corriendo.

Blum estaba sentado en una cafetería viendo fantasmas. ¿Acaso no era Rossi el que había estado muy cerca de él cuando pasó por una callejuela oscura, mientras se dirigía a la plaza de Hauptwache? Delante de la cafetería aparcó un coche en el que había una mujer y dos hombres; ¿Renée con su marido y el amigo marica? Y si la memoria no le engañaba, conocía a algunos clientes de la cafetería de cuando estuvo en Tánger, donde vendió, durante un breve espacio de tiempo, pasaportes robados. Allá donde fuese se los encontraba sentados, observándolo fijamente a través de sus gafas oscuras, y él también los contemplaba a través de sus gafas oscuras, pero siempre eran más que él y podían mirarle durante más tiempo. «Mierda —se dijo Blum, y se pidió un coñac—; no tienes ninguna oportunidad. Con estos dos kilos y medio de cocaína te has metido definitivamente en la boca del lobo. Durante cuarenta años has estado limpio». Lo de la mantequilla de la Comunidad Europea había sido completamente legal, nunca había afirmado que el Tiziano fuera auténtico y en la actualidad hasta los supermercados comercian con pornografía; pero ahora se había metido de cabeza en el tráfico de estupefacientes. Diez años en prisión eran lo mejor que le podría pasar. Y con esos diez años la vida, la auténtica vida, habría acabado. Recordaba el horror que había sentido en Estambul y entonces había sido del todo inocente. Pero, de no haber tenido casualmente un par de billetes de los grandes, aún estaría pudriéndose en aquel agujero. Le entró un escalofrío y agarró tembloroso la copa que le había llevado la camarera.

«Para ella —pensó Blum—, sólo soy un tipo mediocre con cirrosis o uno metido en la industria textil que se arruinó ayer y que se pegará un tiro después de tomarse el próximo coñac».

En ese momento, atravesó la puerta un fantasma de carne y hueso que se comportó como si fuera un pakistaní llamado Hassan Abdul Haq. La verdad es que el fantasma pasó por allí cuatro veces, las tres primeras se parecía a mister Haq, mientras que la última era idéntico a él en cada cabello grisiento

y en cada libra de su traje verde de seda artificial. El fantasma vio a Blum, se le acercó sonriendo y mostró los dos dientes de oro de mister Haq.

—¡Mister Blum! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Era mister Haq. Le susurró algo a sus compatriotas enviándolos a una mesa libre y fue al encuentro de Blum.

—¿Puedo sentarme un momento con usted?

—Se lo ruego, mister Haq. He de decir que para mí también es toda una sorpresa verlo aquí.

—Pero le había dicho que tenía que venir a Alemania por lo de Yida, ¿lo recuerda?

—Sin embargo, no dijo nada de Fráncfort.

—Pero Fráncfort es Alemania, ¿no es cierto, mister Blum? Se podría decir que sí, ¿verdad?

—En cualquier caso, no esperaba verlo aquí. A cualquier otro quizá, pero no a usted. ¿Quiere que le pida algo?

No fue necesario. Daba la impresión de que en esa cafetería conocían a mister Haq: la camarera ya le estaba trayendo una tetera. Era extraño; aquí, en Fráncfort, el pequeño pakistaní mostraba una resolución que Blum no había notado en Malta. En aquella ocasión llevaba una delgada corbata negra sobre la camisa blanca que había colgado de una percha en La Valeta. Resultaba curioso lo familiar que parecía alguien después de haber visto su camisa colgada de una percha y sus pelos pegados en el lavabo con restos de champú. Blum se pidió un café moca doble.

—¿No quiere invitar a sus compatriotas a que nos acompañen, mister Haq?

—Mis compatriotas pueden quedarse donde están. No hablan nuestro mismo idioma, ¿entiende a qué me refiero?

Blum amontonó azúcar en el interior de su café.

—No tome tanto azúcar, mister Blum —dijo el pakistaní—. El azúcar es muy peligroso.

—Un punto de vista poco frecuente para un oriental, mister Haq, si me permite el comentario.

—Si tomáramos menos azúcar, quizá podríamos resolver nuestros problemas tan bien como usted. Por supuesto, hablo en broma, mister Blum.

—Por supuesto.

—Pero en cada broma hay también algo serio, ¿no es cierto?

—Ajá. Pero ahora que ha mencionado lo de hablar el mismo idioma, mister Haq, ¿se acuerda de la noche que vino a verme al hotel?

—Naturalmente. Sólo fue hace tres días.

—¿De veras? Cómo pasa el tiempo...

Blum le contó el robo en la Republic Street. Mister Haq se mostró sorprendido.

—No estará pensando que yo...

—No, no lo creo. Confieso que durante un tiempo tuve ciertas sospechas, pero, al fin y al cabo, a usted mis productos no le parecían suficientemente realistas.

—¿Está buscándose ahora revistas nuevas?

—No. Ahora tengo otra cosa entre manos —Blum apagó su cigarrillo y miro al pakistaní a los ojos—. ¿Recuerda cuando me dijo que alguien como yo podría serle útil?

—Claro que sí, mister Blum. Para Yida.

—Pues esta noche soy yo quien lo dice, mister Haq. Podría serme útil alguien como usted.

Mister Haq le dio un cuidadoso sorbo a su té y le dedicó a Blum una mirada que era más antigua que Pakistán, tan antigua como cualquier negocio entre hombres.

—Eso es un honor, mister Blum —respondió entonces—. Pero ¿qué podría hacer yo por usted?

Blum miró a su alrededor buscando a los que le estaban observando. Toda la cafetería estaba llena de gente que le observaba; incluso los compatriotas de mister Haq le miraban fijamente, sin ningún disimulo.

—Vayamos a algún otro lado, mister Haq. Le invito a comer. Da igual dónde, siempre que no nos molesten.

Mister Haq puso un gesto serio y miró su reloj, que desprendía brillos dorados.

—Me temo que no será posible, mister Blum. Ya ve, mis compatriotas... Tenemos que hablar de algunas cosas esta noche. ¡Y, por desgracia, ya se ha hecho tan tarde! Pero venga a verme mañana a mi hotel y podremos charlar sin interrupciones.

Blum se apuntó la dirección en una servilleta de papel.

—Por supuesto, no le puedo asegurar que me vaya a encontrar allí, mister Blum; ahora mismo tengo muchísimas cosas que hacer..., pero inténtelo, por favor. Lo mejor será que venga al mediodía, ¿le gustaría que comiéramos? Buenas noches, mister Blum, me alegro mucho de volver a verle.

Entonces, mister Haq y sus tres acompañantes desaparecieron en la noche, al igual que Blum. El coche con la mujer y los dos hombres ya no estaba allí.

Llamó al camello desde una cabina de teléfonos. Se activó el contestador automático:

—En este momento no hay nadie —respondió una voz sin género—. Por favor, deje su mensaje. Le volverán a llamar.

—Ciento veinte mil —dijo Blum y colgó. Sacó la bolsa de viaje de la consigna y se buscó un hotel cerca del barrio de la estación de trenes. En el puesto de comidas de enfrente comió un pincho de carne con ensalada de patata; después se echó en la cama con una botella de Cutty Sark y su guía de las Bahamas en la estrecha habitación de papel pintado, cuyo color era como de sopa de guisantes, y del grifo que goteaba y de la lámpara de noche azul y de la alfombra amarilla de coco y del grabado de Merian sobre el escritorio y de los jadeos y de los muelles de la cama rechinando en la habitación de al lado. Se dio un baño y salió agotado de la bañera. Volvió a llamar. El camello no estaba. Dejó el número del hotel. Después pegó con celo la llave de la consigna debajo del armario. Se puso otro whisky en el vaso del cepillo de dientes. Todo olía a Colgate. Las sirenas aullaban. Encendió la radio. La AFN ponía a Bert Kaempfert. *Spanish Eyes*.

Blum estuvo esperando durante todo el martes la llamada del camello, pero no se produjo. Por la tarde, se compró algunos libros de bolsillo y una botella grande de Cutty Sark. Tras la cena intentó leer en su habitación, pero después de un rato se quedó dormido sobre el libro. Más tarde, lo despertó un accidente; dos coches habían chocado abajo, en el cruce, un golpe apagado, hierro, cristal, la radio de la patrulla, una ambulancia que se iba, gente que desaparecía rápidamente. Se bebió un whisky. Nadie llamaba. Sin la llamada, tampoco tenía sentido visitar a mister Haq. Le entraron ganas de estar con una mujer y se sorprendió contando el dinero. ¿Podía permitirse gastar cien marcos en una puta? Aún tenía casi mil setecientos marcos. Y, por supuesto, el maletín en la consigna. Allí tendría que quedarse por otra noche. ¿Era la consigna un lugar seguro? Fue a Hauptwache. Un par de policías de uniforme estaban paseándose, pero sólo se fijaban en la chusma. Echó dinero en la consigna. Blum ya no sentía miedo, sólo una parálisis que convertía cada movimiento en una tortura, como si estuviera tísico.

Regresó al hotel, pegó la llave en el borde interior de la cisterna del aseo y contempló el dinero. La semana siguiente cumpliría cuarenta y ahí estaba él, en la habitación de una casa de *citas* sin ser capaz de conseguir dinero con dos kilos y medio de cocaína. Y si lo lograba, ¿qué haría después? Se vio con cuarenta y tres, con cuarenta y siete, con cincuenta y dos en otras habitaciones, todas parecidas, con una camisa secándose en una percha, mosca zumbando alrededor de la lámpara, con *Spanish Eyes* sonando en la radio, aullido de sirenas, la botella de whisky vaciándose, los latidos del corazón aumentando y un teléfono que no sonaba. Volvió a bajar. Cruzó la calle para tomarse un pincho moruno y una cerveza. Un borracho había puesto la cabeza sobre la barra y suspiraba. Dos putas de edad avanzada y piernas gordas bajo sus chillonas minifaldas bailaban juntas. Un americano metía monedas a una tragaperras y cuando ganaba, pedía un Underberg y se lo ponía delante al borracho, que levantaba la cabeza y juraba entre lágrimas que no había matado a su mujer, pero que el Underberg le había destrozado el

estómago. Entonces se bebía el licor y volvía a poner la cabeza sobre la barra. Las fulanas se plantaron delante de Blum y agitaron sus caderas, y él las invitó a dos vodkas, se dirigió a la farmacia de guardia, compró una caja de pastillas y se fue a dormir.

La llamada llegó a la mañana siguiente, mientras Blum se encontraba sentado, con la cabeza pesada, en la sala para desayunar, sorbiendo un café aguado y leyendo en el periódico historias sobre asilados que se arreglaban la dentadura con el dinero de los contribuyentes.

—Lo siento, ayer tuve que ir a Milán y no regresé hasta la una de la madrugada. ¿Por qué no comemos juntos al mediodía?

Se encontraron en un local de moda para pijos cerca del hotel. La comida del camello consistió en cuatro Alka-Seltzer, un panecillo con sésamo y tartar y un *bloody mary* extra picante. Blum se tomó el menú completo por 29,90. Las bolitas de cordero dieron exactamente para tres tenedores. El camello llevaba una chaqueta amarilla de lino con doble fila de botones, una corbata rosa y zapatos blancos con talón negro. Seguro que había estado de compras por Milán. Su rostro era aún más arrogante.

—¿No nos oirán aquí? —preguntó Blum, y echó un trago de su Budweiser.

El camello se echó el pelo hacia atrás y miró a Blum divertido. Parecía estar de buen humor.

—El local nos pertenece —respondió.

—¿Nos?

—A unos amigos y a mí.

—Bueno, entonces no tendrá ningún problema con nuestra pequeña transacción.

—Eso depende totalmente de usted. Su producto es muy bueno, suponiendo siempre que el resto de los dos kilos y medio sean igual que lo que he probado, pero tiene que admitir que ciento veinte mil no es una oferta aceptable para negociar.

—Pues a mí sí me lo parece —adujo Blum, y untó la mantequilla en una rebanada de pan de centeno. La mantequilla, como era de esperar, estaba congelada y el pan se hacía pedazos.

—Por desgracia, está equivocado —continuó el camello dirigiendo una mirada asqueada a la rebanada de pan destrozada—. Ahora mismo tenemos un exceso de oferta y el mercado aún no es lo suficientemente grande como para asumirlo todo.

—En primer lugar, no creo que sea así y, en segundo, no me interesa. Mi precio es ciento veinte mil y no pienso rebajarlo.

El camello pidió que le trajeran otro *bloody mary*. Blum apartó su plato, buscó en vano un palillo de dientes y cogió al final una cerilla. El camello lo contempló durante unos instantes y después se encendió un purito. La conversación había llegado a un punto muerto. El camello no quería subir de ochenta y cinco mil, ya que de otra manera las ganancias no le merecerían la pena. Blum no cedía. Sentía que no podía ceder. Si se jugaba con cuatrocientos ochenta mil, no se podía bajar de cien. Al fin y al cabo, uno también tenía su reputación y, si uno no tenía una reputación, al menos tenía vergüenza.

—Bien, entonces, señor Blum...

—¿Cómo es que ahora sabe mi nombre?

—En Múnich, el nombre Blum es bastante conocido últimamente. Pero tiene razón, olvidémonos de los nombres... Si prefiere arriesgarse a venderlo en la calle... Lo mejor es que abra un pequeño quiosco... Ya verá cómo envejece mientras...

A Blum no le gustaba tener que aceptarlo, pero seguir empecinándose no tenía sentido. El alto era su único contacto. Era hora de cerrar el trato.

—De acuerdo, cederé. Acordemos una cifra redonda. Cien mil marcos.

—Trato hecho —dijo el camello—. Nos encontraremos aquí mañana por la tarde, a las seis y media, y nos iremos a Oberrad; allí tengo un apartamento que es seguro.

«Y allí es donde me la juegas —pensó Blum—. Te crees que será fácil». Salió afuera mientras el alto aún hablaba con los camareros. El tiempo había cambiado, soplaban un viento helador y estaba cayendo un chaparrón.

—No me acaba de gustar —dijo Blum cuando el otro ya estaba en la calle—. Pensaré en algo. Ir a su terreno me parece demasiado poco seguro.

El alto frunció el ceño. Al hacerlo parecía tener veintitrés años.

—En este negocio también hace falta algo de confianza.

—Sí, pero no sólo por mi parte.

—Mire, tenga en cuenta que yo tengo una empresa...

—Tener una empresa nunca le ha impedido a nadie jugarle una mala pasada a otro.

—Usted es un tipo extraño. Bueno, pues como quiera, piense en alguna otra cosa. Pero nos vemos aquí a las seis y media. ¿Tiene coche?

—Conseguiré uno —Blum tenía aún algo que preguntarle—. Dígame, ¿por qué hace esto? Tiene su empresa de publicidad, su restaurante... ¿Por

qué se arriesga a pasar tanto tiempo en prisión por tráfico de cocaína? ¿De veras es tan ambicioso?

El hombre se subió a su Mercedes y miró a Blum una vez más. Sonreía. Ahora parecía tener diecisiete.

—Es divertido —exclamó cerrando la puerta.

—Ésta sí que es una habitación bonita, mister Blum, sobre todo si se piensa en la de La Valeta.

El pakistaní le pasó a Blum una silla con el acolchado desgastado y se sentó en la cama.

—Muy bonita, mister Haq. ¿Puedo preguntarle cuánto paga por esta maravilla?

La maravilla era un dormitorio oscuro en el cuarto piso de un edificio de finales del siglo XIX con vistas a una gasolinera. La planta baja, la tercera y la cuarta eran propiedad de la pensión Waldfrieden, paz del bosque. En cualquier caso, no se veía ningún bosque. Posiblemente, el nombre proviniera de la misma época que el mobiliario. Mister Haq parecía sentirse bien, pese a todo, entre la cómoda, el armario de roble alemán y el lavabo con grifería de flores esmaltadas. El único elemento contemporáneo era un infiernillo eléctrico en el que se estaba preparando algo de comer.

—Le había invitado ayer, mister Blum. Por supuesto, también hoy está invitado. Espero que le guste el curry. Siento no poder ofrecerle ninguna bebida fría de las que acostumbra a beber, aunque es posible que se hayan refrescado un poco al sacarlas al alfeizar.

Se acercó a la ventana, la abrió y cogió una botella empezada de cola y una cerveza.

—¿Ve? Para estas cosas sirve el tener un tiempo tan frío. Pues bien, no pago mucho más que en Cumberland y, además, tengo baño. ¿Cerveza o cola, mister Blum?

—Si tuviese té...

—Ah, ¿le gusta el té? Yo siempre tengo té, mister Blum.

Le sirvió un vaso de té que estaba todavía caliente.

—Muchas gracias, mister Haq. ¿Es que en Cumberland no tenía baño?

—En teoría sí, mister Blum, sólo en teoría. Lo estaban reformando.

—Entiendo.

—¿Le gusta el curry poco picante o picante, mister Blum?

—Ya he comido.

—O sea, picante.

El pakistaní echó los ingredientes en la cazuela. El aroma era parecido al del Pegasus Bar los jueves, sólo que un poco más fuerte. De nuevo mister Haq llevaba puesto su traje, aunque con una camiseta debajo y zapatillas de estar por casa en los pies. Se había puesto cómodo.

—No sabrá igual que el de mi mujer, mister Blum, pero confío en que resulte comestible.

—¿Está casado?

—Ya no soy ningún jovencito, mister Blum —fue lo suficientemente discreto como para no hacerle la misma pregunta a Blum—. Ah, en serio, debería visitarme en Lahore. Como bien sabe, Lahore es la ciudad más importante de Asia central. Puede venir a comer a mi casa y tomarse sus copas en el Punjab-Club. Dicen que es el club más de moda de todo Pakistán. ¿Juega al billar? Seguro que sí. En el Punjab-Club tienen los mejores billares.

Aquel hombre de oriente medio tenía un talento inagotable para las conversaciones banales. Pasó bastante tiempo hasta que dejó a Blum entrar en materia. Blum lo hizo con brevedad, limitándose a dar algunas indicaciones vagas.

—Pero ¿qué es lo que podría hacer por usted en este caso, mister Blum? Ya le dije en la cafetería que aquí mis posibilidades son muy limitadas...

Blum le recordó la pérdida de las revistas porno.

—Comprenderá que desde entonces he estado bastante nervioso...

El pakistaní le dedicó una educada sonrisa.

—Y usted cree que mi modesta persona podría hacer que un ladrón no...

—No, se trata de algo totalmente distinto, mister Haq. En esta ocasión trataremos con gente completamente honorable. Pero resulta más sencillo si aparezco acompañado para hacer esta transacción.

—Entiendo. Seguro que se trata de una cantidad elevada, ¿no es cierto?

—La cantidad no es tan importante. Es más bien una cuestión de honor.

—Ah. Conozco ese tipo de cuestiones. Pero dígame una cosa, mister Blum, ¿acaso no tiene amigos en esta ciudad? —Ésta no es mi ciudad.

—Qué extraño. Habría dicho que una persona como usted tendría amigos por todas partes. Al fin y al cabo, éste es su país.

—No olvide que llevo mucho tiempo fuera.

—¡Pero si sólo estuvo un año fuera, mister Blum, un año! ¿Y ya no le quedan amigos? ¿Ni siquiera algún familiar? Todo el mundo tiene familiares.

Blum sentía que la conversación se le estaba escapando de las manos.

—Como es natural, le pagaría por sus esfuerzos.

—¡Por favor, mister Blum! En cierto modo somos amigos hablamos el mismo idioma. Y ahora vamos a comer.

Sacó unos platos de la cómoda. Estaban hechos de loza pesada y tenían los bordes descascarillados. Mister Haq puso la mesa. Si le resulta demasiado picante, dígamelo.

—Están deliciosos. Le felicito.

—Esto no es nada, mister Blum. Me habría gustado llevarle a algún restaurante, pero me temo que allí el curry no sería bueno. En Lahore...

Tras el almuerzo, mister Haq retomó el tema.

—Usted sabe que me gustaría ayudarle, mister Blum, sobre todo tratándose de una cuestión de honor, pero, por otro lado, no me gustaría infringir la ley de mi país de acogida...

—Mister Haq, en el caso de que se viera en una situación en la que tuviera que contravenir alguna ley, el riesgo sería mucho menor que en su amada Arabia Saudí.

Arabia Saudí era la palabra clave que estaba esperando mister Haq. Blum tuvo que oír otra vez lo fácil que era hacer dinero allí, que prácticamente crecía de los árboles o, mejor dicho, que salía de la arena, ya que allí no había árboles...

—Pensaba —prosiguió Blum— que aquí se dedicaría a algo productivo...

—Eso son sólo *peanuts*, como dicen los americanos, mister Blum. Uno es feliz cuando puede ayudar. Las limosnas que deis y el bien que hagáis redundarán en vuestro propio beneficio, dice el Profeta. Pero ¿cómo dar limosna cuando uno no tiene lo suficiente? No, mis compatriotas deben ir cambiando poco a poco su forma de pensar. Deben entender que en Arabia Saudí podrán salir adelante mejor que aquí. En su país, mister Blum, hay demasiada competencia. ¿No piensa usted lo mismo?

—Es posible —admitió Blum. Finalmente hablaron del pago. Por dos mil marcos, mister Haq estaba dispuesto a contravenir algunas leyes poco importantes de su país de acogida actual para ayudar a su amigo Blum en la transacción y a mejorar las apariencias, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba, en parte, o incluso en su mayor parte, de una cuestión de honor. Blum debía pagarle quinientos marcos por adelantado. En este punto, mister Haq se mostró inflexible.

En la escalera Blum se topó con toda una tropa de orientales. Algunos llevaban turbante y todos lo saludaron con respeto. Éste era, pues, el importante empresario amigo del eminente mister Hassan Abdul Haq de

Lahore. Un gran comerciante de obras de arte occidentales. «Debo haberme vuelto loco —pensó Blum—. Tendría que haber ido a ver a Hackensack. Los orientales están mal de la cabeza». Pero ¿acaso Hackensack era una alternativa útil? «“Productos químicos e información, mister Blum”. Sí, claro, mister Hackensack». Al menos, el curry estaba bueno.

En el club de *jazz* el tiempo parecía haberse detenido. Habían pasado doce años desde la última vez que Blum se había dejado caer por allí, pero nada había cambiado, ni siquiera las sillas o los precios. Las mismas caras, las mismas conversaciones, la misma música. El que tocaba el trombón había adquirido fama internacional, pero seguía siendo un hombre de mediana edad que hacía música para hombres de mediana edad, una persona melancólica y hastiada.

Esa gente parecía tener todo lo que necesitaba y, si no tenían nada, no permitían que nadie lo notara. En cualquier caso, Charlie Parker la había palmado muy lejos de allí. *Jazz* y cocaína, eso era algo que aún existía, pero no para los que estaban allí; ya no. Habían escalado los precipicios con cuentas de ahorro vivienda, iniciativas ciudadanas, becas y anillos de boda. Los abismos en los que quizá se habrían visto metidos alguna vez seguían existiendo en el exterior. En fin, qué más le daba a él. El día siguiente por la noche ya no estaría allí; sólo tenía que aguantar aquella noche y entonces tal vez pudiese pensar en una cuenta de ahorro vivienda en Bombay o jugar al billar en el Punjab-Club. Mister Haq había mencionado una hija. ¿O eran dos?

Contempló a una rubia que iba de mesa en mesa y que parecía ir buscando a alguien. Mmm, quizá también estuviera buscando otra cosa. La gente reaccionaba con irritación. No les gustaba que les interrumpieran mientras hacían sus silenciosos aspavientos acompañando la música. «Tiene una buena figura —observó Blum—, casi exuberante y una boca que recuerda a la Bardot, aunque en una versión bastante echada a perder». Llevaba un abrigo de piel sintética abierto por delante, con una blusa negra debajo, unos vaqueros viejos, botas a las que se les estaba desprendiendo el lacado plateado y un bolso en bandolera. Miró una vez en su dirección. Él le dedicó una leve sonrisa. Ella se dio la vuelta y se puso a hablar con uno que estaba en la barra. Después desapareció. Pues muy bien. Pidió que le trajeran otro vodka con tónica. Después de colocar la coca podría permitirse algo más elegante. La gente se fue yendo poco a poco y, de repente, la rubia apareció de nuevo.

Seguramente no había encontrado nada. En esta ocasión, cuando se fijó en él, sus voluptuosos labios se curvaron en una sonrisa que él correspondió. «También el pelo —pensó—, casi como Brigitte Bardot». Realmente se estaba aproximando a él. «Cielo santo, esto es ridículo, es como un sueño adolescente».

—¿Puedo sentarme un momento contigo? Quería preguntarte algo.

Blum se enderezó en su asiento. Desde cerca se veían las huellas de las polillas en el abrigo y ella tampoco tenía tan buen aspecto, pero lo que se le veía, y quizá más aún lo que no se le veía, indicaba calor y temperamento. Blum se aclaró la voz, pero la chica ya estaba hablando otra vez.

—¿Puedo cogerte un cigarrillo? HB. Bueno, mejor que nada. —Hablaban un alemán neutro de ciudad con cierto toque del sur. Su voz sonaba algo apagada, como si, tras toser, no lo hubiese expulsado todo—. Lo que quería preguntarte es si podría irme a sobar a tu casa.

—¿A sobar?

—Sí, a sobar, ¿entiendes? A dormir. Podría darte también un poco de droga, si te gusta. Seguro que tienes una casa en algún lugar. A mí me echaron del piso que compartía hace tres días porque, aunque quería irme de todos modos, no me parecía bien seguir pagando el alquiler. Además, todos son idiotas. ¿Entiendes?

—¿Quieres quedarte a dormir en mi casa?

—Es lo que te acabo de decir. Si puedes. Quiero decir que no creo que seas uno de esos asesinos de mujeres, un Jack el Destapador o algo así. ¿O es que tienes mujer y le podría parecer mal?

Blum la miró fijamente. ¿Era un cebo? Pero la Policía no iría tan lejos y la mafia podría permitirse algo más refinado. Volvió a sonreír.

—¿Cómo te llamas?

—Cora. ¿Y tú?

—Blum. Bueno, Cora, la verdad es que no soy Jack el Destapador y tampoco tengo una mujer a la que pueda parecerle mal. Pero por desgracia tampoco tengo casa, sólo una habitación en un hotel. Estoy de paso.

Se quitó un mechón de pelo de la frente. Sus cabellos eran más bien color rubio ceniza, pero rubio ceniza también era rubio.

—Así que de paso. Mala suerte, como siempre. Pero quizá tu habitación en el hotel sea lo suficientemente grande. No tengo mucho equipaje. ¿Dónde estás? ¿En el Interconti?

—No exactamente. ¿Qué bebes?

—Preferiría algo de comer, si no te importa. Excepto un par de patatas fritas, no he comido nada en todo el día.

—¿Estás sin blanca?

La joven asintió y lo miró fijamente. Sus ojos eran bastante grandes y fríos y grises.

—Bien, entonces vayamos a comer algo de verdad.

—Pero tengo que buscarme algún sitio donde dormir...

—Eso no será un problema.

—¿De verdad?

Ella se levantó y sus pechos formaron un arco muy cerca de los ojos de Blum; realmente sí que se parecía a Brigitte Bardot de joven, incluso algo más exuberante.

El único local que aún estaba abierto era el Onkel Maz. Se sentaron entre los borrachos y se comieron un escalope vienés, o mejor dicho, Cora comió mientras Blum se bebía lentamente una cerveza y la contemplaba. Le gustaban las chicas que disfrutaban de la comida.

—¿Cuántos años tienes, Cora?

—¿Para qué quieres saberlo? No he llegado a los treinta. ¿Y tú? ¿No tienes nombre?

—Blum suena mejor.

—Dímelo.

—Oye, que me llamo Blum.

—Como quieras. Y ¿cuántos años tienes?

—No he llegado a los cuarenta.

—Entonces encajamos a la perfección.

—¿A qué te refieres?

Había terminado de comer y se estaba encendiendo un cigarro. Blum le había dado tres marcos para que comprara una cajetilla de Roth-Händle. Fumaba y comía con la misma ansia.

—Encajamos para pasar la noche —respondió—. Incluso para una noche es necesario encajar. Quítate esas gafas de sol, estás ridículo. Ni que fueras un mafioso. Tus ojos no están mal. Son casi verdes, ¿no? Los ojos son importantísimos y los tuyos son bonitos. Los míos son demasiado grandes, ¿no? ¿Qué estás mirando? ¿Es que *eres* de verdad un mafioso?

Se puso de nuevo las gafas. No tenía sentido. No podía implicar a la chica en sus asuntos. Quizá, los tipos a los que pertenecía la coca atacasen aquella noche. Tal vez los polis habían recibido algún soplo y le estaban esperando en el hotel.

—Mira, Cora, te voy a dar cincuenta marcos y tú te buscas una habitación de hotel...

—¿Y por qué? Creía que podía dormir contigo...

—Yo no he dicho eso.

—Yo creo que sí lo has dicho, pero da igual. Además, si crees que voy a coger dinero tuyo estás loco. Ya encontraré alguna otra casa. Y, si no, dormiré en el parque.

—Siéntate, Cora.

—Me iré cuando me dé la gana.

Se volvió a sentar, le dio una calada al cigarrillo y expulsó una densa cascada de humo. «Le da todo igual —pensó Blum—, sin habitación y sin dinero, dando tumbos por la calle, hablando con el primer tipo que se encuentra y, posiblemente, con suficientes drogas en el bolso como para acabar en el calabozo. Seguro que no le importan un par de Rossis o de Renées más». Era cierto que había algo en el conjunto que molestaba a Blum; quizá fuera que en algunos puntos los trazos y los colores eran demasiado gruesos. Pero otra noche más, solo en aquella fría habitación...

—Verás —dijo con precaución—, es posible que pasar esta noche conmigo no sea algo del todo tranquilo.

Ella sonrió elocuentemente.

—No es lo que piensas —continuó—, sino que sería algo así como de fuerza mayor.

—Contra las razones de fuerza mayor estamos indefensos, ¿no crees, Blum?

—Camarero, la cuenta.

Cogieron un taxi. Blum tenía la impresión de que alguien los seguía, pero no podía hacer nada. Quien quisiera encontrarle, podría hacerlo. ¿Dónde podría haberse escondido? Con dos kilos y medio de cocaína, uno no se puede esconder, al menos no si se quiere convertir el polvo en dinero. Y ahora, encima, tenía que cargar con una zorra rubia y porrera, posiblemente buscada por la Policía, pero a la que él necesitaba. Cuando tenía veinte años había soñado con rubias como aquélla mientras se masturbaba. Con cuarenta la había logrado, aunque estuviera algo echada a perder y se hubiese convertido en una fulana. Pero nunca es demasiado tarde para mujeres como aquélla.

19

—¡Qué elegante! —dijo Cora cuando llegaron a la habitación del hotel. Blum le había dado un billete de veinte al recepcionista de noche.

—¿Qué tiene de elegante?

—Fíjate. Incluso tiene bañera. Es casi como el Interconti. ¿Crees que todavía puedo bañarme?

Antes de que él pudiera contestar, le dio un beso fugaz en los labios y desapareció entrando en el cuarto de baño con su bolso. Oyó el fluir del agua. Al lado volvía a chirriar una cama y de arriba venía un ruido como si alguien estuviera arrastrando un armario de un lado a otro. Blum se puso un Cutty Sark, se sentó junto a la ventana y miró hacia la calle. Dos borrachos, un coche de policía, lluvia. La luz de las farolas se reflejaba en la fachada de los bancos. ¿Por qué no iba a tener suerte él también? Sólo quedaban dieciséis horas. Puso la radio. Sonó una voz vieja, cargada de humo, que cantaba:

*When the day has turned
to evenin'... baby
and the stars are out
to show their magic
that's the time you feel
so lonesome
it's so strange and blue
'round midnight...*

Cuando Cora salió del baño sólo llevaba su blusa y unas braguitas lilas. Los cabellos le caían mojados sobre los hombros y Blum observó que se había pintado los ojos. En la mano llevaba un porro encendido.

—¿Quieres una calada?

Blum negó con un gesto. No se había secado. El agua descendía por sus piernas y se filtraba por la alfombra de coco, que adquirió un color más oscuro. Tenía unas piernas fuertes y bien torneadas. Todo en ella era fuerte y

bien torneado. En cinco años tendría problemas con su figura, pero en aquel momento todo estaba tal como le gustaba a Blum. Ella se sentó en la cama.

—Da la impresión de que quieres seducirme —dijo Blum—. Un baño, un porro, las piernas desnudas...

—Al fin y al cabo, sólo hay una cama —explicó—. Es mejor si nos gustamos.

—¿Y yo te gusto?

Le echó a Blum una nube de hachís y entrecerró los ojos.

—No muestras demasiado de ti. Pero creo que sí que podrías gustarme si te conociera un poco mejor. ¿Estás seguro de que no quieres darle una calada?

A Blum se le ensombreció el rostro. No le gustaba especialmente toda aquella mierda del hachís y, además, ya iba siendo hora de averiguar por qué aquella mujer estaba sentada en su cama.

—¿Quién te ha encargado que te ocupes de mí, nena?

Dejó el resto del porro en el cenicero y se quedó mirándolo. Su gesto se hizo más duro y daba la impresión de ser un campesino torpe que ha ido a la ciudad a bailar y que le suelta un bofetón a todo aquél que parece estar burlándose de él.

—No te entiendo, Blum —dijo con aspereza.

—Lo has entendido muy bien. ¿Quién ha sido? ¿Rossi? ¿La mafia? ¿Hermes? ¿Renée? ¿O ese supuesto publicista de aquí? Vamos, dímelo. Tú eres de Múnich, ¿no? Te lo noto en la voz...

Se puso de pie rápidamente y ya estaba en el baño antes de que ella pudiera responder. La llave aún estaba en la cisterna.

Las cosas de la chica estaban tiradas por el suelo; su bolso, una de esas cosas marroquíes de cuero, estaba debajo del lavabo, donde ella había distribuido los productos de maquillaje. Cogió el bolso y miró dentro.

—¿Qué crees que tengo ahí dentro?

Ella estaba de pie en la puerta, fumando otra vez, aunque en esta ocasión era un Roth-Händler.

—¿Una pistola? ¿O un kilo de heroína? Creo que has visto demasiadas películas policiacas. ¿O es que eres realmente un delincuente? ¿Les has robado drogas y ahora te persiguen?

Dejó caer el bolso. Ella cogió a Blum, lo atrajo hacia sí y contempló su rostro desde muy cerca. Parecía ver el miedo; dejó caer el cigarrillo y lo abrazó, apretándolo fuertemente, con sus cabellos mojados sobre la camisa de él, sus labios húmedos sobre su rostro. Tras unos momentos, se desprendió suavemente de ella.

—Coge el cigarrillo, Cora. Los incendios en los hoteles pueden ser desagradables.

Ella sonrió y recogió la colilla humeante. Su trasero mostró las curvas lilas. Blum volvió a la habitación, se sentó de nuevo junto a la ventana y echó un trago de whisky. Ella se echó en la cama y lo escuchó. Él le contó la historia... sin entrar en detalles.

—¿Y tú crees que alguno de ellos me ha hecho seguirte?

—Que te han contratado. Sería posible. Sería una solución de lo más elegante: echamos un polvo, tú haces como si durmieras y cuando yo me despierto, si es que llego a despertarme, has desaparecido con la coca y acabas llevándosela a tus jefes.

—Si sigues hablando así voy a empezar a tener miedo.

—¿Por qué te has acercado a mí en el club de *jazz*?

—Creo que ya te lo he dicho.

—Cuéntame tu historia.

—No tengo ninguna.

—Vamos, todo el mundo tiene su propia historia. Venga, suéltame lo del orfanato, lo de tu matrimonio, tus intentos de suicidio...

—El caso es que no me gustan ese tipo de historias. No necesitas saber nada de mí. Yo tampoco quería saber nada de ti hasta que has empezado con tus delirios.

—¿Has salido de prisión? ¿Del manicomio? Tienes que haber salido de algún sitio. Tienes que haber hecho algo.

—He vivido, igual que tú. ¿Es que crees que sólo los hombres pueden vivir como les plazca?

—Está bien. Ya me enteraré en algún momento. ¿Y qué quieres hacer ahora?

—Antes de que te entrara la paranoia...

—¿Paranoia? ¿Yo?

—... tenía la intención de acostarme. Incluso podía haberme acostado contigo —lo contempló y luego miró hacia otro lado—. ¿Tienes algo de la coca esa por ahí? La noche casi se ha acabado.

«Con que sí que es una cocainómana». Blum dudó. Le gustaba. Tenía estilo. Y era cierto que la noche casi se había acabado. Y en algún momento tendría que probar el material. ¿Y con quién mejor que con ella? ¿Y cuándo, sino ahora? Se quitó los botines y se sacó la lata del bolsillo. Ella le trajo su espejo de maquillaje. Puso un pellizco de polvo en el cristal. Cora se arrodilló

a su lado, rodeando las piernas de Blum con sus brazos. Su rostro resplandecía.

—Oye, eso tiene muy buena pinta, Blum.

—*Peruvian flake*. Primera calidad. ¿Esnifas a menudo?

—No puedo permitirme hacerlo a menudo. Pero tengo conocidos que también venden. Si buscas algún comprador, seguro que están interesados.

Blum enrolló un billete de cien marcos. No le quedaban demasiados.

—Tengo un comprador —respondió. Aún no habían hablado al respecto. Él esnifó con cuidado y detenimiento.

—Venga, acaba ya.

—Por lo que parece no puedes esperar, ¿eh? ¿Eres adicta?

—La cocaína no crea adicción. Causa otro tipo de problemas. Eso es algo que deberías saber.

Cora vio cómo se metía dos rayas. Blum esperó a notar el cosquilleo en la cabeza y los copos en el cuerpo, y entonces se encendió un cigarrillo. Cora se puso el espejo sobre las rodillas y se metió las dos que quedaban. Después cerró los ojos y se echó entre las piernas de Blum, con la cabeza en su regazo y las manos en sus tobillos. Blum se fijó en sus pechos, que se elevaban y hundían. Eran bastante grandes. Ella le cogió la mano con la que sostenía el cigarrillo, le besó la palma, dio una larga calada y soltó el humo lentamente por entre los dedos. Después le quitó los calcetines y le masajeó los pies. Tenía los dedos fríos. Algo se le hinchó en los pantalones, ejerciendo una presión en el cuello de la chica. Comenzó a acariciarle los hombros con la mano izquierda y ya había llegado hasta el pecho cuando ella cerró los ojos, arqueó su cabeza hacia atrás, sobre su miembro duro y palpitante, y dijo:

—Venga, vamos a meternos un poco más.

Se metieron algo más. En esta ocasión Blum fue incapaz de permanecer sentado. Se levantó, paseó por la habitación, bebió un poco de agua, después whisky, se encendió dos cigarrillos al mismo tiempo, caminó pesadamente hasta el baño, se miró con detenimiento al espejo, sacó la lengua; todo estaba en orden, rosa, sin sarro. Después volvió a mirar por la ventana. En el exterior, la oscuridad comenzaba a tener bordes grises y turbios. El primer tren giró chirriando por la esquina. Cora estuvo echada todo el tiempo en el sillón, con una pierna desnuda sobre el respaldo, las manos entrelazadas en la nuca, los ojos a veces cerrados y a veces mirando a Blum, quien se había quitado la camisa y se encendía el décimo cigarrillo.

—¿Cómo te encuentras, Blum?

—Estupendamente —gruñó.

—A mí siempre me tranquiliza. Me parece bien que a ti no te den esos subidones en los que la gente se pone a soltar rollos. Algunos hablan durante horas.

—Yo no —le aseguró Blum, aunque era lo que más le apetecía hacer en este mundo.

—Pero no pareces estar demasiado calmado.

—Sólo son las apariencias. Lo veo todo clarísimo, absolutamente todo. Veo las conexiones, ¿entiendes?

—¿Qué conexiones?

—Cielo santo, todo está conectado. *Todo*.

—¿Tú y yo también?

—Por supuesto, tú y yo también. La forma como se ha desarrollado todo... Cuando pienso en Malta...

Cora extendió los brazos hacia él.

—Ven, muéstrame las conexiones.

Después del sillón, de la alfombra de coco y de la alfombrilla de la cama, acabaron sobre el lecho, bañados en sudor; Cora, con el vello púbico mojado y el maquillaje verde de los párpados corrido; Blum, jadeando, tratando de recuperar el aliento.

—Córrete, vamos, vamos —exclamaba Cora, pero él no podía correrse. Le besaba la polla, que levantaba dura y trémula, y acariciaba sus muslos.

—No puedo correrme —murmuró él.

—Oh, sí que puedes. Sí que puedes.

Arriba encendieron una radio a todo volumen, música de gimnasia matutina, con una voz femenina que decía: «Y ahora nos ponemos en cucullas y relajamos las caderas e izquierda, dos, tres, y derecha, dos, tres», entonces alguien golpeó con fuerza la pared y bajaron el volumen de la radio. Blum se rió. Su cuello ardía. Apagó la luz y se quedaron echados, juntos, sudando sobre las sábanas.

—¿Crees que es posible, Blum?

—Por supuesto. Claro. Todo es posible. No sé. ¿Por qué no iba a serlo?

—Quiero decir si nosotros somos posibles.

Blum guardó silencio. ¿A qué se refería? Oía los graznidos de las gaviotas. Las gaviotas eran posibles. Uno se echaba en la playa extenuado, entre latas y cortezas de pan, y, de repente, ya estaban allí, subidas encima de uno. Eso era posible.

Cora suspiró, le frotó la polla contra sus tetas, presionó los pezones sobre el orificio, rodeó el glande con mechones de su cabello, lo liberó con la

lengua, se rió, cogió cocaína, puso un poco de la nieve azulada sobre el pene y se lo metió en la boca. Algo estalló en la cabeza de Blum, el cielo se abrió, las gaviotas se precipitaron al mar, Cora gritó, gritó, gritó y Blum se corrió.

Cuando Blum despertó unas horas más tarde, Cora aún estaba echada al otro lado de la cama. Tenía un bloc de dibujo sobre las rodillas y mordía un lápiz.

—¿Has dormido bien, Blum?

—No ha estado mal —respondió—. ¿Y tú? ¿No has dormido?

Parecía cansada. La fría luz del sol que penetraba por la ventana la hacía diez años mayor.

—He soñado algo y me he despertado, y después me he puesto a dibujar. Me gusta dibujar, ¿sabes? Para mí es como meditar o practicar yoga. O rezar.

—¿Con qué has soñado?

—Siempre se me olvidan los sueños.

—No lo creo. No parece ser de ese tipo de gente.

—¿Y qué te parezco entonces?

—Bueno, me parece bonita.

Sonó flojo. También era así como se sentía. Le dio unas palmaditas en la pierna y salió de la cama. La habitación parecía devastada y el humo de los Roth-Händler flotaba bajo el techo como si fuera polución. Miró el reloj. Las diez y media. Era hora de visitar a mister Haq. Se dirigió pesadamente al baño, bebió un litro de agua del grifo y se duchó. Después de afeitarse casi se sintió de nuevo como un hombre que aún tuviera treinta y nueve años. Se vistió.

—Tengo algo que hacer, Cora. ¿Quieres quedarte aquí mientras tanto?

Parecía estar absorta con sus dibujos y, pasado un rato, dijo sin levantar la cabeza:

—Por cierto, ¿cuánto pides por el material?

Blum se estaba abrochando la camisa azul marino. Durante unos instantes no supo qué hacer, pero al final respondió:

—Me darán cien mil marcos.

No había ninguna razón para no decirlo. Quizá incluso se la llevara con él... durante un tiempo.

Entonces levantó la cabeza y sonrió incrédula. La verdad es que se limitó a echar los labios hacia adelante.

—¿Por dos kilos y medio? ¿De ese material?

—Sí, pero tampoco está mal. Cien mil pavos. —Sonaba realmente bien teniendo en cuenta las circunstancias en aquella habitación desolada—. Y además en efectivo y en mano.

—Eso es demasiado poco, Blum. Puedes sacarle mucho más.

—Sí, por supuesto. Yo también lo había pensado. Pero no olvides que tengo prisa. Quiero largarme de aquí. No tengo ninguna gana de pasarme semanas corriendo de aquí para allá con la maleta vendiendo droga en bolsitas. No, quiero sacar dinero lo antes posible y si esta noche puedo conseguir cien mil, por mí perfecto. Pasado mañana podría estar ya en las Bahamas.

—¿En las Bahamas? ¿Y por qué?

—¿Por qué no? Mira, fíjate en el libro, allí hay todo tipo de oportunidades. Se puede invertir en Freeport, allí aún dura el *boom* clásico, ¿entiendes? Allí aún puede sumarse uno...

Ella lo miró decepcionada y apartó el bloc de dibujo.

—Estás loco —dijo.

El teléfono sonó. Blum lo cogió. Era el alto. Si las voces pudieran estar arrugadas, la suya lo estaría.

—Nos lo hemos pensado mejor —comenzó—. No vamos a aceptar el negocio...

—Escuche un momento...

—Lea el periódico de hoy y sabrá por qué ya no estamos interesados.

Clic. El corazón de Blum saltó. Al vacío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cora—. Tío, ¿qué es lo que te ha dado de pronto?

Él la miró fijamente, con el auricular aún en la mano.

—Ese cerdo ha cancelado el trato —dijo tras unos instantes.

—Pues me habías asustado de verdad, Blum. Esa forma de mirarme...

Colgó. Pensó en Hackensack. Quizás al final sí que iría a visitarlo.

—Bueno —dijo mientras se encendía un cigarrillo—, si acabases de tirar cien mil por el retrete...

—¿Y eso por qué? Aún tienes la coca. Y cien mil habría sido demasiado poco. Mira, voy a informarme. Tal vez consiga algo.

Blum contó el dinero que le quedaba. Apenas mil cien marcos y la cuenta del hotel seguro que superaba los doscientos cincuenta. Y mister Haq había

recibido quinientos por nada. Hasta ahora era el que se había llevado la mejor parte. Apagó el cigarrillo aplastándolo. La mano le temblaba un poco.

—Tengo que irme, Cora. Tú puedes investigar a ver si averiguas algo, pero ten mucho cuidado.

—¿Así que seguiremos juntos?

Blum se encogió de hombros. Ella se levantó y fue a su encuentro.

—Tienes que abrir la boca, Blum.

Pero cuando la abrió, ella posó sus labios encima. Aquella boca carnosa. Aquellos ojos. Aquel pelo rubio ceniza. Aquel cuerpo cálido y firme.

Quedaron para la tarde.

Todo Fráncfort parecía estar bajo la influencia de la cocaína. Todo estaba forzado y se movía de manera nerviosa, torpe. «*Go, man, go*. Acaba con él». Incluso los mendigos eran sólo banqueros que habían tenido mala suerte y los mánagers iban a toda velocidad a comer en patines. Blum decidió no llamar a Hackensack antes de ir. El teléfono sólo serviría para retrasarlo todo. Lo único que tenía que hacer era presentarse allí y pillarlo. Al fin y al cabo dos kilos y medio de cocaína también eran un producto químico.

De camino, se metió en una cafetería y hojeó los periódicos. El dólar se había recuperado. Eso estaba bien. ¿A qué se podía haber referido el alto? Lo encontró entre las noticias generales: «COCAÍNA EN EL CAFÉ: Gracias a una información confidencial, los agentes de la unidad especial de la Policía bávara ha registrado a un italiano de veintiocho años en la estación central de trenes de Múnich y ha encontrado en su equipaje 1,6 kilos de cocaína escondida en latas de café. Se trata de la mayor cantidad de esta droga incautada en Baviera, una sustancia procedente de Sudamérica que en los últimos tiempos ha adquirido la dudosa reputación de droga de moda. El italiano afirma que no sabía que llevaba la cocaína en el equipaje. La Policía sospecha que forme parte de un grupo internacional de traficantes que quiere introducirse en suelo alemán».

Blum dejó el periódico. Un hotel de la estación central. 1,6 kilos. Vaya potra. Era increíble, pero esta vez había tenido suerte. Cocaína en lata. La felicidad en pequeñas dosis, pero la cocaína en grandes. 2,4 kilos en botes familiares de espuma de afeitar, 1,6 kilos en botes de café Maxwell. Muy astuto, pero no lo suficiente. Los polis tenían 1,6 kilos, Blum tenía 2,4. Un grupo internacional de traficantes. «¿Cómo se siente uno cuando anda metido en un grupo de traficantes internacionales? Señores míos, uno se siente de manera acorde a las circunstancias. Lo importante es, al igual que en la vida en general, disfrutar de la felicidad en pequeñas dosis, así duele menos

cuando se pierde. Y es que la felicidad, señores míos, es la más cara de las drogas».

Cuando Blum se encontró de pie ante la casa que respondía a la dirección de la tarjeta de visita de Hackensack, lamentó no haber llamado antes. Se trataba de un antiguo edificio burgués en Westend con castaños en el jardín, cinco pisos y estuco en la fachada. Blum se preguntó dónde habrían metido las aproximadamente dos docenas de empresas que tenían aquí sus oficinas, según la información que aparecía en el telefonillo. Y en ningún lado aparecía ningún Harry W. Hackensack, consejero. Volvió a comprobar la tarjeta de visita. La dirección era correcta. Dos docenas de empresas en el edificio y todas sonaban sospechosamente parecidas. ¿En cuál de ellas estaría escondido Hackensack y por qué demonios tendría que esconderse? *Siempre he salido adelante*. Asesor comercial, sí, claro. Todo lo que leía tenía el aspecto de tapadera de asociación de traficantes y especuladores internacionales. Planta baja: Dr. H. Mäusing, asesor fiscal, sólo con cita previa. Dymco Int. Aviación norte-sur. Polska Film Co. Primer piso: Fondos de inversiones generales. Asesoría fiscal Letzyg. Smycholsky Telecommunication. Reality Holding. Dr. Immelmann, Dr. Gelb, Dr. Von Jakubowsky, abogados especialistas en derecho internacional. Segundo piso: Symposion. Instituto de cuestiones sobre la clase media. Tauus & Terra Film. Agencia de detectives Wurzelmayer. Tercer piso: allí había seis «empresas», de las cuales tres presentaban sólo abreviaturas. TWNF EAS. ICA. *Si puedo asesorarle le haré un descuento*. Una de ellas debía de ser la de Hackensack. Blum llamó al timbre. En la puerta había una pesada placa de latón en la que se anunciaba amablemente: «LA COMUNIDAD NO DA LIMOSNAS NI ADMITE A VENDEDORES AMBULANTES». Blum aún no se sentía un mendigo, pero en lo referente a la venta ambulante, no estaba seguro del todo. La puerta se abrió.

En el tercer piso a la izquierda se encontraban el «Trans World Nature Fund», la «Evangelización de Asia y Sudamérica (misión de los Hermanos de los Últimos Días)» y la «International Consulting Agency». Mira qué bien. Blum pulsó uno de los tres timbres. Sonó un zumbido. Abrió la puerta y se

adentró en un pasillo que olía a cerrado y que estaba escasamente iluminado por una bombilla de 40 vatios. Los abrigos del perchero eran de mujeres mayores a las que ya no les importaba tener un aspecto elegante. Algunas de las damas mayores se encontraban en una gran oficina que Blum vio desde fuera. Estaban sentadas pulsando las teclas de unas viejas máquinas de escribir o ensobrando pilas de papeles impresos. Olía a papel carbón y a polvo. Una de las mujeres levantó la cabeza y miró a Blum. Su rostro era tan inexpresivo como el reverso de un sello sin humedecer.

—¿Qué desea?

—Busco al señor Hackensack —respondió Blum—. El señor Hackensack, el asesor comercial...

—Eso es en la tercera puerta a la derecha —indicó ella—. Ésta es la misión de los Hermanos de los Últimos Días.

—Ah, sí —dijo Blum retirándose—, ya lo veo. Muchísimas gracias.

El linóleo rechinaba. En la tercera puerta había un cartelito pegado con chinchetas en el que ponía «ICA-Fráncfort» escrito a máquina. «No parece precisamente lujoso», pensó Blum, pero llamó a la puerta de todos modos. Oyó crujir el parqué y entonces la puerta se abrió cuidadosamente hacia dentro.

Era una señora con media melena y un traje marrón de *tweed*. La nariz aguileña, los labios delgados y sin pintar, y unos ojos inquisitivos tras unas gafas que aseguraba con una cadena que llevaba alrededor del cuello.

—¿Es el transportista? Entonces deme las cosas.

Blum adoptó su sonrisa de negocios.

—Mi nombre es Blum —anunció—. Trabajo con mister Hackensack... ¿Es ésta la oficina de mister Hackensack?

—Ésta es la filial de la International Consulting Agency —respondió ella con relativa amabilidad. Su fría mirada hacía que Blum comenzara a sentirse inseguro—. Mister Hackensack no está en este momento.

—Pero podré encontrarlo aquí, ¿no? ¿Podría dejarle un mensaje?

La mujer escrutó a Blum, deteniéndose en su indumentaria. La raya del pantalón sólo podía verse fijándose mucho. No obstante, Blum parecía haber pasado la prueba, ya que le pidió que entrara.

La oficina de la ICA era tan modesta como pomposo era su nombre: un escritorio arañado con cajones con cerradura, un archivador, un teletipo viejo de SEL, un perchero del que colgaban un sombrero y un paraguas, sillas de respaldo rígido, un sillón para las visitas que debían de haber adquirido en algún mercadillo y, en la pared, la única nota de color, un calendario de ésos

con los que las farmacias y las droguerías obsequian a sus clientes en Navidad. La imagen del mes de marzo mostraba una flor de crocus de color amarillo verdoso. En la pared trasera había una puerta en la que ponía «Privado». A través de una pequeña ventana entraba luz suficiente como para poder reconocer con cierta seguridad si uno estaba cogiendo el auricular del teléfono o el perchero. La ventana estaba enrejada. Blum se preguntó qué era lo que podrían robar allí. En la ICA, era el tiempo parecía haberse detenido en los días en que el club de jazz abría sus puertas y Blum averiguaba de manera definitiva que todo en la vida tenía un precio. La señora del *tweed* se sentó tras el escritorio, pero no le ofreció una silla.

—¿Puedo preguntarle desde hace cuánto tiempo tiene negocios con mister Hackensack?

Por su forma de pronunciar la palabra «negocios», Blum percibió que se estaba moviendo en terreno peligroso.

—La verdad es que desde la semana pasada. Nos conocimos en Malta y Harry, mister Hackensack, me invitó a visitarle en Fráncfort. Quería asesorarme comercialmente.

—¿Podría decirme de qué tipo de negocio se trata, señor...?

—Blum. Bueno, me temo que es un asunto que querría tratar personalmente con mister Hackensack.

—¿Lo sabe mister Hackensack?

—Sí, por supuesto, acabo de decírselo.

En aquel momento lamentó no haberse metido un poco de coca. Sonó el teléfono. La mujer lo cogió, pero no dijo nada, simplemente escuchó, apuntó algo y colgó.

—Bien, señor Blum, por lo que sé, mister Hackensack no volverá hasta el lunes. Le diré que ha estado aquí y si él lo considera oportuno, se pondrá en contacto con usted. Quizá pueda dejarme su tarjeta de visita o apuntarme aquí dónde puede localizarle.

Blum se encendió un cigarrillo y echó el humo por encima del escritorio. La señora no movió ni un músculo. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a los puros del viejo. «La verdad es que es típico —pensó Blum—, que la oficina de este tipo sea un agujero así. Primero me calienta la cabeza con sus historias de poder y química, y luego me encuentro el crocus en la pared y el paraguas en el perchero. Y una momia prusiana en el escritorio para que haga de fantasma y asuste a gente como yo. Pero yo ya no tengo edad para esto, mister».

—No estoy localizable —dijo elevando un poco la voz—. Tan sólo díglele al señor Hackensack que lamento profundamente que no pueda mostrarme Fráncfort. Fráncfort de noche, por supuesto. Me lo había prometido allá en el sur, en Malta. Aunque también puede tachar el «profundamente». «Lamento» bastará. Llamaré más adelante por si aún fuera posible. Adiós.

Se dio la vuelta y abandonó la oficina sin cerrar la puerta tras de sí. En el ascensor encontró escrito con un cuchillo la frase «Lisa no folla» y pensó: «Cuando vuelva a verle tengo que preguntarle cuál es el nombre de pila de la secretaria de la ICA».

Al llegar a la calle se dio cuenta de que no sabía por qué su reacción había sido tan fuerte. ¿Qué era lo que esperaba? ¿Todo un piso iluminado con luces de neón en un rascacielos donde Hackensack y 123 empleados trabajasen día y noche, con la ayuda de los últimos ordenadores de IBM, para ayudar a gente como Blum en su lucha por subsistir? Se había comportado como un estúpido. Quizá fuera conveniente visitar a mister Haq. Tal vez el pakistaní tuviera más experiencia en este campo de la que había mostrado hasta entonces.

Blum cogió el tranvía, pero se apeó en la siguiente parada. Llevaba quince años sin usar un tranvía y le ponía nervioso estar aprisionado entre toda aquella gente y soportar sus miradas. Necesitaba un coche a toda costa, pero no uno de alquiler. Nada de firmas. El taxi le costó una pequeña fortuna. Así era la vida: dos horas antes había estado diciendo disparates sobre inversiones en Freeport y ahora tenía que andar mirando cada céntimo. Las cosas ya no eran sólo duras, sino que poco a poco también se estaban volviendo injustas.

Cuando llegó a las escaleras de la pensión, la puerta de la planea baja se abrió y una mujer, que podría haber sido la tía de la secretaria de la ICA, lo contempló con desconfianza y le dijo:

—Está todo ocupado, jovencito.

Sonó como una amenaza.

—Vengo a visitar a uno de los huéspedes de su pensión, señora.

—Ninguno de ellos está aquí, señor mío.

—Pero mister Haq, el señor Haq, de Lahore, el del tercer piso, me está esperando. Es una cuestión de negocios.

—¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios, jovencito?

Blum sacó una de sus tarjetas de visita (Siegfried Blum, representante de todo tipo. Berlín - Barcelona - Tánger). Ella le quitó la tarjeta de la mano, le echó un vistazo y se la devolvió con una mueca burlona.

—Aquí ya no hay nada que representar. Se han ido todos, toda esa gentuza.

—¿Puedo preguntarle adónde?

—Los han pillado, por supuesto. ¿Qué se creía? Siempre le he dicho a mi hermana que no debía dejar entrar a esa canalla.

En la vivienda, de la que salía un olor amargo a col cocida y a gelatina de cerdo, se oyó una voz antiquísima:

—Emmi, ¿es la Policía otra vez? ¡Que no entren en la casa, no se lo permito!

Blum arrugó la frente y dio un paso hacia atrás.

—¿La Policía ha estado aquí?

—¿Es que no oye bien, jovencito? La Policía, sí, la Policía. No pienso aceptar a ningún turco más en mi pensión.

—El señor Haq es de Pakistán.

Lo miró como si él fuese también uno de ellos, un espécimen especialmente repulsivo.

—Esos sinvergüenzas también han cocinado en las habitaciones, a pesar de que se lo había prohibido cientos de veces. ¡Tardaré una eternidad en sacarle la peste a los muebles, señorito!

La voz antiquísima volvió a sonar:

—¡Nada de Policía, Emmi, no pienso dejar que vuelva a entrar la Policía! ¡Nuestro padre no lo hubiera tolerado!

—¿Y cuándo estuvo aquí la Policía?

—Ayer por la noche se los llevaron a todos, a toda esa canalla. Y usted, ¿qué tiene que representar con esa gente?

«Quizás a mister Haq no le han salido las cosas del todo bien. El tipo es listo, eso es cierto, y es posible que haya desaparecido a tiempo. Pero si no...».

Blum decidió largarse.

El café había sido anteriormente una simple taberna en una esquina. El techo era bajo y estaba negro por el humo. La gente se sentaba en incómodas sillas de cafetería junto a unas mesas de mármol diminutas, rodeadas de hojas de palma, figuras de escayola y árboles de goma, y dejaba que la atendiera con brusquedad unos camareros que habían escrito tesis sobre estética de la comunicación y que parecían esgrimistas de florete o bailarines de ballet. Después pagaban el doble que en cualquier otro lugar por una «ensalada Niçoise» o un «café orange», ya que allí había una atracción adicional: «arte». El arte se representaba en una tarima bajo la agresiva luz de los tubos de neón, principalmente por unas damas, generalmente regordetas, que interpretaban con voz de carretero monstruosidades con dobles sentidos lascivos. Blum pensó con nostalgia en Barcelona o Tánger; en las veladas al curry en el Phoenixia. Pero la nostalgia era algo que allí también estaba fuera de lugar. Vio a Cora ante unos carteles modernistas que había en el pasillo que llevaba a los baños. Hablaba con todos los que se cruzaban en su camino. Se había hecho trenzas. Precisamente trenzas. «Ya apenas se parece a Brigitte Bardot», pensó Blum, «pero quizá sea mejor así, nada de sentimentalismos. A Dios tampoco le importa un bledo que yo quisiera ser teólogo cuando tenía diecisiete años». Ahora flirteaba con un tipo repulsivo de barba pelirroja y pantalones de peto a juego. En el peto lucía el símbolo amarillo de los antinucleares. «Hace veinte años las insignias tenían mucha más clase», pensó.

—Para mí, la ficción es una droga más dura que cualquier cosa que se pueda inyectar uno —afirmó el hombre sentado junto a Blum. Era alto y delgado, y dueño de una discreta distinción. Cora los había presentado, pero Blum no podía recordar su nombre. En cualquier caso, aquel tipo era escritor.

—¿Se ha chutado alguna vez? —preguntó Blum antes de darle un trago a su whisky.

—Hablabas en sentido metafórico —puntualizó el hombre—. El whisky, el deseo por el otro género, todo, en definitiva, lo que nos da la esperanza de

llegar a ser aquello que somos: todas esas cosas no son más que paraísos artificiales. Pero la ficción es el terreno donde nos encontramos con la certeza de que aquello que nunca llegaremos a ser nos derrotará.

—Una idea interesante —dijo Blum reprimiendo un bostezo. Cora había desaparecido.

—Nuestras utopías —prosiguió el escritor; el hecho de haber encontrado al fin un oyente parecía darle alas—. Por medio de las drogas pretendemos aprender algo de nosotros mismos. Parece una reflexión barata, pero no lo es. En cualquier caso, nos deja allí donde ya estamos, como es natural. Por el contrario, tratar de aprender de los otros (lo que para Sartre es el infierno) haría que valiese la pena cualquier mutilación.

—Y yo que siempre había pensado que los escritores llevaban una vida de lo más modesta —dijo Blum tras una pausa que amenazaba con prolongarse demasiado.

—¿Puede vivir bien de sus libros? ¿Ha tenido éxito?

—Como dijo Greene: para los escritores, el éxito no existe.

«Tendría que comprarme yo también un libro de citas —pensó Blum—. Si me pillase la pasma podría decirles: “Señores míos, ¿qué es lo que quieren? La ficción es una droga más dura que cualquier cosa que lleve encima”».

—Sí —dijo finalmente—, así es la vida, dura, pero justa.

Una mujer alta, con un sombrero de campana y una boa de plumas, avanzó sobre sus tacones de aguja desde la barra al pasillo. Un besito por aquí, un «hola, guapo» por allá. La estrella de la noche.

—¿Hace mucho que conoce a Cora? —preguntó el escritor.

—Depende de lo que uno entienda por mucho.

Había vuelto a aparecer y estaba hablando con la estrella. «Espero no acabar en otra fiesta de artistas», pensó Blum.

—¿Y qué piensa de la cocaína? —le preguntó al escritor.

—Una droga peligrosa —explicó con tono de sentar cátedra y le dio una chupada a su pipa. Fumaba unas hierbas que olían a excremento de oveja—. La coca es una dama cínica, arrogante y paranoica. No olvide que Hitler, durante sus últimos años, tomó a diario Pervitin; y el Pervitin es, en cierto modo, la sección de asalto de todos esos estimulantes.

—¿En serio? Sólo conozco el Maxitron; lo tomábamos para estudiar. Y entonces, ¿qué es la cocaína?

—Tal vez se la podría definir como la ramera de lujo que está al final, detrás de todas las otras, *cherchez la femme*.

—Ah. ¿Y la ha probado?

El escritor esquivó la cuestión:

—Palabras, ésa es mi droga, el opio de los sustantivos, el hachís de los adjetivos, la química de los verbos.

Y después añadió con cierto tono de desprecio:

—En cualquier caso, la vida real no es más que una especie de medicamento de sustitución anodino para desintoxicarse de la ficción; es como darle valeriana a un adicto.

Cora lo señaló delante de todo el mundo. La cabaretera lo observaba a través de unos impertinentes que llevaba colgados alrededor de su grueso cuello. Blum se enfadó. El escritor se recostó y lo contempló pensativo a través del humo.

—Cora y yo estuvimos juntos —dijo al fin—, pero no funcionó. Los escritores no necesitan modelos que posen desnudas y llegó a ser un poco fastidioso tener que explicarle por qué no aparecía en mis libros.

Y, mientras vaciaba la pipa, añadió:

—Los escritores deberían vivir solos.

—¿Usted lo hace? —preguntó Blum mientras se levantaba. Un camarero se le aproximó inmediatamente. Pagó y se enjugó el sudor.

—Otra ficción más —concluyó el escritor y abrió la lata del tabaco.

Ya en el pasillo, Cora le pasó un brazo por el hombro y susurró:

—¿Tienes dos gramos? Detlev está esperando en los lavabos.

Blum se zafó de ella.

—¿No te he dicho claramente que este lugar es demasiado peligroso? Y tú te pones a señalarme delante de todo el mundo, ¿qué te crees que estás haciendo? Y luego lo de los dos gramos; tengo dos kilos y medio y tú me vienes con dos gramos. Es ridículo...

—Muchos pocos hacen un mucho —respondió Cora y volvió con la cabaretera.

Había dos tipos en los urinarios y, por supuesto, uno de ellos era el tipo del peto, que señaló nerviosamente el váter que estaba abierto. El otro siguió meando mientras hacía como si no viera nada. Blum entró en el váter y cerró de un portazo. El enfado hacía que se sintiera mal. Allí estaba él, el Blum de la mantequilla de la Comunidad Europea, el Blum del Tiziano, esperando impaciente en un agujero oscuro a que viniesen a comprarle coca, como el yonqui más tirado de la estación de trenes del zoo de Berlín. Oyó el agua de la cisterna, pasos, el ruido del rollo de papel, el chirrido de la puerta... Entonces, llamaron. Blum abrió con la intención de salir, pero fue Detlev quien se metió dentro.

—Así es más seguro —susurró.

Apeataba a ajo. Tenía la cara colorada y en su barba roja brillaban gotas de sudor.

Blum le quitó el envoltorio de celofán a su paquete de cigarrillos y se lo puso en la mano al cliente.

—¿Cuánto quieres? Normalmente no vendo cantidades pequeñas.

—He quedado con Cora en dos gramos por trescientos.

—Estás loco, tío. Un gramo cuesta doscientos cincuenta y es casi un regalo.

—Si es buena, compraré más. Conozco a muchos...

—Ese cuento lo oigo diez veces al día, campeón. En ese momento, entró en los lavabos alguien que calzaba botas de clavos e intentó entrar en el váter que ocupaban ellos.

—Tranquilo —gruñó Blum.

—Caga más rápido, colega —dijo aquel alguien mientras volvía a salir.

—Bueno, dos gramos *son* cuatrocientos —dijo Blum—. ¿Tienes la pasta?

—Sí, pero sólo trescientos.

El olor a ajo era insoportable, pero Blum aguantó el tipo.

No en vano, había pasado un año en el sur.

—Trae —dijo. El de la barba pelirroja le puso tres billetes de cien en la mano. Blum los examinó al trasluz uno tras otro, mientras su cliente se ponía cada vez más nervioso.

—No serías el primero que intenta endilgarme billetes fallos —dijo Blum. Luego, se guardó el dinero y sacó el bote de pastillas en el que había metido algunos gramos—. Mantén la funda del paquete abierta. —¿No tienes un sobrecito?

—No estamos en correos, amiguito —respondió Blum y comenzó a echar la cocaína en la bolsita con mucho cuidado. La mano del otro temblaba tanto que se le cayó un poco. El pelirrojo se agachó de inmediato y lamió la tapa del váter. Blum volvió el rostro asqueado.

—Bueno, esto es un gramo y medio.

—¡De ninguna manera! ¡Esto es un gramo como mucho!

—Te daré lo que me dé la gana —zanjó Blum y se guardó el bote de pastillas. Antes de salir, intimó al otro, en un tono de voz amenazador, para no se moviera de allí en los próximos cinco minutos. Detlev intentó aducir algo, pero Blum lo sentó en el retrete y cerró la puerta después de salir. «Otro como éste y me volveré loco», pensó mientras se lavaba las manos. En

comparación, incluso el comercio del porno era todo un acontecimiento social.

Cora estaba junto a la barra hablando con un hombre canoso que llevaba un elegante abrigo hecho a medida. Su parecido con Trevor Howard en *El tercer hombre* era asombroso. La última vez que Blum había visto la película fue en Tánger, con subtítulos en árabe. Lo saludó con un leve movimiento de cabeza y le dijo a Cora:

—Vamos, larguémonos de aquí.

—Éste es James —anunció ella. James adoptó una expresión neutra y miró a Blum en silencio, como si estuviera esperando una explicación. Pero Blum no tenía nada que explicar.

—Entonces, te veré más tarde —le dijo a Cora y se abrió camino entre las mesas de mármol, los camareros con cinturita de avispa, las hojas de palmera y las mujeres que hablaban a gritos. El escritor aún estaba sentado allí, chupando su pipa. Una chica que, como mucho, tendría la mitad de años que el autor intentaba camelarlo. «Él y sus ficciones», pensó Blum, pero le deseó suerte. En el escenario, la estrella, con su sombrero de copa sobre una peluca verde, declamaba con voz imperiosa los versos de una canción de Comedian Harmonist:

*La noche no es sólo para dormir,
la noche está ahí para lo que ocurra.
Un barco no está hecho solamente
para estar en el puerto,
debe salir, salir a alta mar...*

Ya en el exterior, Blum buscaba en vano un taxi cuando Cora apareció a su lado. Le cogió del brazo. Con las botas era tan alta como él.

—¿Qué es lo que te pasa, Blum? ¿Qué te he hecho?

—Como me vuelvas a traer otro Detlev...

—No es peor que los demás.

—¿Es que todos éstos son amigos tuyos?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por ejemplo, el escritor.

—Ah, él... Sólo sabe hablar.

—¿Y dónde habéis estado viviendo juntos? ¿En Múnich?

—Eso no tiene importancia. ¿Te lo ha dicho él? Será fanfarrón...

—Y ese James...

—Oye, de verdad, no tienes motivos para estar celoso. Sólo he tenido contacto profesional con él. Es un fotógrafo de moda estupendo, pero se ha retirado por completo y ahora sólo fotografía ranas.

—Ah, ya entiendo. Y tú fuiste su modelo, ¿verdad?

—No entiendes nada de nada. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Intento vender dos kilos y medio de cocaína. Y tú me traes a un gilipollas como ese Detlev, con sus trescientos marcos de mierda en el peto. ¡Cómo puede llevar un adulto algo así!

—¿Crees que con tu fular pareces más adulto? Creía que necesitabas dinero urgentemente. ¿Es que trescientos marcos no son nada? Yo tendría que trabajar toda una semana para ganarlos.

—No lo son. Piénsalo. Te aseguro que si pierdo otros tres días con estas minucias, acabaré en la cárcel. Y los ecologistas antinucleares no me sacarán de allí.

—Bah, tonterías. Aquí hay tanto movimiento que nadie se fija en ti. No puedes tomártelo todo tan a pecho. Y además he concretado una cita para ti a las doce y media con un tipo que quiere quince gramos. Eso ya es algo, ¿no?

—¿Quince gramos por cuánta pasta?

—Le he dicho que por tres mil.

—Pero hombre, por quince gramos hay que empezar pidiendo cuatro mil. Todos estos tipos están forrados. Incluso se les podría pedir cinco mil. Cuando pienso en Marruecos...

—Pide lo que te dé la gana. Al fin y al cabo, es tu coca. Lo que me gustaría saber es por qué demonios te estoy ayudando.

—Porque tú también quieres tu parte del pastel.

—¿Realmente piensas eso?

Los dos se miraron fijamente.

—Por supuesto que lo pienso. Y quizá no sea lo único que piense.

Cora frunció los labios, después se rió y volvió a cogerle del brazo.

—Venga, vamos a ganarnos tres mil marcos y después nos largamos de aquí. Estoy harta de Fráncfort.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Demasiado, Blum.

—¿Y adónde quieres ir?

—Quizás a Ámsterdam. Vente conmigo. Allí te será mucho más fácil colocar la mercancía.

—Antes tengo que conseguir algo de dinero, porque si no, la fiesta se nos acabará pronto.

Un taxi se detuvo por fin.

Blum sacó los billetes del bolsillo y los estiró. Era una sensación agradable. Tres de los rojos, diecisiete azules y algo de calderilla, los kilos, las libras.

—Tendrías que verte —dijo Cora, que estaba echada en el sillón girando el dial de la radio—. Tienes una cara que parece que estés en misa.

—El dinero es vida, nena. Y la vida es sagrada, ¿no?

—No me llames nena, lo odio.

—¿Cómo te llamaba tu chulo?

—¿Qué chulo?

—No hagas como si no supieras que el tipo que me ha comprado los quince gramos es un proxeneta.

—¿Toni? No digas bobadas. Trabaja en una editorial.

—Así que en una editorial. ¿Y, entonces, por qué me ha dicho que necesitaba alpiste para sus gallinas?

Ella se rió. Sólo llevaba puesta su blusa y sus sucias botas de *cowboy* de color plateado. Se había quitado los rizos y se había peinado el pelo de punta.

—Es sólo una forma de hablar, Blum. Seguramente se estuviera refiriendo a sus libros.

—Claro. Y el James ése trabaja con ranas. ¿Cuando dice ranas, se refiere a sus *cornflakes*?

—¿*Cornflakes*?

—Sí, *cornflakes*. *Peruvian flakes*, *cornflakes*. ¿Sabes a quién me recuerda? A Trevor Howard en *El tercer hombre*.

—¿Trevor Howard?

—No has oído nunca ese nombre, ¿verdad? Y de *El tercer hombre*, ni idea. No entiendo cómo podéis ir así por la vida.

—Cuando te comportas como un abuelo no resultas especialmente atractivo, Blum.

Metió el dinero en el maletín, junto a las tarjetas de visita, las botellitas de aguardiente y las facturas de los hoteles. Tres mil. Ridículo. Tenía intención

de terminar el día con cien mil. La fortuna pasaba pocas veces y lo hacía en pequeñas dosis.

—¿Qué has dicho? —preguntó distraído. Estaba ordenando sus pertenencias, todo un ritual. «Tengo que limpiarme otra vez los botines — pensó—. ¿Por qué no habrá un limpiabotas por aquí?».

—He dicho que no deberías hablar como si fueras mi abuelo. Oye, ¿estás dormido?

Escuchó unos compases de Beethoven y siguió girando el dial. Blum frunció el ceño. No era el momento adecuado para su ritual. Se encendió un cigarrillo y se echó sobre la cama. Vestido.

—¿Por qué fumas precisamente HB?

—¿HB?

—Sí, tu marca de cigarrillos.

—Hija mía, los fumo desde que tenía catorce años. Fueron los primeros cigarrillos con filtro.

—No me lo creo.

—Los primeros que me gustaron. Nunca fumo otra cosa.

—¿Crees que en las Bahamas habrá HB?

No valía la pena responder. Prefirió hacer un círculo con el humo. Lo consiguió al segundo intento. Perfecto.

—¿Qué es eso? Escucha.

Había cambiado a onda corta, encontrando una voz femenina que leía un código en mitad de la noche, una misteriosa letanía de cifras:

—79.576 - 00.253 - 72.187 - 11.334 - 30.362 - 70.679 - 07.387...

Todos los números se repetían. Aquella noche la voz tenía un ligero acento sajón.

—Oye, ¿qué es eso?

—Ya lo estás viendo.

—Ya, pero ¿qué significa?

—Es para los agentes.

—¿Agentes?

—Sí, agentes. Vivimos en un mundo repleto de agentes, Cora. ¿Es que no lo sabes?

—Cuando era modelo tenía un agente.

—No un agente de esos. Agentes auténticos.

—¿Y qué es lo que hacen?

—Lo mismo que hacemos todos, reunir información y pasársela a otros. Sólo que éstos son profesionales.

—¿Te refieres a los espías?
—También a ellos.
—Pero tú no eres ningún espía.
—Depende. Yo también espío. ¿Cómo hubiera llegado a la coca si no hubiese registrado la habitación?
—Eso fue casualidad, Blum.
—En este negocio no existen las casualidades. Vente a la cama.
—¿Y tú crees que los dos somos agentes? ¿Yo también?
—No, tú por supuesto que no. Alguien como tú haría saltar todas las alarmas.
—¿De verdad crees que ellos usan la radio para pasarles información a los agentes?
—Claro que sí.
—Y entonces, ¿quiénes son ellos?
—Eso no importa. Ellos, nosotros, todos. Todos lo hacen. La información es poder. Toma como ejemplo mis dos kilos y medio de coca. Todos los que saben algo al respecto poseen una información de gran valor para cierta gente. ¿Entiendes?
—Todavía no confías en mí.
—Sí que confío. Hasta cierto punto. Pero si te pilla la Policía y te prometen que no te pasará nada, acabarás delatándome.
—Yo no te delataría, Blum.
—¿Por qué no? ¿Porque mis ojos son preciosos? Desengáñate, chica. El engaño es lo que gobierna el mundo y la traición no es más que su hermana mayor.
—Pero ¿cómo puedes vivir así? ¿Puedes vivir en un mundo formado tan sólo por engaños y traiciones y agentes y miedo y polis y dinero y robo y asesinato y espías y poder?
Blum apagó el cigarrillo y cogió el vaso del lavabo, donde se había servido el whisky.
—Es lo único que he aprendido en la vida —respondió.
—¡Pero no es cierto! —Cora estaba maltratando el sillón con los tacones de las botas—. Así no es el mundo en el que nosotros vivimos.
—¿Y cómo es entonces?
Ella lo miró sacudiendo la cabeza. Después dijo en voz baja:
—Poco a poco me estás contagiando tu miedo.
—No tienes por qué tener miedo. Sólo has de salir por la puerta y, después, únicamente tienes que cerrar los ojos y hacer...

—Tengo miedo de que te pase algo.

—¿Tú tienes miedo de que me pase algo a *mí*?

—No me refiero a la cárcel o algo así, sino a algo mucho peor.

—¿Peor que la cárcel?

—Sí. Deshazte de la llave y olvídate de las drogas.

—¿Me estás diciendo que tire la llave? ¿La llave de la consigna? ¿La llave de los cien mil marcos? ¿La llave a Freeport, en las Bahamas? ¿La llave a mis próximos dos o tres años?

—También puedes vivir de alguna otra cosa. Tú mismo has dicho que siempre sales adelante, pero no tienes que hacerlo con las drogas. Tanto miedo, tanta autodestrucción... No vale la pena.

—Si tuviera que vender cordones, tal vez no pasase tanto miedo, pero te digo una cosa: el miedo que tengo a vender cordones es mucho mayor que el miedo a un par de mañosos o a un par de años a la sombra.

—Para mí la cárcel es lo peor que hay.

—Lo peor que hay es no tener nada más que arriesgar. Todo el mundo se pasa la vida con un pie en prisión. Pero el otro pie tiene que poder ser libre y recorrer grandes distancias. ¿Cuánto me caería si me pillaran? Quizá seis años. Así que en realidad estaría cuatro. El dinero los vale.

—Blum, eso no es cierto. El dinero no los vale. Lo cierto es que el dinero no vale absolutamente nada.

—Eso lo dirás tú. Tú no has tenido que vivir los tiempos en los que la gente hacía cola durante un día entero para conseguir una col medio podrida.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, Cora. Y todo.

Ella se quitó las botas, se levantó, fue hasta la cama y se echó a su lado.

—¿Sabes? En Ámsterdam conozco a dos alemanes. Llevan viviendo mucho tiempo allí y conocen el terreno. Es gente de negocios de lo más inteligente y también vende drogas. Ellos te comprarán la coca inmediatamente. Vayámonos a Ámsterdam.

Comenzó a desabrocharse la camisa. Sus largos cabellos le acariciaban el pecho.

—Ya que lo sabes todo... Quizá conozcas también a alguien aquí, ¿no? Me gustaría tener algo más que tres de los grandes en el bolsillo antes de ir a Holanda.

Ella le quitó el cinturón y le masajeó la barriga.

—Conozco a uno. Está algo lejos, en el campo. Seguro que le compra cincuenta o cien gramos.

Blum consiguió poner en funcionamiento un pequeño rescoldo de desconfianza.

—¿Lo conozco yo?

—No —respondió Cora y sus caricias comenzaron a descender por el pantalón. «Madre mía —pensó Blum más tarde—, qué mujer, joven y bonita, lista y adorable, y además no es nada presumida. ¿Acaso no es esto el *summum* de la felicidad?». Pero luego, durante la noche, se dio cuenta de todo lo que aún le ocultaba y, cuando se quedaron los dos echados y en silencio en la oscuridad, tuvo la impresión de que estaban más lejos de lo que habían llegado a acercarse nunca.

Cora se había agenciado un coche en algún sitio: un escarabajo destartado al que su anterior propietario había decorado con flores, soles y estrellas y lunas y ángeles, ahora medio devorados por la corrosión.

—¿Quieres que conduzca eso? —preguntó Blum, incrédulo, cuando ella fue a buscarlo al hotel.

—No tienes que conducir tú —respondió con frialdad, y al final no tuvo que hacerlo: ella manejó el coche con habilidad a través de los atascos de Fráncfort, hasta llegar al campo. Incluso brillaba el sol, un sol frío y algo oxidado que cuadraba bien con aquel desierto de cemento.

—Da miedo, ¿verdad?

—Según cómo se lo tome uno. No creo que la gente de aquí se cambiara por mister Haq, aunque en Pakistán seguro que se come mejor.

Ella se rió.

—¿No me vas a decir adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—Con cien gramos de cocaína en el bolsillo, las sorpresas no me acaban de gustar.

—Es una sorpresa agradable.

Cada vez había menos casas, ahora se desplazaban a campo abierto. Había nieve vieja por todas partes y las bandadas de cuervos sobrevolaban los oscuros bosques de abetos. Blum se estaba congelando, pese a que la calefacción de aquel montón de chatarra funcionaba.

—Conoces bien la zona. ¿Has vivido mucho tiempo en Fráncfort?

Cora eludió la pregunta.

—¿Qué es lo que quieres hacer realmente con el dinero, Blum? Porque no dirás en serio eso de invertirlo en las Bahamas.

Blum notó que había algo detrás de aquella pregunta. Se encendió un cigarrillo y contempló los campos helados.

—En algún momento me gustaría vivir en una pequeña isla con un par de amigos, no tiene que ser en las Bahamas. Quizás abriría un bar, nada lujoso,

un lugar agradable junto al puerto para poder ver los barcos por la ventana. Tal vez con un par de sillas fuera, bajo el toldo, para los turistas. Un plato del día y el resto, sándwiches y bebidas, pero los mejores de la zona. Podría ir a pescar, a visitar de vez en cuando la isla vecina, donde habría un casino. Todo el mundo podría hacer con calma lo que le apeteciese. Una vez por semana iría al burdel con el vicecónsul, el novelista inglés y el traficante de bebidas para escuchar historias. Sé que a ti no te gustan las historias, pero tal vez es que no las necesitas. Los recuerdos son una mierda, pero las historias son las que hacen que la vida tenga coherencia. A veces, cuando estás viviendo una pesadilla, una buena historia es lo único que sirve de algo.

Después de un rato, ella preguntó:

—¿Podría vivir yo en tu isla?

—No sería *mi* isla, Cora.

—Pero sí que sería tu bar.

—Sí, sí que sería mi bar.

—¿Podría pasarme por tu bar?

—Si no montas historias. Las historias de mujeres rara vez son buenas.

—Sabes que no me gustan las historias.

—No te prohibiría la entrada —respondió Blum sonriendo y apagó el cigarrillo.

—Me gustas, Blum —añadió en voz baja y siguió mirando fijamente hacia adelante, concentrada en aquella carretera vacía y sin curvas.

—Tú a mí también —murmuró.

Había pasado mucho tiempo desde que una mujer le dijera que le gustaba (las turistas y las putas no contaban), pero ahora se encontraba sentado, sin hablar, en aquel coche desvencijado y sentía cómo crecían en su interior la incomodidad y la desconfianza. ¿Era Cora también una turista? ¿Era una puta? ¿O es que él estaba tan envenenado por la desconfianza que siempre encontraba premeditación, incluso en palabras de ese tipo? Siguieron avanzando en silencio.

Finalmente, Cora giró por un camino sin asfaltar y aparcó el coche ante un jardín que nadie cuidaba desde hacía tiempo. Un mercedes 450 desprendía un brillo metálico. En el jardín había un bungalow blanco y, al fondo, en los alrededores del bosque, una vieja granja. El humo salía por la chimenea formando espirales. El hombre que apareció en la puerta mientras atravesaban el jardín era alguien a quien Blum ya había visto con anterioridad. En esta ocasión no llevaba un abrigo, sino un jersey de lana Shetland y una boina.

Con su bigote gris y su prominente barbilla habría podido ser Trevor Howard cuando interpretaba al comandante Calloway, o al menos un doble suyo.

—¿Qué quiere beber? ¿Jerez, oporto, ginebra? ¿O prefiere sidra de la zona?

—Una cerveza, si tiene.

—Por supuesto. Margot, ¿puedes ocuparte tú?

Margot se ocupó de la cerveza. Tendría unos veinticinco y una belleza morena y etérea que hacía que a su lado Cora pareciera una pieza de barroco pueblerino. El bungaló estaba bien decorado, el elemento rústico había sido matizado a base de mucho cristal y tecnología. Blum calculó que sólo las alfombras valían ya una fortuna y entre los cuadros descubrió un Corot que no tenía por qué ser una falsificación. A través de la pared de cristal se veían la parte trasera del jardín y la granja, que daba cierta impresión de decadencia. Unos cuantos trozos de leña chisporroteaban en la chimenea. En cualquier caso, como antiguo fotógrafo de moda no se vivía nada mal.

Margot le trajo la cerveza. Heineneken. El señor de la casa se puso un jerez y las damas decidieron no tomar nada. A cambio, fueron ellas las que pusieron la conversación. Un rato después, Margot le dijo a Cora que quería mostrarle algo y se fueron a la habitación contigua.

—Son viejas amigas —dijo James brindando con Blum.

—Cora dice que en la actualidad sólo fotografía ranas. ¿Es cierto?

James sonrió con la misma ironía con la que lo hacía el comandante Calloway en la película cuando hablaba de novelas del Oeste con Holly Martins, el escritor de obras de segunda fila. Pero Blum no era Joseph Cotton.

—Las ranas se extinguirán pronto, ¿lo sabía, Blum?

Echó otro leño al fuego. Después se sentó en un sillón de cuero, cruzó las piernas enfundadas en unos vaqueros blancos y preguntó:

—Y usted está en el negocio de la cocaína, ¿no es cierto?

«¿Qué le dijo Calloway a Martins? Ah, sí: “No sabía que hubiese tigres en Arizona”».

Blum mencionó una ocasión favorable. Había que aceptar las cosas como venían. Hoy en día, lo importante era la flexibilidad. Si algo resultaba rentable, uno no podía andarse con remilgos; eso era cosa de otros tiempos.

¿Y quién se pasea en la actualidad todo el día con la ley sobre sustancias estupefacientes bajo el brazo?

James seguro que no.

—Tengo motivos muy concretos para interesarme por la cocaína —afirmó éste.

—Puedo imaginármelo. ¿La usa para poner a sus ranas en forma?

—Cora ya me habló de su sentido del humor. ¿Usted no toma?

—Podría llegar a acostumbrarme. Sobre todo con el material que tengo ahora. De primera clase, de verdad. Resultan sorprendentes las cosas que va descubriendo uno.

—¿A qué se refiere?

—Con veinte años le cogí gusto al sexo; con treinta, al whisky y ahora, a la cocaína. Quién sabe cómo acabará esto.

—Yo diría que hay una progresión. ¿Puedo probarla?

Blum le dio el bote de pastillas. James sacó del cajón secreto de su escritorio un set de cocaína de oro puro y esnifó la nieve con un billete de diez libras. El papel del banco de Inglaterra era el más adecuado, según explicó, aunque sólo los billetes de las series antiguas; el papel de las nuevas era de peor calidad. Blum también se permitió meterse un poco. La droga parecía entrar por sí sola en los orificios nasales. La dosis había sido generosa y el efecto de la cocaína lo dejó sin aliento durante un instante. Se encendió un cigarrillo con todo cuidado. No explotó. Poco a poco, su cuerpo se fue recuperando, pero su mente estaba aún vagando por valles y montañas. En los glaciares, el hielo reflejaba la luz del sol.

—Muy pura —dijo James que también acababa de regresar al mundo de los vivos—. Apenas la han cortado.

—¿Apenas? ¡No la han cortado en absoluto! Directamente del productor.

—¿De veras? ¿Ha ido allí a comprarla?

—No exactamente, pero la gente que me la ha proporcionado es de toda confianza. Sólo compran lo mejor de lo mejor. Este material viene directamente desde los Andes. *Peruvian flakes*, si es que sabe qué es.

—¿Y cuánto tiene a la venta?

Blum se sacudió una mota de polvo de la manga. Vio a Cora y a Margot en el jardín, paseando arriba y abajo. Un dálmata correteaba entre los setos.

—Suficiente —respondió—. La pregunta es si puede permitírselo. Este material es carísimo.

James sonrió con aire de superioridad. Con su sueldo de comandante, Calloway no se hubiera podido permitir sonreír de aquel modo.

—Siempre que nos mantengamos en los límites de lo razonable, estoy dispuesto a pagar cualquier precio. Verá, también compro para ciertos amigos que no quieren que se les conozca: gente de categoría del mundo de la economía, la prensa, el arte o la política.

—¿Política?

—¿Cómo cree usted que consiguen aguantar? Con las catas de vino y las fiestas populares no siempre es suficiente.

—Pensé que sólo Hitler lo necesitaba.

—Hitler era un excéntrico. En la actualidad, la cocaína es un símbolo de estatus social. Y nuestros simpáticos políticos también quieren formar parte de esa sociedad. Yo, por supuesto, soy totalmente apolítico, pero a veces resulta muy útil tener relaciones en las altas esferas.

—Por supuesto —concedió Blum—. Y eso no hace bajar los precios precisamente.

—Los políticos no ganan demasiado, querido amigo.

—Eso es algo que ya no se creen ni en las fiestas populares —dijo Blum. Le estaba gustando la conversación. Poco a poco iban avanzando.

—¿Cuánto pediría por cien gramos?

—¿Sólo cien gramos? Compre medio kilo de una vez, así le podré hacer un descuento por comprar al por mayor.

Pero James no entró al trapo. Se retorció el bigote como si quisiera colocar cada pelo en el lugar adecuado —quizás había dejado de fumar y no sabía qué hacer con los dedos— y frunció el entrecejo. «Más adelante —afirmó—, seguro que seguiremos en contacto». Mientras decía esto, su mirada se deslizó hacia las figuras del jardín.

—Para empezar, bastará con cien gramos. Evidentemente tendré que informarme para saber si podemos reunir tanto dinero en tan poco tiempo...

La mano con la que Blum sostenía la cerveza se detuvo en el aire.

—¿Qué significa eso?

—Supongo que un cheque no le haría especialmente feliz, así que tendremos que conseguir efectivo.

Blum puso el vaso en la mesa sin haber bebido.

—¿Qué clase de dificultades tenéis todos con el efectivo? En todas partes dicen que hay poco efectivo, que es difícil de manejar, que supone un problema. Y, sin embargo, todos estáis forrados.

—Usted, como hombre de negocios...

—¡Venga ya, deje los cumplidos! Para usted sólo soy un camello de mierda al que soporta hasta que ha conseguido lo que quiere.

—No entiendo su irritación.

Pero Blum ya no podía detenerse. Toda la rabia y el miedo contenido decidieron salir por fin. Aceptaría que a algún cocainómano mugriento le costase sudor y sangre reunir el dinero, pero al final seguro que lo traería en efectivo y en mano, aunque fuese en monedas. Pero los reyes del mundo del arte sólo estaban ahí para tocarle los cojones. Y si algún político le venía con problemas de efectivo, podía irse a comprar debajo de algún puente de esos donde venden hachís, a ver si reúne los gramos que necesita, o aprovechar el próximo viaje a algún país en vías de desarrollo...

—Si me diese dos días —interrumpió James tratando de apaciguarlo—, podría obtener su dinero en efectivo.

—Pero no tengo dos días. ¿No se lo ha dicho Cora? Está olvidando que en este asunto soy yo quien corre con todos los riesgos.

—Compro cocaína desde hace años y nunca he oído que hayan pillado a alguno de los grandes traficantes. A algún camello, sí. Anteayer pillaron a uno en Múnich. Seguro que lo ha oído. Espero que no fuese alguno de los suyos. Pero es muy raro que pillen a algún pez gordo...

—No era ninguno de los míos. ¿Cree usted que sería tan estúpido como para meter mi mercancía en paquetes de café?

James no lo creía. Se metió una rayita más.

—Consígame protección política —dijo Blum mientras daba golpecitos con un cigarrillo que tenía en la mano—, y aceptaré cualquier tipo de pago, incluso en acciones.

—No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Completamente en serio.

—¡No vivimos en una república bananera, hombre de Dios! ¡Protección política, por favor! La coca se le ha subido a la cabeza.

Blum encendió el cigarrillo y le arrojó el humo a la cara a James.

—¿Qué significa «república bananera»? ¿Definiría como república bananera a los Estados Unidos de América?

—Como ya le he dicho, en estos asuntos me mantengo al margen.

—Pero está metido hasta el fondo, queridísimo amigo. ¿Quiere que le diga algo? Estoy a punto de obtener protección política en los Estados Unidos. ¿No me cree? Mire, llame a este número. Es una oficina en Fráncfort. La ICA. Una tapadera, por supuesto. Pregunte por mister Hackensack. Harry W. Hackensack. Mi amigo Harry. Como es natural ése no es su nombre real, pero a nosotros nos basta con Hackensack. Vamos, llámele. Él le dirá algunas cosas sobre las repúblicas bananeras.

James hizo una ligera mueca de repulsión. Seguro que la había aprendido de Trevor Howard.

—No tengo la menor intención de hacerlo, Blum. Lo que tenemos que hacer ahora es llegar a un acuerdo sobre el precio. Los detalles de su oficio no me interesan en absoluto.

—Lo sabía. Para usted no soy más que un camello, un ser inferior.

Blum percibió a tiempo la nueva expresión que adoptaban los ojos de su cliente y se frenó. Al fin y al cabo, no era ninguna rana. Entonces James sonrió de nuevo.

—Así pues, ¿cuánto quiere por cien gramos?

—Quince mil.

—Eso es mucho dinero.

—También es mucha cocaína.

—Pero tendría que hacerme alguna oferta especial por pagar en efectivo.

—No creo que quiera ponerse a regatear conmigo por unos cientos de marcos.

—Estaba pensando, más bien, en un par de gramos.

—De acuerdo, que no se diga... Le dejaré el botecito que tiene ahí. Dentro hay al menos seis gramos.

Blum asintió y se levantó ceremoniosamente del canapé.

—Entonces llamaré ahora a los interesados.

—No tengo demasiado tiempo, señor mío —advirtió Blum.

—Pensaba que en su negocio el tiempo era lo más importante. Hay cerveza en la cocina.

Blum se cogió otra. Se la bebió lentamente mientras contemplaba cómo se escondía el sol tras los abetos y cómo Cora y Margot desaparecían en el interior de la granja. *Me gustas, Blum.* ¿Qué habría querido decir? También hubiese podido decir: «me gusta mi filete muy hecho». Sabía que algo no iba bien, pero no podía resistirse a aquella idea. Todo se volvía difuso en aquellas palabras. Con las putas y las turistas uno sabía a qué atenerse: un par de zapatos para Fátima, la de la casba; una tórrida aventura con la peluquera alemana... «Me gustas» tenía un significado concreto que no iba más allá de «ahora estamos en paz». Pero ¿por qué quería Cora estar en paz con él?

Cuando se hubo acabado la cerveza, James regresó y le explicó que todo estaba saliendo a pedir de boca.

—Tendrá el dinero esta misma noche.

Blum miró el reloj. Eran las cinco y veinte.

—¿Qué significa para usted «esta noche»?

—Paciencia, Blum, paciencia. Unas horas, quizás a las once o a las doce. Aquí tiene todo lo que pueda necesitar: Margot puede prepararle algo de comer; tenemos gran cantidad de bebidas; puede leer, pasear, ver la tele y, si quiere retirarse, en la granja hay habitaciones de sobra. Sus habitantes son gente comprensiva y seguro que no les molesta.

—¿Sus habitantes?

—Dejo que vivan allí algunas personas que han tenido ciertas dificultades en la ciudad.

—Es muy amable por su parte, James, pero no sé si puedo esperar tanto. Teníamos intención de salir esta misma noche para Ámsterdam.

—¿Es allí donde compra?

—El queso edam, sí.

Se quedaron mirándose fijamente. James hizo un esfuerzo por mostrarse distendido.

—Tómese una copa, Blum, ¿un escocés?

Bebía J&B. ¿Quién había bebido J&B hace poco? Hermes. Hermes y James. Seguro que había una relación. J&B. El ex fotógrafo, el ex traficante. Ranas e hijas. Blum se puso un escocés, pero lo aligeró con mucha soda. Paseó por la amplia estancia contemplando los cuadros y, en un rincón, encontró, bajo dos cimitarras cruzadas, una pizarra donde habían escrito con tiza: «A los diez años, el hombre es un animal; a los veinte, un loco; a los treinta, un fracasado; a los cuarenta, un mentiroso, y a los cincuenta, un delincuente».

—¿De quién es? —le preguntó a James, que estaba colocando un libro en la estantería.

—De un poeta japonés. Lo encontré en un libro de Henry Miller. ¿Cuántos años tiene, Blum?

—Treinta y nueve —respondió.

—¿Lo ve? Yo tengo cuarenta y nueve.

Afuera hacía frío. Las últimas luces del día desaparecían detrás de los bosques. Las praderas estaban cubiertas de niebla y las ramas de los frutales, de cuervos. Cuando el botín se le hundió en el suelo cenagoso, Blum soltó un exabrupto. «Maldita mierda, maldita suciedad, maldita estupidez. Dos kilos y medio de coca y no acabo de ver la luz al final del túnel».

Delante de la granja había un huerto abandonado. Las malas hierbas crecían entre latas oxidadas. Junto a una tomatera torcida colgaba una blusa femenina hecha jirones. De la casa, cubierta de musgo, partía un sonido de golpes metálicos, jadeos, una especie de canto. Blum ascendió con precaución por los resbaladizos escalones y abrió la puerta.

Los golpes y los cánticos venían de una sala a la derecha. La puerta de la habitación estaba entornada; Blum la abrió despacio. Las bisagras oxidadas produjeron un estridente chirrido. En una gran sala llena de humo y sin calefacción, cubierta de jerséis, abrigos, mantas de lana y cortinas, había una docena de hombres y mujeres, todos con el mismo pelo y los mismos rostros pálidos, que tocaban el tambor con bandejas de horno, ollas, latas de gasolina y bidones, y acompañaban el estruendo aullando una letanía. Parecía una repetición de la fiesta de Múnich:

—¡Auauaua-ah!

—¡Ululululu-uh!

—¡Auauaua-ah!

—¡Ululululu-uh!

También aquí ardían velas y varitas de incienso, y también aquí se desnudaba uno ante los demás, aunque en este caso, eran las colas de un látigo, y no una serpiente, lo que se enroscaba alrededor del torso del oficiante al ritmo de los sonidos de las selvas vírgenes. Su sombra bailaba sobre una pared cuyo enlucido se caía a pedazos. Blum volvió a cerrar la puerta, se dio la vuelta y abrió la de enfrente. Era la cocina. A diferencia del exterior de la casa, estaba bien cuidada y limpia, y era cálida. Había incluso un arcón congelador y un gato ronroneaba ante un cuenco de leche. En un rincón había

dos hombres jóvenes, vestidos con caftanes oscuros, sentados ante los restos de la comida. Uno de ellos recitaba las cifras de una lista, mientras el otro las introducía en un ordenador portátil.

—Entonces son 456.787,92 —anunció.

—¿Marcos o dólares? —preguntó Blum.

Los dos le miraron fugazmente.

—Sólo hay encuentros los domingos —dijo el del ordenador y continuó sumando.

Blum le dio las gracias por la información y cerró la puerta. De repente, se dio cuenta de que tenía los nervios de punta y la frente bañada en sudor frío. La mano con la que sujetaba el mechero para encender el cigarrillo le temblaba. La siguiente puerta también estaba entornada y, cuando iba a empujarla, Blum oyó la voz de Cora, con lo que retiró lentamente la mano.

—No se lo he dicho —afirmó Cora.

—Yo tampoco se lo diría.

Esa era Margot.

—Pero no sería justo. Al fin y al cabo, tengo mucho que agradecerle.

—Imagínate que se lo dices. No sabes cómo reaccionará.

—Bah, es demasiado mayor como para montar ningún número.

—Pero si tú te limitas a seguir...

A Blum le bastaba con eso. No quiso saber nada más. Quizá sí que era demasiado mayor como para montar un número, pero no tanto como para no darse cuenta de a qué estaban jugando. Tenía razón desde el principio. Debió haberse fiado de su instinto. La habían contratado para que lo sedujera. Sabían que era su tipo. Con cuarenta, uno ya no es ningún secreto para nadie. Y ahora estaba planteándose si debía contárselo. Era el caso clásico: se había enamorado de él. Es cierto que parecía poco probable, pero lo menos probable era siempre lo más acertado. Cuanto menos probable, más cierto. Y, cuando se trataba de dinero siempre era correcto suponer que todos los demás eran unos estafadores. Abandonó la casa sin hacer ruido y regresó al bungalow. Estafa y traición, traición y estafa, son como dos viejas amigas. James estaba sentado en su sillón y le estaba poniendo un carrito a una cámara. El dálmata gruñó a su lado.

—Está bien, Orlando. Éste es el señor Blum, nuestro proveedor de cocaína. Me da la impresión de que usted no le gusta, Blum.

—Peor para él. ¿Quién era el antiguo proveedor? ¿Hermes?

James frunció el ceño. «Así que he acertado», pensó Blum. Se preguntó si sería capaz de llegar al escarabajo en caso de que James azuzara al perro

contra él. No tenían ninguna experiencia en mantener alejado a un perro rabioso con una navaja automática. Pero el perro no parecía rabioso. Seguro que él también era un doble, como su dueño. Sólo tendría que renunciar a los seis gramos del bote de pastillas.

—Ah, se refiere a Hermes, el de Múnich —dijo James—. Pero se retiró hace mucho. ¿No está ahora criando caballos?

—Chicas —puntualizó Blum.

—Es cierto, nunca ha podido mantenerse alejado de ellas. Me sorprende que usted también lo conozca.

—Al fin y al cabo, somos colegas —explicó Blum—. Aunque en este negocio eso no tiene ningún valor.

James se pasó la mano por la boina y miró a Blum atentamente.

—¿A qué se refiere? Siéntese, Blum. Me pone muy nervioso verlo de pie.

—Ya sabe a qué me refiero. Dele recuerdos a Hermes y dígame que si quiere la mercancía tendrá que venir a buscarla él mismo.

Atravesó corriendo el jardín con el cuchillo en la mano derecha y con la izquierda abrió la puerta del escarabajo. Entonces comprobó que Cora le había quitado las llaves. Cuando estaba aparcando aún las tenía puestas. Y con el Mercedes ni siquiera valía la pena intentarlo. Decidió seguir corriendo por el fango, por el barro. Se estaba haciendo de noche. Oyó a James llamarle y al peno ladrar, pero nadie le perseguía. Los había sorprendido. Siempre era una ventaja ser un poquito más rápido que los demás. Alcanzó la carretera jadeando, bajó corriendo por la pendiente y desapareció en el bosque.

Blum tenía para él solo el salón de desayunos, que por las noches también estaba a disposición de los clientes que quisieran ver la televisión. Se buscó la silla más cómoda, colocó otra delante para poner los pies y una tercera al lado para dejar la cerveza, la hamburguesa y el cenicero. Las dos últimas horas habían sido de las peores que recordaba y había tenido algunas realmente horribles. En comparación, la espera en el aeropuerto de Malta había sido como unas vacaciones a orillas de un lago. Primero fue el bosque, la oscuridad, los animales; después, tres kilómetros de una carretera comarcal en la que nadie se había parado para llevarle; tres cuartos de hora en la cantina del polideportivo de la siguiente localidad mientras esperaba un taxi que debía llegar desde la capital comarcal. Estar en la gran ciudad con cuatro rayas de coca en el cuerpo, de acuerdo, aunque fuese en el tranvía, aunque fuese en la oficina de empadronamiento, incluso en una reunión de la asociación deportiva de la Policía. Pero estar con la cabeza llena de nieve en la cantina de un polideportivo de pueblo el viernes por la noche antes de empezar las partidas de bolos, eso, por favor, nunca más. En cualquier caso, no después de pasar una hora en el bosque y en una carretera comarcal con unos botines españoles pensados para pasear por las avenidas a la luz de la luna, con unos pantalones llenos de barro hasta los muslos, con agujas de abeto y mierda de pájaro en la chaqueta, y con los huesos congelados por un frío polar que sólo superaba el odio que sentía por Cora. Y el trayecto en taxi tampoco le había alegrado la noche por la interminable palabrería del conductor, por el miedo a que lo dejara en la comisaría más cercana —«seguro que es un violador, señor oficial, acaba de salir del bosque y no es de por aquí»— y por la certeza de que Cora habría llegado mucho antes a su habitación y de que la llave de la taquilla habría desaparecido para siempre.

Le dio un bocado a la hamburguesa, bebió un trago de cerveza y encendió la tele. ¿Qué le podía ofrecer el mundo? La llave continuaba intacta en su sitio, detrás de la mesita de noche, y el pelo seguía pegado en el celo. La partida podía continuar.

Se acababa de llevar otro trozo a la boca cuando de repente descubrió a mister Haq en la pantalla. No había ninguna duda: allí estaba, rodeado de compatriotas y policías de uniforme en un aeropuerto y sonriéndole a la cámara. Llevaba su traje verde y su corbata negra. Los colores combinaban bien. Blum encontró el botón del volumen.

—... Se trata del primer grupo de inmigrantes ilegales que el Estado de Hesse ha repatriado a su país de origen. El Ministerio del Interior ha llegado a la conclusión de que habían llegado a la República Federal por motivos estrictamente económicos. La mayoría venía de Pakistán y había entrado en el país a través de Berlín oriental. Los solicitantes de asilo siguen afluyendo. Veamos ahora las declaraciones del ayuntamiento de Fráncfort. Conectamos con nuestro enviado en el gabinete de crisis...

Mister Haq levantó la mano y saludó, y después hizo el famoso gesto de Wiston Churchill, formando una «V» con los dedos. «Quiere decir que hemos ganado nosotros», pensó Blum. Un tipo de lo más educado. Un ponente resaltaba la importancia de esta deportación. Blum cambió de canal. Así que habían pillado a mister Haq. Mañana podría estar otra vez comiendo con su mujer. Quizá Yida hubiese sido una mejor opción. Blum tiró el resto de la hamburguesa a la papelera. Todo aquel curry. Billar en el Punjab-Club. Hijas. ¿Cuánto tiempo podría vivir con quinientos marcos en Lahore? Seguro que no lo suficiente como para retirarse. Pero quizá mister Haq era el que había salido mejor parado de todo aquello. Al menos había vuelto a casa.

—Creo que en la segunda ponen algo —dijo un tipo cuya presencia Blum no había percibido hasta entonces.

¿Llevaba todo el tiempo allí? No, imposible. Se estaba abriendo una cerveza en aquel momento. Era alto y robusto, y llevaba un traje azul con una camisa roja que le sentaba bastante mal. Tenía cara de buena persona. Blum imaginó que trabajaría en alguna cadena de montaje y cambió al segundo canal. El hombre se sentó detrás de él. El programa era muy adecuado para aquella situación —*AktenzeichenXY... ungelöst*^[1]—. En él se intentaba esclarecer casos por resolver con la ayuda de los espectadores. El presentador estaba saludando a los invitados en los estudios de Viena, Zúrich y Múnich. Blum, que no conocía el programa, tardó unos instantes en comprender que los invitados eran detectives y que el comisario de Múnich era una mujer joven y atractiva. Así que iban a dar una introducción a las actividades de los criminales germano-parlantes. La República Democrática no estaba incluida; posiblemente, allí no había criminalidad en lengua alemana. Y mister Haq estaba en un avión de vuelta a Oriente. Quizá realizasen alguna parada en

Bahrein y consiguiese sobornar a algún funcionario de allí, para luego desaparecer. Bahrein no estaba tan lejos de Yida. Mmm. Así era la vida, dura y a veces justa. Aunque los mosquitos vivían menos tiempo.

El hombre carraspeó, pero cuando Blum se dio la vuelta sólo le sonrió con cara bobalicona y levantó su cerveza. Blum asintió, bebió también un trago y volvió a ver la película. Bueno, no era ninguna película, sino la vida real, aunque se trataba de una escenificación, así que era una película. En los alrededores de Colonia se estaba buscando a un asesino de policías. Era una persecución a gran escala. «La investigación está en un momento crítico». Nueve mil marcos de recompensa. Una persona valía menos que una bolsita de cocaína. Pero la cocaína también significaba poder. Hermes la había contratado para pillarlo y ella había tenido remordimientos de conciencia. Poco a poco, una desagradable sensación fue apoderándose de Blum. La cocaína fue desapareciendo de su cerebro, la sensación de tensión por creerse perseguido a pesar de todos sus esfuerzos fue amainando. La sala de televisión parecía realmente solitaria y desde la calle sólo llegaban los ruidos habituales y la música de *cowboys* de la tienda americana de la esquina. Qué asco de zona. Uno de los tipos a los que perseguían se parecía a Blum, aunque tenía el pelo más oscuro. Se imaginó que la televisión también le perseguía.

—Si bien es cierto que el autor de los hechos aún no tiene antecedentes — explicaba el presentador con medida seriedad—, sí que muestra una considerable energía criminal y no teme amenazar con el uso de la violencia. Se trata de una de esas personas tan típicas de los setenta que, pese a haber recibido formación universitaria, ha fracasado en la vida civil, una de esas personas que se dedican sobre todo a los delitos económicos, la pornografía y el tráfico de drogas. Este hombre gozó de cierta fama en los bajos fondos como «mantequilla Blum» y, tras distintos intentos frustrados de lograr una vida normal, desapareció en el extranjero, donde seguramente entró en contacto con los círculos del tráfico de drogas internacional. Desde que regresó a la República Federal Alemana se ha mostrado muy activo en el mundo de la drogadicción. Seguramente se encuentra bajo la influencia de la cocaína, una droga que últimamente se ha convertido, por desgracia, en la droga de moda, y se supone que está armado. Para informarnos sobre la situación actual, cedo la palabra al capitán general de la Policía Hackensack, de la comisión especial de Fráncfort...

Blum se secó el sudor. Creyó de repente estar oliendo el aliento amargo del hombre que tenía a su espalda. Un tipo molesto. ¿Quién demonios sabía por qué una persona como aquella veía programas de aquel tipo? Quizá él

también fuera un pequeño delincuente que admiraba a los grandes criminales. Blum cogió su cerveza. Estaba caliente. Sintió cómo se le retorció el estómago. Era el momento de retirarse, de volver a hacer las cosas de manera ordenada. Después de Cora, lo único que podía hacer era pensar y usar la estrategia. También las ranas, cuando croaban despreocupadamente en las charcas, lo hacían para despistar. En realidad, todas tenían un plan.

—¿No le gusta el programa, eh? —preguntó el grandullón con cierta inquietud en la voz—. Pensé que un poco de emoción no estaría mal.

—Por hoy, yo ya estoy servido —repuso Blum. En ese instante se abrió la puerta y entró otro amante de la televisión.

El segundo tipo parecía mediterráneo: bajito, nervudo y un pelo moreno que formaba a ambos lados de su cara unas patillas rizadas. Llevaba un traje de seda azul claro con chaleco y una corbata blanca con puntos rojos y un alfiler dorado. En los dedos llevaba una onza entera de oro. Fumaba un cigarrillo clavado en una boquilla negra. A través de los gruesos cristales de sus gafas, sus ojos parecían los de algún pez de las profundidades en un acuario. Eran ojos de tortuga, de morena, de una rana asesina. Sonreía con efusividad.

—Espero yo no molestar. Siéntese, *per favore, signor mío*. ¡*Televisione alemana, benissimo!*

Le hizo una breve seña al otro y sentó a Blum en su sitio. Él se acomodó junto a la puerta. Blum se esforzó por permanecer tranquilo. Lo habían pillado. No importaba quién. Rossi, «los otros», lo mismo daba. Si hubiesen querido matarlo, lo hubieran hecho hace rato. Así que se limitaban a mantenerlo allí hasta que los otros hubiesen terminado de registrar con calma la habitación y hubieran encontrado la llave. En ese momento recordó también que le había llamado la atención la extraña mirada del portero. No había llamado al ascensor. No, esas eran las instrucciones que había recibido del jefe de la banda. Mala suerte para Hermes, que seguro que también estaba de camino para atraparlo. Los pensamientos de Blum se volvían confusos, chocando entre sí, topándose con las rejas que se iban bajando a su alrededor, porque el bazar ya no estaba abierto. Si al menos hubiese cerrado el trato con James... Quince mil marcos hubieran supuesto un final nada desagradable para toda aquella aventura. Medio millón era una locura. Cien mil, eso sí que hubiese podido salir; estaba dentro de los márgenes de lo posible, tanto que había estado a punto de conseguirlo. Pero, teniendo en cuenta la mala suerte que había tenido en los últimos años, incluso quince mil hubiesen estado bien. Hubieran bastado para encontrar algún lugar donde desaparecer, donde

recuperarse y empezar de nuevo. Con quince mil uno no necesitaba ponerse a fregar platos en el Punjab-Club y el auge comercial en Freeport era sólo un cuento para soñadores. Quince mil, eso hubiera bastado. Una cifra redonda, suficiente. Pero James tenía a Hermes... Cora y Hermes... Hermes y Henri... No, eso tampoco habría funcionado. *La venta de cocaína es un negocio bastante cerrado*. No era algo para principiantes y a los que lo intentaban les mostraban hasta dónde podían llegar.

En Zúrich se había cometido una violación con asesinato y se había informado en Fráncfort de un robo de barras de plata por valor de 1,1 millón de marcos. La recompensa por cualquier pista que llevase a la detención de los culpables ascendía a 110.000 marcos, «el diez por ciento habitual en estos casos». La información correcta pronto valdría más que dos kilos y medio de cocaína.

El italiano chasqueó la lengua y le ofreció un cigarrillo a Blum. ¿No recibían también un último cigarrillo los condenados a muerte? ¿Le acabarían metiendo un sapo en la boca o lo que fuera que hiciesen los mafiosos con los que se inmiscuían en sus negocios? Él le echaría todas las culpas a Rossi, además con razón; Rossi le había dado el resguardo de la consigna y después las huelgas en Italia, aunque no hubiera relación alguna; espuma de afeitar, ¿*capisco?*; *Madonna salvani*. Pero, posiblemente, era Rossi quien estaba poniendo patas arriba su habitación en aquellos momentos. Blum le dio fuego al italiano. Tenía las manos muy calmadas, a pesar de que se había dado cuenta de que los dos lo estaban observando.

—Buenos cigarrillos. ¿De qué marca son?

—Sigaretta arabica. El Cairo.

—Ah, Egipto. Tabaco oriental. Se nota rápido.

—Sí.

A Blum no le quedó más remedio que seguir viendo XY. Si permanecía en calma, seguro que no le pasaba nada. De repente notó la bolsa de plástico con los cien gramos que había llevado encima todo el tiempo. Cora había hablado de cien gramos. James también. Desde luego, sus pequeñas actuaciones eran ridículas. Pero los cien gramos estaban aún en su bolsillo interior, a la derecha, donde solía guardar la cartera. Blum era listo, no se guardaba la cartera en el bolsillo izquierdo como el resto de la gente diestra. Cien gramos eran veinte mil marcos si los colocaba bien. La imagen pasó brillando por delante de sus ojos, pero se obligó a escuchar. Se preguntaban por qué habría disparado a aquellos agentes el asesino de policías, que

continuaba en libertad a pesar de la persecución a gran escala. Hasta ahora, la única información de la que disponían era que había asaltado alguna casa.

—Se ha apartado algo del camino que preveíamos —explicaba el comisario.

—Esa información es utilísima —respondió el moderador. En el exterior aullaban las sirenas. Por la noche, muchos trenes se salían de los raíles. Sus dos vigilantes habían rodeado ya a Blum sin ningún tapujo, con las botellas de cerveza separándolos y formando una imagen de lo más familiar. En su reacción notó que algo no iba bien. De abajo, del vestíbulo del hotel, venía ruido, voces acaloradas, portazos. El italiano miró al alemán. Éste se levantó y abrió algo la puerta. Ahora se podían oír con claridad los gritos de una mujer —seguramente la directora— y por encima del jaleo de voces resonó de pronto el estruendo de un puño golpeando una puerta y unas palabras inequívocas—: «¡Abran la puerta! ¡Policía!».

Un instante después, los dos guardianes habían salido por la puerta y se encontraban en las escaleras, pero en ese momento los sujetaron dos hombres con chaquetas de cuero. Identificaciones. Redada. Terror. Blum tuvo que contenerse para no romper a reír a carcajadas como un demente.

—Muéstreme su documentación, por favor.

El policía llevaba una gabardina azul y tenía el rostro cansado y las comisuras de sus labios atestiguaban las maldades que su propietario podía llegar a hacer. El inspector Cassar tenía un aspecto completamente distinto y, en cierto modo, idéntico. Pero, por regla general, Blum siempre podía librarse con algún soborno. Sólo necesitaba encontrar la proporción correcta, aunque tenía que hacerlo rápido, en menos tiempo del que se necesita para preparar un aliño: un poco de vinagre, pero no demasiado; un poco de aceite, pero sin escatimar. Sacó identificaciones y tarjetas de visita como un mago saca conejos de su sombrero, pero cualquiera que se fijara un poco hubiera podido notar la tensión que sentía. El mago estaba actuando para salvar la vida. El policía no se fijó demasiado. Posiblemente debía investigar aún otros cinco hoteles más.

—Usted está empadronado en Berlín, señor Blum. ¿Qué hace en Fráncfort?

—Negocios, señor comisario. Aquí tiene mi tarjeta. Estoy en el mundo de las antigüedades. He estado echando un vistazo por aquí. Fráncfort tiene bastante que ofrecer en este sector... Pero, dígame, ¿qué significa todo esto?

—Debemos comprobar sus datos. ¡Tomaczek!

Su asistente cogió el carné de Blum y se lo llevó.

—No estará diciendo que aquí hay terroristas...

—No estoy diciendo absolutamente nada. ¿Está alojado aquí, en el hotel?

—Sí, por supuesto. Estaba viendo la tele.

Señaló el televisor. El presentador estaba concluyendo la emisión con las palabras:

—Quizá la noche nos depare alguna sorpresa.

El policía frunció el ceño. Eran las típicas arrugas de los policías. Tal vez tampoco le gustase el programa.

—Enséñeme su habitación.

Subieron los dos pisos. Por todas partes se abrían y cerraban puertas, se escuchaban quejas, protestas, maldiciones y gritos que partían de las habitaciones. Junto a los ascensores había policías de uniforme con metralletas y sus miradas parecían abrir agujeros en el aire. «Si Rossi se encuentra en su habitación —pensó Blum—, entonces mala suerte para todos. Mala suerte a montones —sus pasos eran cada vez más pesados—. Phoenicia, n.º 523. Abro la puerta y los dos contemplamos el caos». Si todo estaba relacionado, entonces se repetiría otra vez el mismo espectáculo: colchones desgarrados, lámparas rotas y ¿qué era eso que salía de debajo de la cama? El corazón de Blum latía con tanta fuerza que escuchaba cómo sus latidos resonaban en las paredes. Ante la puerta, había un policía con una cazadora de cuero. Blum dudó. Los agentes lo miraban aburridos, pero bajo aquel tedio se ocultaban los reflejos de unos profesionales.

—Me temo que estará un poco desordenado —se disculpó Blum—. He tenido visita. —Se aclaró la garganta e intentó sonreír—. Ya saben. Viajes de negocios.

Los policías lo miraron inexpresivos. Él era una rata, como todos los demás; una rata que, por el momento, tenía sus derechos. Blum introdujo la llave en la cerradura, notó que la puerta no estaba cerrada con llave y percibió que los policías también se habían dado cuenta. Tensaron los músculos. Eso era algo que sólo notaban los profesionales. Blum también era un profesional, un profesional en el arte de hacer lo que había que hacer. Abrió la puerta.

La ventana estaba abierta del todo; el viento agitó la cortina y cerró la puerta de un portazo. A Blum le sonó como un disparo, pero los policías estaban acostumbrados a disparos de otro calibre. Quien quiera que pretendiese registrar la habitación, acababa de empezar. La cama no estaba más revuelta de lo que lo hubiese estado tras un numerito rápido con la doncella. El contenido del maletín estaba esparcido por el suelo, pero eso no tenía por qué significar nada. El de la cazadora de cuero parecía

decepcionado. Quizá esperaba copas de champán *rotas*, braguitas de seda destrozadas o el ambiente cargado de todo un burdel. O, al menos, una yonqui menor de edad en la bañera que lo cubriera de obscenidades mientras esperaban al médico de guardia. El policía jefe se acercó a la ventana y miró al exterior. Blum sabía qué era lo que veía —el tejado del garaje, tres pisos más abajo—. Un profesional podría haberlo logrado. No cerró la ventana hasta haber inspeccionado cuidadosamente el tejado. Después miró a Blum, aunque no con tanto detenimiento, pero éste sólo medía 1,78 metros.

—Parece que hayan entrado aquí a robar. ¿Echa algo de menos? Compruébelo.

A Blum le hubiera encantado comprobarlo, pero para ello tendría que haberse arrodillado junto a la mesilla de noche. Dio un somero repaso a sus posesiones esparcidas por el suelo. Para ser un vendedor de antigüedades parecía vivir con bastantes estrecheces. Después comprobó que realmente faltaba algo. Su transistor. No obstante consiguió negar con la cabeza.

—Nada, y yo fui quien dejó abierta la ventana, señor comisario. Necesito aire fresco para dormir.

Mientras tanto, el de la cazadora de cuero estaba echando un vistazo en el baño y en los armarios, pero con tan poco interés que Blum pensó que no le creían capaz de hacer nada delictivo. Para ellos era tan sólo uno que recorría los mercadillos, un representante de cordones, el polvo de la metrópoli que formaba remolinos entre la basura por la mañana.

—¿Es usted autónomo, señor Blum?

La pregunta era bastante clara.

—Lo fui, pero en Berlín, bueno, ya sabe, la concentración de capitales, la competencia... Y económicamente los negocios no nos van mejor a nosotros.

La mirada burlona que se dedicaron era de lo más elocuente. El Cicerón de las miradas. Los berlineses eran algo así como las maletas que ya nadie quería.

—Así que no es autónomo.

—No, estoy viajando para Tröger, una empresa de Charlottenburg, sobre todo buscando alfombras. El año pasado encontré en una herencia, en Sechbach, una alfombra de Tabriz, señor comisario, bajo una montaña de basura. Una maravilla, créame...

Su voz fue adaptando poco a poco el acento berlinés. Blum llegó a Berlín cuando aún se podía hacer negocios allí. Los policías ya estaban hartos y se alegraron cuando volvieron con el carné. No había nada.

—Eso se lo hubiese podido decir yo mismo, señor comisario...

—En lo sucesivo, cierre con llave su habitación. Fráncfort no es Charlottenburg.

—Si usted lo dice, señor comisario...

Pero cuando la puerta se cerró, Blum precisó de todo un minuto antes de ser capaz de arrodillarse junto a la mesilla de noche y estirar la mano. La llave aún estaba allí y el pelo también, intactos. Su corazón iba como loco. Tuvo que sujetarse la mano para encenderse un cigarrillo, pero a partir de entonces volvió a ser el de siempre y pensó: por mí, que me roben la radio cuando quieran. Algunos nunca aprenden a hacer su trabajo.

En el centro comercial de la B-Ebene el aire siempre estaba viciado, también por las noches; también aquella noche de marzo. Blum inspeccionó la zona durante media hora. Si habían hecho una redada podían volver a hacerla. Bajo a la plaza de Hauptwache todo parecía haber acabado, ya que sólo había viajeros del metro que cruzaban a toda prisa los pasillos pasando por delante de las tiendas, las farmacias, los puestos de primeros auxilios y las esquinas oscuras en las que estaban echados los mendigos, entre mierda y botellas de dos litros, contemplando cómo los criminales se peinaban antes de mostrar a los jubilados y a las educadoras de los jardines de infancia qué era lo que había en el corazón de los menos privilegiados. Pero hoy todo parecía vacío allí abajo y la zona donde se encontraban las consignas presentaba una calma fantasmal. La única persona a la vista era un muchacho con un anorak de esquiador que estudiaba un cartel de un concierto *de pop* colgado a la salida de un puesto de venta de entradas. Incluso los baños estaban vacíos. Blum hubiera preferido largarse, pero no tenía la intención de pasar la noche en Fráncfort con 100 gramos de cocaína en la chaqueta. Y también tenía que echar monedas en la consigna. Había dejado el hotel justo después de la Policía.

—*Mi avión sale en una hora y tres cuartos.*

—*¿Su avión? ¿A estas horas?*

—*Es un avión privado al que no le afectan las restricciones nocturnas.*

—*Vaya, vaya. ¿Puede saberse adónde va?*

—*A Viena.*

—*¡Ah, las azules aguas del Danubio! Una ciudad preciosa. Entonces hará un total de 345,80, señor Blum, impuestos incluidos. Evidentemente, también tenemos que contarle esta noche.*

—*Pero póngale el sello, por favor. Los de hacienda son muy quisquillosos con estas cosas.*

Había conseguido engañarle. Tras diez kilómetros en taxi en dirección al aeropuerto, le dijo al conductor que tenía que ver qué tal se encontraba su tía enferma, que vivía en Neu-Isenburg, la siguiente salida. Seguro que el hombre le había tomado por terrorista, pero en cinco minutos llegaron a Neu-Isenburg y desde allí regresó al centro en otros dos taxis distintos. Resultaba caro, pero quien quería sobrevivir y además sacar algo de todo aquello no debía escatimar en lo necesario. El chico del anorak de esquiador se largó, pero a cambio dos vagabundos bajaron cuidadosamente la escalera. Uno llevaba la bolsa de plástico con las bebidas, mientras que el otro fumaba un puro de baja calidad. Una imagen que rebosaba paz. Blum se acercó a las consignas.

Pero allí aún había vida. Al fondo se había reunido gente de todas partes que no sabía adónde ir. Una botella iba de boca en boca, una cría que no tendría más de doce años se pintaba los labios, un chaval turco con cicatrices en el rostro jugaba a las cartas con un mestizo que aún debía de estar bajo la ley de protección a la infancia. Y a su alrededor había unos diez mirones que observaban cómo jugaban, conformando una mezcla de lo más diversa. El jardín de infancia de la B-Ebene. A Blum su presencia le resultó inquietante. Sabía que no le quitaban los ojos de encima. Abrió la consigna y les dio la espalda. Acababa de meter la coca en la bolsa de viaje y, mientras la colocaba junto al maletín, oyó un carraspeo que le hizo estremecerse. Era la cría. Sus labios insolentes y de color cereza se curvaron formando una sonrisa maliciosa.

—¿Tienes un pitillo, tío?

Se había puesto a su lado y miraba de soslayo el interior de la consigna. Blum apretó el bolso contra el fondo y cerró la puerta.

—¿Quieres que te lo haga?

—¿Qué es lo que has dicho?

—Me has entendido perfectamente. Por veinte pavos, te dejo. Tengo un buen culo.

—Dios, niña, lárgate antes de que...

—¿Antes de qué? ¿Antes de que saques la placa? ¿Eres poli, no?

Tenía el marco con cincuenta preparado y lo introdujo en la ranura. Después giró la llave y la sacó. La cría seguía sus movimientos con ojos hambrientos.

—Piérdete, muchacha.

—Piérdete tú, gilipollas.

Ahora también se encontraban los muchachos a su alrededor. El mestizo extendió la mano.

—Dame un marco.

For the church, mister. Pero esto de aquí tenía un aspecto mucho más brutal.

—A mí también.

—A mí también.

—Y a mí.

El chaval turco sacó el total.

—Danos diez marcos y quedamos en paz.

—¿Por qué tendría que daros diez marcos? ¿Os habéis vuelto locos?

—Ha dicho que me quiere follar por el culo —afirmó la cría de los labios rojos.

—Entonces, lo mejor es que nos des veinte marcos —concluyó el mestizo.

Durante un instante, Blum creyó que había perdido la razón. Demasiada cocaína. Cerró los ojos un momento y después los abrió del todo. Aún se encontraba delante de las consignas y los niños seguían atosigándole.

—Eh, tío, ¿te encuentras mal?

—Parece que se vaya a desmayar.

—Seguro que el chute que se ha metido tenía detergente.

—Eh, quiere decir algo...

—El tío habla como un poli, pero no lo es.

—Suelta la pasta, abuelo, si quieres que no te pase nada.

Los vagabundos estaban de pie y callados, observando la escena junto a un pilar. Blum hizo acopio de fuerzas. Ya había salido de situaciones parecidas. Si no tuviera aquella niebla en el cerebro... Decidió enfrentarse al turco.

—¿Qué le parece a tu padre que andes por aquí, Mustafá?

El turco le dedicó una mirada de desprecio. Entonces, el mestizo se metió por medio y agarró a Blum de la manga.

—No cambies de tema, abuelo. Sabemos qué estás haciendo aquí.

Blum le dio una torta suave. Los otros sujetaron al mestizo y de repente el chaval turco tenía un cuchillo en la mano. Blum soltó un puñetazo y el cuchillo cayó al suelo tintineando.

—Aún os queda mucho que aprender antes de saber algo —dijo, pero no se quedó para enseñárselo. Tenía que regresar al mundo real. Uno no se enfrenta a una pandilla de adolescentes que han llegado a la madurez antes de tiempo cuando tiene un casillero lleno de coca. Los mendigos estaban allí de

pie, junto al pilar, con la boca abierta, y habían olvidado su sed durante un momento. Blum les saludó y ellos le devolvieron el saludo. Aún tendrían que quedarse bastante tiempo en la B-Ebene. Arriba hacía frío y llovía. Alemania sólo era habitable para aquellos que conocían el terreno. Blum se consideraba uno de ellos, pero aquellos niñatos casi se la habían liado. «En Calcuta les hubieses dado algo —pensó—, pero en cuanto hablan alemán, te quedas descolocado». Se fue al puesto de comida rápida más cercano, se pidió un café y un aguardiente, y se metió una raya en el baño. La noche empezaba realmente bien.

Hubiese preferido sumergirse en el ajeteo nocturno de la metrópoli, pero Fráncfort era más bien una laguna estancada; todas las flores eran del mismo tipo y todas las libélulas bailaban sobre la misma agua. No tenía suficiente dinero como para irse a un prostíbulo. Necesitaba un refugio para pasar la noche, un lugar fijo para las horas en las que todo estaba en peligro. Y como los otros también lo sabían, tal vez lo mejor fuese dejarse llevar. Decidió empezar a hacerlo en aquel mismo momento.

En el bar en el que se metió todos lo saludaron como si fuera cliente habitual y un tipo con un peto le preguntó si tendría otros dos gramos.

—¿Otros dos gramos de qué? —respondió Blum con el ceño fruncido y cara de póquer.

—Eh, tío, ¿de qué va a ser? De coca, por supuesto.

—¿Coca? ¿Te refieres al refresco?

—Oye, ¿es que no me conoces? Soy Detlev.

—Ah, eres el del movimiento antinuclear. Ya entiendo. Cocaína en lugar de energía atómica. Energía estimulante. Coca nuclear. ¿Intentáis lograr vuestra propia energía atómica con productos biológicos y celofán? Yo os recomiendo la espuma de afeitar, que es del todo aséptica.

Detlev lo miró decepcionado y mientras se retiraba dijo:

—Sí, la coca es brutal, tío, me he dado cuenta.

—¿En serio? Y yo que quería pasarme al negocio del afeitado...

Pero seguir con el número cómico toda la noche no podía salir bien. Quizá el trágico funcionara mejor. Se sentó durante una hora en un bar, mirando fijamente su vaso. Después la camarera le preguntó si le pasaba algo y Blum se marchó. Llovía. En otro bar creyó ver a Cora —el mismo pelo y la misma figura, aunque esta vez llevaba un vestido largo—, pero cuando vio a la chica de frente no era Brigitte Bardot, sino, como mucho, Anita Ekberg. «Demasiado cine», pensó y pagó la cuenta. Aún llovía. Los andamios de la ópera brillaban. Estaban reconstruyéndola de nuevo «para lo auténtico, lo

hermoso, lo bueno», como rezaba la inscripción de la fachada. «Por mí perfecto —pensó Blum—. Si consigo un millón, yo también seré auténtico, hermoso y bueno. Quizá Cora tuviese razón y no era vida estar pensando sólo en números, viajar con recelos, moverse en la paranoia y confiar únicamente en el dinero en efectivo. Eso hace que todo sea, en cierto modo, sucio; es cierto, nena, pero ¿acaso no se acaba ensuciando todo lo limpio? Y además, soy demasiado mayor para empezar de nuevo y, si pudiera, volvería a hacer lo mismo. No tiene sentido, no creo en el amor, pero siempre he pagado por él, y cuando llegue a tener mi bar en la isla pondré en la puerta: “Aceptamos divisas de todos los países”. Creo que esto también es una especie de fe». Había dejado de llover. Ahora nevaba.

A las tres de la madrugada Blum se encontraba delante de un bar que estaba cerrando y se limpiaba la nieve de las gafas de sol con el fular. Un coche de policía pasó a su lado. El copiloto lo miró de arriba a abajo. «Ahora informará al detective jefe de que aún estoy por ahí —pensó Blum—. Volverá a comprobar los datos, pedirá que le traigan el dossier. “Este tío”, pensará, “tiene algo que me huele fatal. Fíjese, Tomaczek, en que el tipo pasó un año en el extranjero; vamos a tener que intervenir. Y va y nos cuenta que se dedica a comprar alfombras. Es uno de esos berlineses de pega, Tomaczek, un fraude. Ajá, aquí lo tenemos. Así que estuvo en Tánger. Todo esto apesta a drogas, se huele a la legua. Póngame con la Interpol y pille a este camello, Tomaczek, exprímalo y tráigame el resto, y no se olvide de limpiar el suelo después. Con lejía”».

Un taxi se detuvo. Dos tipos con largas gabardinas bajaron y también descubrieron que el bar había cerrado. El taxi se largó. Intercambiaron algunos comentarios en voz baja. Blum se dio cuenta de que uno lo observaba por el rabillo del ojo. Bajo aquella luz mortecina los dos tenían rostros pálidos. Los copos de nieve se derretían sobre sus cabellos morenos y despeinados. Blum quería largarse, pero se quedó allí como si hubiera echado raíces. Al final, los dos se acercaron a él. «Yonquis —pensó Blum—, lo que te faltaba».

—Seguro que puedes ofrecernos algo —dijo el más alto.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar eso?

—Es algo que se tiene en la sangre —dijo el más bajo con desprecio.

Eran yonquis.

Se fue con ellos a una casa. «Una estupidez», pensó, pero en aquel momento le daba igual. Llevaba encima el bote de pastillas con la cocaína. En cierto modo, nada importaba lo más mínimo. Había que dejar que las cosas

siguieran su curso. Seguir la corriente cuando llegaba y flotar con ella. Sonaba a mera palabrería, pero quizá fuese la mejor opción y además las drogas tenían algo de mágico. La casa era grande y oscura, un edificio antiguo con vistas a la calle y con árboles delante. Una cocina sucia; el resto como en todas partes, con los mismos trastos inútiles. Los yonquis eran yonquis, ésa era la única diferencia. Les dio un poco y ellos mezclaron la cocaína con heroína y se la chutaron en vena delante de sus ojos, curtidos como mendigos asiáticos con la fría habilidad de un cirujano.

—¿Quieres probar tú también?

—No, gracias, no me gustan las agujas.

—Pues te estás perdiendo lo mejor que hay.

Negó con la cabeza y se dedicó a curiosear por la casa. La puerta de una habitación se abrió con un crujido; una chica de cabellos revueltos y pelirrojos apareció bajo la luz del pasillo, sujetando una bata vieja contra su pecho. Su cara le sonaba, pero no sabía de qué.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—Un espectro —respondió.

—A ti te he visto en algún sitio —dijo y se encendió un cigarrillo. Llevaba las uñas muy largas y pintadas de rojo sangre.

—Yo tengo la misma sensación.

—Ya sé dónde. En el Eisernen Steg. Tú eres el tío de la cocaína.

—Y tú eras la que conducía el Mercedes del alto.

—¿Aún te queda algo?

Se sentaron con los yonquis. La pelirroja se metió una raya. Blum le preguntó por qué el alto habría cancelado el trato.

—Ah, él —contestó con desprecio—, es sólo un farolero. Se las da del emperador de la China y luego anda con una mano delante y otra detrás.

Blum asintió. A lo lejos se oía el traqueteo de un tranvía. Uno de los yonquis puso un disco de *reggae*.

*So as sure as the sun will shine
I'm gonna get my share, what is mine
and the harder they come
the harder they fall...*

Después permanecieron allí sentados y la pelirroja quiso acostarse con Blum, pero éste no quería heroína y tampoco sexo. Sólo quería el dinero, doscientos pavos por un gramo; dinero de yonqui manchado de sangre, dinero de sangre; cenizas a cambio de nieve. La pelirroja empezó a pintarse las uñas.

Y Blum se echó en un sofá y escuchó hablar a los yonquis: uno llevaba seis días sin cagar, el otro hablaba de un negocio sucio y los dos parecían estar tratando el mismo tema; síntomas intercambiables del mismo estado, de la misma enfermedad incurable. Vio cómo la luz del amanecer se abría paso perezosamente por entre los árboles; vio cómo se despertaba la ciudad, cómo seguía la vida, Fráncfort del Meno, República Federal Alemana.

En Wiesbaden el cielo era de un azul brillante. Blum hizo que el taxi atravesara dos veces la ciudad en dirección a Biebrich y hacia Dotzheim hasta que estuvo seguro de que nadie le seguía, pero cuando se bajó en la estación central de trenes tenía de nuevo la sensación de ser observado. Y además había perdido cien marcos.

El jersey de cuello alto que se había comprado por la mañana costó 129 marcos. Un capuchino, 3,50. Un filete con ensalada, 17,50. Un billete a Ámsterdam, 104,30. Vivir en aquel país resultaba caro. Pero ése no era motivo suficiente como para intentar engañarle, como había hecho Cora. Al fin y al cabo, él no mezclaba la coca con polvos de talco para tener cinco kilos. No, se podía permanecer limpio incluso mientras uno se arrastraba por la porquería, pero para entender esto uno tenía que estar seguro de cuáles eran sus prioridades.

En los periódicos no ponía ni una palabra de la gran redada. Los asilados, en cambio, volvían a aparecer en los titulares. Seguro que Mister Haq no había buscado asilo, sino negocios y una conversación sobre las peculiaridades de la vida moderna. No se deportaba a alguien sólo por eso. «Querido mister Haq, no me dijo toda la verdad y nada más que la verdad, en eso somos iguales, pero aún no estamos en paz. Dígale al camarero del Punjab-Club que vaya picando el hielo».

Anunciaron el tren Intercity a Colonia. Blum permaneció en el andén hasta el último momento observando a la gente que montaba, aunque de poco le iba a servir —cualquiera podría estar trabajando para ellos.

Se acomodó en un asiento del pasillo. No necesitaba mirar el paisaje. Al fin y al cabo, era siempre el mismo. Lo importante eran las personas. Peligrosamente importantes. La setentona bien conservada con la permanente blanca, que no se quitaba los guantes ni para comer chocolate; el tipo con gafas, un mechón de pelo gris y unos temblores que sólo podía calmar con media botella de vodka; el hombre enjuto con su traje de rayas grises que revolvía entre una pila de revistas de trenes a escala con el ánimo amargado

de un estudiante de pedagogía en su último semestre —aquéllas eran las vistas hermosas de las que quería disfrutar, el Agujero de Binger, la roca Loreley—. Y al mismo tiempo, no podía perder de vista el pasillo ni el maletín en el compartimento para equipajes.

En Bingen desapreció el de las gafas. Volvió antes de llegar a Coblenza sin sus temblores, pero con un aliento a alcohol que se notaba a distancia y una alegría tal que parecía que le acabara de sacar la lengua al mundo entero. Apareció el empleado con el carrito de bebidas. Blum pidió un café. El enjuto tenía hambre y se pasó los siguientes 50 kilómetros intentando sacar el cuchillo de plástico del envoltorio de celofán y untar una salchicha de plástico envuelta en celofán en una rebanada de pan de plástico envuelto en celofán. Blum hojeaba su manual de las Bahamas y se informaba del *offshore-banking*. Un tema interesante, pero no podía dejarse llevar por los sueños. El de las gafas y el enjuto hubieran sido una buena opción para el comando mañoso. Parecían sacados de una película. Y aunque la señora pasase de los setenta, no tenía por qué ser una inocente pensionista.

En el pasillo no sucedía nada. La gente meditaba sobre sus acciones en bolsa, miraban aburridos por la ventana, dejaban que el artículo principal del periódico los adormeciera. Poco a poco, Blum se fue relajando. La anciana se puso a hablar con él sobre las Bahamas. Blum le recomendó que invirtiera en Freeport. Cuando terminó de explicarle el «Hawksbill Creek Agreement» que se había creado con la zona de libre comercio de Gran Bahama, los dos tipos salieron huyendo del departamento. Pues al final iba a resultar que no eran mafiosos.

—Para mí es ya demasiado tarde —dijo la dama al fin—, pero arriésguese, joven. Aquí todo se está hundiendo otra vez.

—Señora, nunca es demasiado tarde —respondió Blum.

Poco antes de entrar en la estación central de Colonia, el tren se detuvo algunos minutos. Blum estaba de pie en el pasillo, contemplando un sucio patio. El hollín de todo un siglo estaba pegado a las paredes. Una blusa ondeaba en una ventana. En los contenedores había cajas con botellas de cerveza vacía. Una mano femenina retiró la cortina, abrió la ventana y metió la blusa. Tras ella, Blum pudo ver a un hombre en camiseta interior que se reía y que abría una botella de cerveza. Después cerraron de nuevo la ventana y Blum sintió una punzada en el corazón. El tren se estremeció y se adentró en la estación central de Colonia.

En el andén había americanas con mochilas de plástico; turcos con maletas de cartón aseguradas con cuerdas; gente que iba al trabajo y se

alimentaba de las salchichas de los puestos; adolescentes que fumaban como chimeneas y que llevaban los mismos pantalones, el mismo peinado y los mismos distintivos, y agentes de paisano que estudiaban los horarios de los trenes con gesto preocupado, como si fueran viajeros que temiesen que ningún tren parase en su destino. El tren a Ámsterdam llegó puntual y Blum encontró un departamento vacío en primera clase. La calefacción estaba encendida y el acolchado rojo, junto con el olor a sudor y perfume, le recordó los salones de los burdeles pasados de moda de Algeciras o Ceuta. Blum se sentó en el pasillo, con la mano sobre el maletín.

En Deutz entraron dos hombres al departamento: un tipo gordo con un portafolios que se sentó junto a la ventana y un inglés canoso que leía el *Daily Telegraph*. El gordo abrió su portafolios y sacó una revista para hombres nueva. Movía los labios al leer. «Si aún siguiese metido en el negocio del porno, él sería un buen cliente —pensó Blum—. Aquellos tiempos tranquilos del porno», rememoró. El «despertar de la primavera» de Söderbaum; las exuberantes tetas danesas, leche y miel —si eso era perverso, ¿qué decir del mundo de allí fuera?—. Le llamó la atención la forma tan torpe de sentarse de aquellos dos hombres: estaban con las piernas cruzadas y la mano libre enganchada en el tobillo, o echados hacia adelante de manera tosca, con la mano izquierda doblada hacia adentro y apoyada en el muslo, con la cabeza baja y, para acabar definitivamente incómodos, el pie derecho enganchado alrededor del izquierdo; o —como él— con la mano derecha aferrando el maletín, la izquierda sosteniendo un cigarrillo encendido que sabía a estiércol y la cara colorada y sudorosa. Todos ellos eran esclavos de vacaciones y el mundo exterior era su territorio —trenes de laminación, altos hornos, centrales nucleares, desguaces de automóviles, minas, fábricas de papel, mercados de plástico, plantas tóxicas, ciudades dormitorio; incluso el sol era un sustituto para los tranquilizantes—; una localidad tras otra, como poblados primitivos en las que los nativos bailaban alrededor de un fetiche al ritmo chillón del aullido de las sirenas.

El inglés se apeó en Oberhausen. El gordo metió la revista masculina en el portafolio, se aflojó la corbata y se dedicó a una revista porno. El paisaje era llano y se encontraba sumergido bajo una neblina sulfurosa. Blum tenía que ir al baño. Se llevó el maletín. El gordo levantó la vista y sonrió.

En el baño Blum se lavó la cara, que, al vérsela, le pareció huesuda y macilenta. Cuando regresó al pasillo, vio en el vagón contiguo de segunda clase a un hombre de pie ante el baño, un hombre al que conocía. Le entró pánico, su corazón se puso a mil por hora. Se dio la vuelta y atravesó el

pasillo en dirección contraria; el maletín chocaba con fuerza contra las puertas. El traje azul, las patillas, las gafas ante aquellos ojos de rana y el gordo en el departamento con la revista porno: «¿Ve, señor Blum? Sabemos quién es, no se nos escapará». El tren redujo la velocidad. Una estación. Blum agarró el maletín con fuerza y pasó a toda prisa junto a su departamento. No miró dentro.

Estaba obligado a abandonar su bolsa de viaje, las camisas, el fular, el libro sobre las Bahamas. El tren chirrió mientras se detenía. Abrió la puerta y miró alrededor. Nadie parecía apearse. Saltó al andén. A la izquierda vio un cartel donde ponía SALIDA. Fue en aquella dirección. El jefe de estación ya estaba pitando. En un letrero se leía «Bienvenido a Wesel».

Sábado por la tarde. Los trabajadores paseaban con sus familias sobrealimentadas. Dejaban a las madres y a los niños en las calles comerciales y se metían con el perro en la taberna de la esquina «Quedaba media hora para las noticias deportivas», pensó Blum. *Sabía que no tenía* demasiado tiempo. En Emmerich sus perseguidores conseguirían un ejército e irían a Wesel a toda velocidad. Los otros se quedarían en Emmerich, en la estación, en las autopistas. Así que tenía que despistarles entre Wesel y Emmerich de una vez por todas. Lo mejor sería montarse en un tren en dirección contraria, de vuelta a Colonia, y tomar allí un avión, pero ¿a dónde? Había controles de seguridad en todos los aeropuertos y aduanas. No, tenía que ir a Ámsterdam. Allí podría librarse de la mercancía en un santiamén. Por poco dinero, por supuesto, pero ayer por la noche se hubiera dado por satisfecho con quince mil. Los florines también eran una buena divisa. El único problema era llegar a Ámsterdam. Taxi. Pero la gente que recorre en taxi un trayecto tan largo resulta sospechosa. Alquilar un coche tampoco era una opción. No debía dejar rastro alguno de su estancia en Wesel. No debía volver a mencionar su nombre.

Llegó a la catedral. Delante habían levantado un vallado para ocultar las obras y alguien había escrito en negro, en los tablones: VICTORIA. Un teckel levantó una pata trasera y se puso a mear. En los bares de la plaza reinaba una agradable oscuridad cargada de cerveza, en una gramola sonaban Evergreens —«Chico, vuelve pronto, vuelve pronto a casa»— y junto a la barra se habían reunido todos aquellos que se negaban a someterse los sábados por la tarde. Blum se pidió una cerveza y se la bebió de un trago.

—¡Vaya sed tiene, amigo! —dijo un tipo que estaba junto a Blum.

—Creo que me he ganado con creces esta cerveza —respondió Blum y se fijó con más detenimiento en su vecino. El hombre era una composición en tonos pardos (pelo castaño oscuro, con la raya muy marcada, cara redonda y marrón rojiza, gabardina marrón verdosa, traje marrón turba, camisa marrón mostaza y corbata marrón mierda de caballo). En sus manos carnosas y

marrones brillaba el vaso de cerveza como si fuera oro líquido. Debía de andar entre los cincuenta y cinco y los sesenta, pero aún no tenía canas y sus ojos eran como dos canicas azules.

Se pusieron a hablar. Aquel tipo tenía algo que le inspiraba confianza y, al mismo tiempo, le molestaba. Con una conversación sobre la cerveza en Alemania se puede discutir la noche entera, pero Blum tenía prisa y cambió de tema rápidamente. El hombre de marrón le comunicó que era viajante. Recorría los mercados y las zonas peatonales de las pequeñas ciudades desde el Bajo Rin hasta Sauerland con unos productos de limpieza de calidad dudosa. Blum podía imaginárselo bajo el mapa mojado por la lluvia en la zona peatonal de Neheim-Hüsten con el jabón de espuma «despertar de la primavera» y el detergente «lana de oveja», dos productos que entablaban desde hacía cincuenta y siete años una batalla perdida contra Henkel, ante dos amas de casa con migraña y tres niños en edad escolar, dos de ellos de Asia Menor, un jueves por la tarde, con 13,30 marcos en el bolsillo y, como plan nocturno, una salchicha con ensalada de patata y una cama fría en el albergue cristiano. Aunque uno pudiera imaginárselo, eso no significaba que le fuera a pasar lo mismo, pero no obstante a Blum le entró un escalofrío por la espalda; un miedo más profundo que el que le tenía a todas las mafias.

—Y usted, ¿de qué es viajante?

—Ah, lo dice por el maletín. No soy viajante. Aquí dentro sólo llevo mi ropa.

—¿En un maletín? Entonces fue viajante anteriormente.

—No, no —le aseguró Blum—, siempre he estado metido en negocios de otro tipo: construcción, hostelería, antigüedades, revistas... Prácticamente cualquier cosa que se me cruzara por delante.

—Eso tiene muchas posibilidades —comentó el viajante—, tendrá un buen futuro. Yo tampoco he estado siempre en el negocio de los productos de limpieza.

Pero no quiso decir qué era lo que había hecho antes. Pidió otras dos cervezas. Blum miró el reloj.

—No tendrá prisa, ¿no? —preguntó el viajante—. Es sábado por la tarde.

—Tengo que ir a Holanda.

—¿Qué es lo que quiere hacer allí? A los holandeses no les gustamos los alemanes.

—Pero sí que hacen negocios con nosotros.

—Eso es lo que hace todo el mundo. Está en la naturaleza misma de los negocios. ¿Y qué clase de negocios quiere hacer en Holanda?

—Oh, quería mirar... restaurantes. ¿Sabe? Me gustaría abrir un restaurante y quiero informarme de las posibilidades que hay en ese ámbito.

El viajante le dio un trago a su cerveza y sonrió con beatitud.

—¿Por eso anda por las tabernas de la plaza?

—Aunque no se lo parezca, este tipo de tabernas son una mina de oro.

—¿Y también quiere tener una mina de oro?

—¿Acaso no lo queremos todos?

—Aún tiene ilusiones —dijo el viajero limpiándose la espuma de los labios con la mano—, a su edad aún se tienen. Pero cuando yo oigo la palabra «mina» pienso siempre en las minas en las que enterramos a nuestros camaradas. En la guerra, ya sabe, en Rusia. Entonces nosotros también teníamos ilusiones y pensábamos que cuando regresáramos, se haría realidad nuestro sueño, nuestra Alemania.

—¿Y qué ha sido del sueño?

—Sabe tan bien como yo, amigo, que no se hizo realidad. ¿Irás en el tren nocturno o va a pasar aquí la noche?

Blum tuvo que concentrarse para encontrar una respuesta. El viajante irradiaba una desesperanza que se instalaba en el cerebro como una niebla pestilente. Sin embargo aquel hombre quizá le pudiera resultar útil.

—De eso mismo quería hablar con usted. Pero en algún otro lugar, donde nadie nos moleste.

El viajante asintió como si aquellas palabras confirmaran que había juzgado bien a Blum desde el principio.

—Le invito a cenar. Patatas campesinas con huevo, eso sí que lo comerá, ¿verdad?

No era una pregunta, sino una exigencia.

Afuera la neblina se había tornado gris y oscurecía rápidamente. Siguieron una carretera durante algún tiempo y luego caminaron un trecho junto al Rin. En la orilla había paseantes que miraban al oeste, más allá de la tormenta. Los cuervos levantaban el vuelo desde los campos. Un barco que transportaba carbón traqueteaba río arriba, adentrándose en la bruma nocturna.

—¿Adónde se va por aquí? —quiso saber Blum.

—Primero al lago Aue, después giraremos al llegar al camping, que no le resultará interesante, y luego atravesaremos la zona de Westerheide hasta llegar a Bislich.

—Quería decir más allá. Holanda debería empezar por allí, en algún sitio.

—¿Quiere ir a pie hasta allí?

Blum no respondió.

—Pues sí, después está Holanda —afirmó el viajero tras mirar unos instantes en aquella dirección—, pero queda un buen trecho. Primero está Rees y luego, naturalmente, Emmerich y allí hay que cruzar la frontera. Pero en la actualidad no supone ningún problema; los holandeses dejan pasar a cualquiera a no ser que esté prácticamente desnudo o tenga algo realmente sucio encima.

—Pero entonces, ¿usted viaja allí a menudo?

El viajante se encogió de hombros y tiró la colilla de su Reval.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Holanda?

—Pensaba que allí las cosas eran más baratas.

—Lo que necesito puedo encontrarlo también en nuestro país —con lo que el viajero concluyó la conversación, aunque Blum sospechaba que tenía motivos más sólidos para no querer cruzar la frontera.

Abandonaron el Rin, pasaron junto a un aeródromo y llegaron a campo abierto. A lo largo de la carretera no había arcén, por lo que caminaban en fila y cuando las luces de los coches los iluminaban, los mosquitos bailaban ante sus rostros; Blum comenzó a preguntarse si no estaba a punto de perder la razón. Se supone que con la cocaína uno llega a perder la razón cuando ya no se tiene el control sobre la dosificación, pero quizá los camellos perdieran la razón cuando no tenían el control sobre el negocio. Y si uno estaba dando tumbos a pie en una noche de marzo, tras un viajante de productos de limpieza, por el valle del bajo Rin, con un par de marcos mugrientos en el bolsillo y varios mafiosos pisándole los talones, es que se había perdido definitivamente el control sobre el negocio. Pero el aire era muy refrescante; era una noche hermosa, incluso había estrellas en el cielo. Blum se sintió extrañamente alegre, tranquilo, totalmente confiado. ¿Qué significaban los dos kilos y medio de coca que llevaba en el maletín cuya asa mantenía apretada con tanta fuerza como si le fuera la vida en ello? No significaban nada si no podía disfrutar de momentos como aquél, unos momentos en los que se sentía, qué locura, casi libre.

—¿Le ha gustado la cena, amigo?

Blum asintió con la boca llena. Vació el plato y el viajante recogió la mesa y fregó los platos y la sartén. En la cabaña de madera en la que vivía flotaba un agradable olor a aceite, patatas, panceta y carbón. «Así es como viven hoy los espartanos —pensó Blum—, una cabaña de madera, esterilla, un horno de carbón, armarios de plástico, cajas de huevos, muebles de contrachapado, una radio antigua, tres filas de clásicos baratos, las obras completas de Karl May, televisión, nevera y *best sellers*. A los espartanos no les importaban las mujeres». Le contó la historia de la Guerra de Liberación Alemana —el comandante Schill había sido ejecutado en Wesel— y no escatimó símiles amargos con los sacrificios de su generación. Lo habían seducido, sí; mentido, engañado, decepcionado, seducido; lo había dado todo, como Schill, como Körner; y quien tuvo la desgracia de sobrevivir tuvo, además, que cargar hasta el final de sus días con la vergüenza de haber combatido en el bando equivocado. Luchar por el propio país, ¿por qué era una equivocación? ¿Cuándo había sido eso motivo de vergüenza?

—Tranquilízate, Erwin —le dijo su colega, que había aparecido después de la cena en una furgoneta destartalada. Se llamaba Fred, tenía los ojos pequeños y ágiles de una comadreja, pelo ralo y gris y una boca con demasiados dientes. Blum valoraba sobre todo la cerveza fría que había traído y pronto se dio cuenta de que ambos provenían de mundos empresariales emparentados.

—Tienes razón, Fred —dijo el viajante—. Ya lo sé. Debería guardar silencio, guardar silencio hasta el final, como las tumbas en Rusia bajo los abedules. Éste ya no es mi mundo. ¿Por qué hablo entonces con él? Desde que ya *no* existe Alemania ya no tengo mundo.

—Erwin llegó muy alto —le dijo Fred a Blum al oído—. Muy alto —y le guiñó un ojo como si quisiera decirle «ya sabe a qué me refiero»—. Porque nosotros estamos muy abajo.

—Pero aún existe una hermosa Alemania —dijo Blum—. Acabo de hacer un pequeño viaje de negocios y todo va bastante bien. Además, ahora tenemos incluso dos Alemanias.

—Eso no cuenta —contestó el viajero, cortante—. La una es igual que la otra. El becerro de oro y los bolcheviques, Alemania no puede ser eso.

—¿No podría ser una mezcla de ambas?

—¡Una mezcla! Las mezclas forman parte de la cultura de los detergentes, colega. No, no tiene sentido. Pero nunca hay que rendirse, por supuesto. ¿Qué es lo que dijo que transportaba?

Su mirada era aún amigable, pero el marrón tenía ahora un aspecto duro; a la luz de la bombilla desnuda que colgaba del techo los rasgos quedaban muy marcados. Fumaba un Reval tras otro y aplastaba las colillas en un recipiente de metal, cuya forma le recordaba a Blum cada vez más a un casco de acero.

—De eso mismo quería hablar —comenzó Blum—. Estoy buscando una entrada a Holanda que no tenga barreras. No es por la Policía. Ellos siempre me dejan pasar. Pero sí podría tener dificultades con el BKA si me registran en la frontera, ¿entienden? Son tipos muy listos. ¡Y eso sería un problema!

Se rió, cogió una lata de Dortmunder Actienbräu y le arrancó la anilla. La espuma le recordó a sus botes de tamaño familiar. Brindó con los dos amigos. El viajante asintió sombrío y, los ágiles ojos de Fred se movieron en dirección al maletín.

—¿BKA? —preguntó Fred—. ¿No son esos...?

—El servicio secreto —dijo el viajante saboreando pensativo cada palabra.

Fred miró a Blum frunciendo el ceño. ¿Habría ido demasiado lejos? Blum levantó las manos.

—Sólo quiero asegurarme —adujo—. No puedo permitirme cometer un error.

Su mirada se deslizó sobre el maletín. El viajante expulsó a toses un par de Reval sin dejar de mirar a Blum. Su colega Fred se bebía su cerveza y parecía nervioso.

—Más espacio —dijo—. No quiero tener nada que ver con el servicio secreto. Erwin, tienes que reconocer que es algo demasiado grande para nosotros.

El viajante entornó los ojos y se quedó mirando fijamente a través del humo, viendo quizá las tumbas y los abedules entre cuyas hojas soplaba el viento; viendo tal vez sus planos mojados, el jueves próximo en Neheim-

Hüsten, viendo a las amas de casa que llevaban sus tambores de Ariel de cinco kilos recién adquiridos en el supermercado.

—Este señor quiere cruzar la frontera —anunció al fin—, y cruzará la frontera. Nunca se deja a nadie tirado. Al fin y al cabo, para eso estamos nosotros aquí, los últimos que quedamos.

Blum y el hombre de marrón se miraron. Quizá no se entendieran del todo, pero al menos sabían quiénes eran. Y Blum se vio a sí mismo en veinte años, acabado, en un lugar así, sin Guerra de Liberación, con nevera y televisión, una noche antes de que los cordones desaparecieran del mundo.

—¿No tienes aguardiente, Erwin? —preguntó Fred—. Estoy algo destemplado.

Al decirlo miró a Blum de soslayo, como si él fuera el responsable del frío. Pero el viajero no tenía aguardiente. Puso otro carbón sobre las brasas. Eso no le sirvió a Fred, su problema era con Blum. Su mirada parecía decir que los pequeños delincuentes no pueden venir con cuentos del servicio secreto.

—Dentro de poco pasará otra vez lo mismo, a cargar el fusil y que la mierda no nos pille vivos. Y todo por un saco de patatas. Eso es lo que yo llamo inflación.

—Os pagaré —ofreció Blum.

El viajante le dijo que no por señas, pero la mentalidad de Fred era más práctica.

—Los pasos buenos son escasos —argumentó—, así que podemos pedir una especie de peaje. Debes empezar a ver de una vez el lado práctico de las cosas, Erwin.

A Blum le recordaban a un viejo matrimonio: el idealista que luchaba por las virtudes del ser humano y su mujer, que llevaba cuarenta y cinco años echándole en cara que los vecinos habían conseguido puestos fijos y fortunas hacía mucho tiempo, mientras ellos seguían en un bloque que se había llenado de extranjeros. Al final solucionó el problema con un billete de cien y Fred cayó en que tenía una botella de aguardiente en la guantera. Mientras la iba a buscar, el viajante retiró las latas de cerveza y cuando se ponía el abrigo, dijo:

—Espero que salga con bien de ésta, amigo. Sí, a su edad aún vale la pena luchar, no importa con qué fin.

—A usted le queda mucho para estar para el desguace —afirmó Blum.

—Ya tengo sesenta y dos, y los últimos treinta y cinco he estado prácticamente para el desguace, he sido chatarra. Tome, coja la linterna, podría serle útil, pero úsela con cuidado, le quedan pocas pilas.

—No sé cómo darle las gracias —murmuró Blum y se guardó la linterna en el bolsillo de su chaqueta.

—Hágame un favor e intente que Fred no pierda los nervios —dijo el viajante mirando a Blum con sus ojos azules—, él es el único que me queda.

—Lo haré —prometió Blum. En aquel momento entró Fred con el aguardiente y todos se tomaron uno, y Fred se tomó otro más y entonces abandonaron la cabaña.

El cielo se había encapotado y soplaban un viento frío. En la furgoneta ponía con colores pálidos F. KOWALSKI - HUEVOS Y POLLOS FRESCOS - BISLICH/BAJO RIN. Se apretaron sobre el banco del conductor, Fred al volante, luego el viajante y Blum junto a la puerta, con el maletín entre las rodillas. Durante el viaje, tintineaba algún trozo de chapa suelto; a Fred le costaba esfuerzo meter las marchas y la calefacción no funcionaba. Así circularon rumbo a Holanda, siempre cerca del Rin, bajo un cielo de color de azufre que impedía que se hiciera de noche del todo. Nadie dijo nada. Blum lamentaba no haberse metido ninguna raya. Se sentía increíblemente apagado y cansado. «Precisamente —pensó— en este momento tan crítico». Podría ocuparse de los dos colegas, pero como los italianos le estuvieran esperando en la primera ciudad de Holanda, todo se iría al garete. Respiró profundamente y se encendió un cigarrillo. Nada se iría al garete. Aquella República Federal casi había acabado con él, con sus dementes, sus personajes corruptos hasta la médula, como Cora. Todo aquello quedaría atrás en unos momentos. «Tenía que aguantar —pensó—, aguantar». Incluso si al final acababa en Neheim-Hüsten, siempre podría visitar antes Freeport, incluso ir al Punjab-Club de Lahore, con mister Haq...

—Despierte, amigo —le dijo el viajante—, ya hemos llegado.

—¿A la frontera?

—Ahora hay que caminar un rato.

Blum salió con esfuerzo del vehículo. Fred estaba aliviándose de pie tras un seto. La furgoneta estaba aparcada al final de un bosquecillo, junto al que discurría un camino de grava. En el horizonte, el cielo ya estaba pálido. Hacía frío. Los pájaros comenzaban a agitarse. El viajante se colocó muy cerca de Blum.

—Tenga cuidado con Fred —susurró—, le ha echado el ojo a su maletín.

Blum asintió. Miró el reloj. Eran casi las cuatro. «Ese cabrón nos ha llevado de paseo durante tres horas», pensó. Fred le hizo una seña. Caminaron junto al margen del bosque; primero Fred, luego Blum y por último el viajante. Tras un cuarto de hora llegaron a un arroyo. Fred y el viajante

llevaban botas de goma y se limitaron a caminar por el agua. Blum tomó impulso y saltó. Lo logró sin perder el maletín. Continuaron en zigzag a través de un bosquecito, campos y praderas, para alcanzar al fin un camino sin asfaltar que cruzaba la niebla en línea recta.

—Si toma este camino se encontrará con otro arroyo —dijo Fred—, y después habrá llegado a Holanda. Si sigue el camino, se encontrará a la izquierda con un canal donde hay una carretera. Allí podrá coger un autobús.

Poco a poco el cielo se iba aclarando. Blum miró fijamente a Fred, con el maletín en la mano izquierda y la derecha en el bolsillo del abrigo, en el mango del cuchillo.

—¿Y si me ve alguien? Seguro que hay policías de frontera por aquí.

Vio cómo Fred sonreía. El viajante estaba ahora a la izquierda de su amigo.

—Tonterías —respondió Fred—. Y si es así, qué más da. Pensaba que ellos no podrían hacerle nada. —Su mirada se trasladó al maletín y su mano izquierda al bolsillo del abrigo—. Me encantaría saber qué lleva ahí dentro, amigo.

—Con mucho gusto —dijo Blum y le estampó a Fred el maletín en el estómago mientras el viajante le agarraba del brazo izquierdo, sujetándolo. Fred soltó un gemido y una maldición, pero sin gritar.

—Menos mal que se ha dado cuenta de que es zurdo —susurró el viajante.

—No me había dado cuenta de nada —murmuró Blum. No le dio la mano al viajante, pero se despidió de él después de haber recorrido veinte metros. El viajante aún tenía inmovilizado el brazo de Fred.

—¿Quiere saber qué llevo dentro? —preguntó Blum sin alzar la voz.

—¿Qué es?

—Dinamita —exclamó Blum. Después se marchó veloz por el camino, sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Blum estaba echado en la cama contemplando por la ventana el tejado de la casa contigua. Dos gaviotas estaban posadas sobre la chimenea y parecía que ellas también lo estuvieran observando. Desde el Damrak le llegaba el sonido de un organillo que llevaba todo el día tocando la misma canción. El cielo estaba sucio.

Levantó el auricular, esperó hasta que lo cogieron en recepción y dijo que le gustaría volver a intentarlo con el número de Fráncfort. Volvió a decírselo leyendo en la tarjeta que Hackensack le había dado, a pesar de que ya se lo sabía de memoria. La tarjeta también estaba sucia. Y de nuevo volvió a escuchar los tonos y se imaginó que el teléfono se encontraba en una habitación vacía —con las cosas empaquetadas, sacadas a toda prisa, y abandonada, donde sólo brillaba la flor de crocus amarilla de la pared—. De pronto hubo un chasquido en la línea. Blum creyó al principio que se había interrumpido la comunicación, pero entonces contestó una voz; era una voz masculina.

—¿Hola?

—Hola, mister Hackensack, soy Blum. Seguro que se acuerda de mí, Blum...

Se detuvo. Hackensack hubiera reaccionado mucho antes.

—¿Es usted, mister Hackensack?

—No, no soy Hackensack. —Pero también era americano, se notaba a la legua—. ¿Quién es usted?

—Yo... hago negocios con mister Hackensack. Estuve la semana pasada allí, en su oficina. Hablé con una señora.

—¿Dónde estuvo?

Blum le dijo la calle, el número, el piso, el nombre de la empresa y describió a la momia prusiana.

—Ah, mire, esa señora ya no trabaja aquí —dijo su interlocutor—. No sabíamos que usted estuvo aquí. ¿De qué asunto quiere tratar con mister Hackensack?

—Quería asesorarme sobre unas inversiones. La verdad es que ya las he realizado, pero al llevarlas a cabo se han producido algunas dificultades, no sé si me entiende.

Pausa. Después:

—Es posible.

—¿No podría hablar directamente con mister Hackensack?

—Me temo que ahora no será posible. Mister Hackensack no está aquí. Estamos teniendo algunos problemas con la reorganización.

—Entiendo. Pero ¿podría al menos dejarle un mensaje?

Oyó un ruido al otro lado y Blum creyó que aquel hombre había colgado, pero después volvió a escuchar su voz, en esta ocasión como si estuviera más cerca.

—Eso sí. ¿Qué quiere que se le comunique?

—Dígale que estoy en Ámsterdam y que me gustaría contactar con él. Dígale que se trata de productos químicos...

—¿Productos químicos?

—Sí, él ya sabe de qué hablo. Productos químicos e información. Estoy en el hotel Roder Leeuw.

—Y ¿puede repetirme su nombre?

Blum deletreó su apellido.

—Espero que pueda esperar algún tiempo, mister Blum.

—Escuche...

Pero ahora sí que había colgado.

Blum cogió un paquete de cigarrillos del lavabo. De la cocina del restaurante del hotel venía un olor a pescado que inundaba el patio interior y, sobre el borde del tejado, había unas cuantas palomas gordas contoneándose. El carillón de la Nieuwe Kerk tocó otra vez la novena sinfonía. «Beethoven cada media hora y algo protestante a las horas en punto», supuso Blum. También en el Roder Leeuw informaban en varios idiomas respecto a qué hacer en caso de incendio. *Es importante evitar el pánico. Conserve la calma.* «Eso es muy fácil de decir», pensó Blum. Ahora estaba lloviendo y también las gotas de lluvia eran propias de un país en el que se cocinaba bien; eran gordas y dejaban marcas en los cristales. Se echó con un cigarrillo.

La habitación era más estrecha que todas las que había tenido desde que estuvo en Barcelona; la equipación se limitaba a lo fundamental, con una moqueta de color mostaza procedente de la fábrica de productos sintéticos que suministraba a todos los hoteles de aquella categoría, y con una estampa iluminada en la pared que representaba un canal de Ámsterdam en la época en

la que uno aún podía bañarse o pescar allí sin perecer por intoxicación. En la cabina de ducha, el grifo goteaba. La puerta del armario no se cerraba bien y, a pesar de haber puesto la calefacción al máximo y de llevar puesto su jersey de cuello alto, se estaba congelando.

Tras una interminable jornada que se había pasado tiritando, alcanzó Ámsterdam cuando estaba al límite de sus fuerzas. Cogió una habitación en el primer hotel que encontró y se pasó todo un día durmiendo, y, cuando despertó, tardó otro día más en decidirse a salir y cenar algo. Se sentía como un saco de carne flácido con los músculos en huelga y un cerebro que ya no mandaba ningún impulso más. Quizás aquellas sesiones nocturnas con la voz que enviaba a algún lugar indeterminado aquellos mensajes cifrados habían penetrado en su subconsciente y dirigido sus actos, y ahora que se encontraba en Holanda, sin radio, alejado de aquella frecuencia secreta, se había convertido en un agente perdido, destinado a fenecer en el frío.

«Me han abandonado», concluía mientras miraba el cielo lleno de polución durante el día; y cuando las pesadillas lo despertaban por la noche cubierto de sudor y volvía a oír la novena sinfonía, se bebía un vaso de agua con las manos temblorosas y pensaba: «ahora quieren volverme loco». Y cuando oía los interminables tonos del teléfono de Fráncfort, veía a Hackensack, al gordo de mister Hackensack, consultor, en una habitación de hotel igual de ruinosas, en alguna ciudad igual de decadente; lo veía girando el dial de radios que ya no emitían ningún mensaje más y hablando por teléfonos desconectados. Entonces, Blum decía en voz alta: «Sólo hace falta tener la actitud correcta, mister Hackensack», y se reía y apagaba el cigarrillo a medias y se volvía contra la pared en aquella nueva pesadilla que siempre era similar, que siempre comenzaba en playas de blancas arenas y siempre terminaba en ciudades en decadencia bajo lunas de sangre, entre ranas con ojos asesinos y rubias con los labios pintados de sangre, huyendo.

Y el maletín con la cocaína estaba todo el tiempo bajo el lavabo, sin cerrar, y una vez, cuando Blum acababa de abrirlo y mientras contemplaba los botes familiares, entró una doncella indonesia con toallas limpias y él cogió un bote y se lo mostró, y le echó espuma sobre la mejilla y la doncella seria; tenía unos ojos preciosos, y durante un instante todo era posible de nuevo, y después dejó las toallas sobre el lavabo, él cogía su maquinilla de afeitar, ella salía de la habitación y el organillo tocó *Bei mir biste scheen* por septuagésimo séptima vez aquel día.

Blum fue a comer a un chino. En una calle al lado del casco histórico encontró un restaurante de aspecto agradable que estaba completamente vacío. Un hombre alto, sobre cuya calva pulida aún flotaban cuatro pelos largos como algodón de azúcar, le trajo sopa de aleta de tiburón, colmenillas, gambas fritas y licor de arroz. Estando tan solo en aquel local tan grande, bajo aquellas lámparas, entre budas y dragones dorados y siendo observado con atención por toda una tropa de camareros silenciosos y sonrientes, Blum se sintió durante unos maravillosos instantes como un viajero que había sido el primero en llegar a un país desconocido y que era obsequiado por los nativos con aquella selecta hospitalidad, aunque sin dejar claro si el extraño sería aceptado como amigo o si lo despedazarían durante la noche y arrojarían su cuerpo a los cerdos. Por desgracia aquellos instantes no duraron demasiado, ya que otro cliente entró en el restaurante.

El joven —Blum calculó que tendría veintitantos— fue saludado por los chinos con respeto, pero con evidente familiaridad. Se sentó una mesa más allá, de cara a Blum. No se molestó en mirar la carta, sino que escuchó lo que el viejo chino le susurró y después asintió. Llevaba una chaqueta de *tweed* vieja y vaqueros; sus rubios cabellos caían desordenados sobre sus estrechos hombros y en su rostro seco, bajo sus vigilantes ojos, brotaban mechones de una barba rojiza. Pero sólo con ver la forma en la que se encendió el cigarrillo, Blum ya supo todo lo que necesitaba saber: aquel joven tenía la atractiva indiferencia que él había intentado imitar durante toda su vida.

Blum se ocupó de nuevo de su comida. No obstante, observaba que aquel presuntuoso sólo se tomaba un cuenco de sopa para pedir después un café. Mientras Blum apartaba su plato y se preguntaba si también le apetecía un café, vio cómo el joven sacaba una lata de tabaco, se ponía un poco del contenido en el dorso de la mano y lo esnifaba con un gesto de placer. Después sonrió a Blum como si quisiera decirle: «Bueno, amigo, ¿qué ha sido, tabaco brasileño o *peruvian flakes*?». Blum se sacó su botecito del

bolsillo del pantalón y lo imitó: izquierda-derecha. Y otra vez: izquierda-derecha. Los chinos hacían como si no vieran nada.

—¿Es buena? —le preguntó el joven mientras se echaba azúcar en el café. Tenía acento de Hamburgo.

—Si quieres podemos hacer un intercambio: tú me dejas oler la tuya y yo te dejo la mía.

El hamburgués se levantó y se llevó su taza de café a la mesa de Blum. Visto desde cerca su rostro parecía algo mayor. Tenía ya algunas arrugas y bolsas bajo los ojos.

—El viejo te ha traído comida —dijo sentándose y cruzando sus largas piernas.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Estamos en un restaurante, al fin y al cabo, y los chinos viven de traerme comida.

—¿No te ha llamado la atención lo lleno que está esto?

Blum se encendió un HB. Si el tipo quería decirle algo, podía ahorrarse la respuesta. Era algo que sobraba y además en aquel preciso instante le estaba haciendo efecto el *peruvian flake*, que comenzaba a vibrar dentro de su cabeza. El hamburgués contempló un trozo de la pared donde había colgado un cuadro.

—Resulta muy adecuado haber colgado encima una foto del levantamiento de los Bóxer, ¿no crees?

—¿Encima de qué?

—Pues de la sangre que cayó sobre la pared.

—¿Sangre? ¿Qué sangre?

—Sangre, y también un poco de cerebro. Hace tres semanas se presentó aquí la mafia israelí y tomó a su cargo todo el comercio de heroína chino de un solo golpe, aunque no lo hizo exactamente como se lo había imaginado la unidad antidroga. De todas maneras, ahora esto tiene otra vez un aspecto de lo más civilizado, ¿verdad?

—Muy civilizado. Y la cocina es excelente.

—Sí, mister Lee tenía la mejor cocina cantonesa de todo Ámsterdam.

—¿Tenía? ¿Estaba él también sentado a la mesa?

—La Policía lo sacó del Ámstel al día siguiente, con el dedo gordo del pie metido en la boca. Pero el restaurante sólo estuvo cerrado durante tres días. Y el día que volvió a abrir encontraron a tres israelíes con la garganta abierta en los contenedores de basura del Hilton. Cada uno tenía su propia polla metida entre los dientes. Para los antropólogos Ámsterdam es un lugar de lo más interesante. Los chinos tuvieron la desgracia de que uno de los israelíes

perteneciera al Shin-Bet, el servicio secreto. Desde entonces este restaurante está muy tranquilo.

El rubio tamborileaba con los dedos. Uno de los camareros más jóvenes le trajo otro café. Blum acabó el licor de arroz, aunque no le pareció lo suficientemente fuerte.

—Pareces conocer muy bien esto, ¿llevas mucho por aquí? —preguntó Blum.

—Casi una eternidad. Además de para los antropólogos, Ámsterdam también es un lugar muy interesante para ciertos negocios, como puede imaginarse.

—Suponiendo que uno se lleve bien con los israelíes.

—Y con los chinos. Y los de las islas Molucas. Y con los turcos. Y los anarquistas.

—¿Los anarquistas? ¿Qué tienen ellos que ver con todo esto?

—Oh, los anarquistas también tienen mucha influencia. Podrían reducir a cenizas media ciudad, pero por ahora aún prefieren embolsarse todas las subvenciones. En un par de añitos, cuando empiece todo de verdad, sólo te podrás mover en helicóptero, en un Huey americano si tienes suerte, probado en Vietnam, y con una tropa de *rangers* que dispare a todo lo que se mueva: primero un bote de gases lacrimógenos sobre los tejados, después te pones la máscara antigás y bajas a la oficina con fuego de apoyo y un grupo de escolta... una pequeña escaramuza antes de cada trato anima hasta al más cansado... sin necesidad de drogas. Cuando las cosas se pongan feas aquí, puedes olvidarte de todo lo que hayas leído sobre resistencia callejera. Si esto estalla, podrás oler la mierda hasta en las Bahamas. ¿Una raya?

Blum sacudió la cabeza. Tenía la sensación de que el que iba a estallar era él.

—No conocerás por casualidad a una rubia que se llama Cora, ¿verdad?

El joven sonrió satisfecho.

—Sí que la conozco. Y tú eres Blum, ¿me equivoco?

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Pura casualidad.

—No me jodas.

—Me llamo Ted. —Le hizo una seña al chino viejo, que estaba de pie junto a un biombo contemplando el levantamiento de los Bóxer.

—Y yo que siempre había pensado que en *este* negocio no había casualidades.

—Supongo que me acompañarás a tomar otra copa. Casi habíamos perdido la esperanza de llegar a encontrarte.

—¿Habíamos?

—Mi socio y yo.

Mientras abandonaban el restaurante, los chinos se pusieron en fila como si presenciaran un desfile y se apagaron las luces. En cuanto salieron, bajaron la persiana metálica. En una esquina había un coche con dos antenas aparcado delante de una tienda de puros que llamó la atención de Blum. En su interior había dos hombres que vigilaban el restaurante chino y Blum se sorprendió al notar una sensación casi de alivio. Había otra gente que también tenía problemas.

Ted tenía un viejo Volvo. Durante el trayecto no hablaron demasiado. Dejaron el coche al lado de un pequeño canal y se montaron en un barco-casa. El agua olía a estancada. Del camarote salía un haz de luz amarilla. Ted golpeó la puerta siguiendo una contraseña y abrieron desde dentro. Lo primero que vio Blum fue a Cora sentada en un cojín mirándole impaciente desde allí abajo.

—Hola, nena —dijo Blum. Y entró.

Blum hubiera decorado su propia casa-barco de manera similar —alfombras orientales de calidad, asientos cómodos, equipo estéreo, minibar—. Lo único que le pareció extraño fueron tres relojes de cuco que había colgados en la pared sobre un surtido de baratijas del lejano oriente. Formaban parte del negocio, según le explicó el socio de Ted, un tipo moreno y más joven que se llamaba Tim.

—El almacén de nuestras mercancías se encuentra en otro lugar, por supuesto (de hecho desde ayer tenemos dos; la descentralización es a veces más razonable, pero los relojes de cuco tienen un efecto estupendo en algunas negociaciones). Quiero decir que hay gente que simplemente pierde las fuerzas cuando escuchan el cucú cada cuarto de hora, y además lo hacen tres veces seguidas, con un intervalo exacto de diez segundos. Los japoneses se vuelven locos.

—¿Vendéis relojes de cuco a los japoneses en Ámsterdam?

—Ya te había dicho que estos dos eran algo especial —dijo Cora. Blum le dedicó una mirada lúgubre.

—Los relojes de cuco son algo que simplemente nos hemos traído —dijo Ted—. Los fabrican en Kuala Lumpur, viajamos allí con frecuencia. Malasia es prácticamente nuestra segunda patria.

Los dos parecían comerciar con cualquier cosa que resultara excéntrica de alguna manera: relojes de cuco, arpones balleneros, pipas de opio, clips de plata anodizados hechos en Taiwán, mecedoras de Singapur, traducciones del Corán al birmano, restos de temporada de ropa interior, con taras de casas de moda italianas o pilas secas de Uzbequistán. Además, fumaban en una pipa de agua afgana y bebían litros de *bloody mary*. Y después colgaban las casitas de los relojes de cuco y los cucos salían volando en intervalos de diez segundos.

Cora estaba echada como un elemento decorativo entre una vela encendida y una gata dormida, y hacía como si estuviese dibujando. Se le había desconchado aún más el plateado de sus botas de *cowboy*, aunque ahora llevaba una blusa de seda exótica y cara, seguramente del stock de Ted.

Parecía tener mucha confianza con los dos camellos. *Una groupie de camellos*. Blum ya no la despreciaba y eso la ponía nerviosa. La conversación trataba ahora de la cocaína, *peruvian flake*, 96 por ciento.

—Es buen material —concedió Ted, que se acababa de meter una raya y ahora se estaba limpiando la nariz—, pero ahora el mercado es un caos. Eso dificulta un poco las cosas.

—¿Cuánto tienes? —preguntó Tim.

—¿No os lo ha dicho Cora?

—Cora sólo ha dicho que sería una pena si no vinieses.

—Tengo aún unos dos mil cuatrocientos gramos. Si os lo lleváis todo os haré un precio de amigo, por supuesto.

—¿Cuánto querrías entonces por todo?

Blum les dio un precio en florines. Se dio cuenta de que Cora le estaba mirando. Los dos camellos intercambiaron una mirada. Ahora seguro que empezaba otra vez la vieja cantinela de siempre.

—Y tiene que ser en efectivo, chicos. Con estos descuentos, el efectivo es algo irrenunciable. A ser posible en billetes grandes, aunque también aceptaría calderilla.

Los dos soltaron el humo de sus cigarrillos. Los cucos comenzaron su aria. Pero Blum no era un japonés.

—¿No podríais apagar los chismes esos por un rato?

Los desconectaron. Cora dibujaba como si hubiera olvidado lo que ocurría a su alrededor, pero no podía engañar a Blum. La gata se había despertado y se estaba lamiendo las patas. Se trataba de una gata doméstica negra y común, pero tenía una mancha blanca en cada pata y les dedicaba al menos tanta atención como una bailarina de la danza del vientre a su maquillaje.

—Así que si no podéis hacer el trato en efectivo —concluyó Blum—, podéis olvidaros.

—Estoy pensando en el guano —dijo Ted con calma y mirando a Tim.

—Buena idea. Así matamos dos pájaros de un tiro.

Blum carraspeó. Cora dejó de dibujar.

—¿Guano?

—Efectivamente —dijo Tim—. Calculo que con los precios actuales valdrá aproximadamente ciento veinticinco mil florines.

—El único problema es que se encuentra flotando en algún lugar del mar de la China —objetó Ted—, pero se podría hacer de todas maneras.

—Es una cuestión de logística.

—Exacto. ¿Tienes por ahí el último télex?

—Lo tengo en la cabeza. Se dirigían a Macao, con fecha de 17 de marzo; era del capitán Willems, o como quiera que se llame. Es de absoluta confianza, Blum, no tienes que preocuparte de nada. Si Willems te dice por radio que llegará a la hora tal a Macao, puedes confiar en que llegará al segundo.

—Si estás en Macao. ¿Otro *bloody mary*?

Blum tapó su vaso con la mano. No era el momento de andar con bebidas fuertes. Sus venas parecían arder y su voz sonó demasiado alta.

—¿Qué es esto? ¿Queréis pagarme la cocaína con guano?

—¿Sabes cuánto vale medio kilo de guano?

—Saint Laurent te pagará lo que pidas.

—¿Estáis hablando de esos excrementos con los que hacen mascarillas?

—Sólo tendrías que volar allí y coger el cargamento. Te lo entregará Willems, o como quiera que se llame.

—En Macao.

—Creo que no os he oído bien. Me estáis tomando el pelo, ¿no?

La gata dejó de lamerse. Miró a Blum con atención. Cora también había dejado de fingir que sólo se preocupaba de su arte.

—No tienes por qué ponerte así —dijo Ted—. El guano será nuestro en cuanto llegue a Macao. Se trata de una sencilla operación a plazo, ¿entiendes?

—¿Desde cuándo hay que recoger las mercancías en una operación a plazo?

—No te van a engañar —dijo Cora—, puedes confiar en ellos, Blum.

—Igual que puedo confiar en ti, ¿no?

Ella lo miró a la cara y frunció los labios. «Maldita zorra», pensó Blum, pero en ese momento volvió a sentir una punzada en el corazón. Le dio una calada a su cigarrillo. Se le pasó. Siempre se le pasaban, hasta aquella última. Ted carraspeó y la gata volvió a dedicarse a sus patas.

—Sigamos con el negocio —propuso Tim.

—Debemos integrarte a ti y a tu producto en el resto de los tratos que tenemos entre manos —le explicó Ted—. Todos los tratos forman parte de un complejo sistema, como los dientes de un mecanismo que van encajados unos en otros. La cocaína debe integrarse en la maquinaria, como el guano o ese cargamento en barco con los nuevos flexos japoneses que nos ha conseguido nuestro agente en Hong Kong: cuando se enciende la luz se ve a una mujer desnuda y Jane Birkin susurra «*Je t'aime*».

—Eso es viejísimo —dijo Blum—. Ya lo hice popular cuando estaba en el colegio. Y, además, no tengo la menor gana de convertirme en una ruedecita

dentro de vuestra maquinaria.

—Con dos kilos y medio de cocaína no serías precisamente una ruedecita.

—O una gran rueda. No quiero ser ningún tipo de rueda, ¿entendéis? Nunca quise serlo y nunca lo seré...

—Pero lo eres desde hace tiempo. Todos somos ruedas y todos juntos...

—Escucha, muchacho. Yo no. Yo soy mi propio negocio. Es lo que siempre he hecho. Siempre he sido una sociedad de un único miembro. Sin nadie por debajo, nadie por encima ni nadie a mi lado. Sólo yo. Y siempre he salido adelante así. Y en el futuro tampoco pienso cambiar mi sistema, ¿entendido? Nada de comisiones, nada de operaciones a plazo, nada de cheques. Sólo acepto efectivo. Siempre. Como principio. Un método directo. Un camino directo.

—Venga, hombre —dijo Ted—, déjate de ese capitalismo individual, eso es de principios del siglo XVIII...

Miradas de un lado a otro. Entonces habló Cora:

—Y yo que pensaba que te llevarías bien con estos dos. Tú con tus números y tus agentes y las Bahamas...

Blum se puso de pie, se acabó su bebida de un trago y dejó el vaso sobre una pila de números viejos de *Fortune*.

—Tú nunca me has escuchado, Cora. Estabas demasiado ocupada tramando cosas a mis espaldas. Debías proporcionarle información a Hermes. Dile simplemente que aún tengo el material. Yo solo. Blum aún lo tiene y Blum aún piensa venderlo. Al mejor postor. En mano y en efectivo. El método de siempre. Así pues, ya sabéis donde encontrarme.

—En Macao estarías realmente en la gloria, Blum —dijo Ted mientras Tim volvía a activar los relojes de cuco. La gata les había dado la espalda a todos y dormía. Ella también era una sociedad de un único miembro. Blum cerró la puerta tras de sí. Era lo único que podía hacer. Eso y volver a la cocaína, a las habitaciones frías de categoría D y a las noches de lucha contra los cárteles. Uno era lo único que podía ser, y lo hacía y seguía siendo así. Quizá no siempre fuera una sensación agradable, pero era lo único que uno tenía y acababa aceptándolo.

El bar se encontraba en medio del casco histórico. No era precisamente el Pegasus Bar del Phoenicia y tampoco era el bar que Blum abriría cuando hubiese encontrado su isla, pero la cerveza estaba fría y no había gente rara molestando, siempre que uno se ocupara de sus propios asuntos. Se estaba bebiendo su cerveza mientras contemplaba un cartel de circo en la pared sin pensar en nada particular, cuando un tipo con sombrero se abrió paso entre él y los curiosos personajes de la barra. Una mirada fugaz le bastó a Blum para comprender por qué. Aquel hombre, en aquel entorno, era también como los restos de un naufragio con su gabardina raída y su traje de poliéster, su corbata a rayas y sus cincuenta y cinco años de lucha por la supervivencia en el rostro, las ojeras, la verruga en la mejilla, las arrugas de su cuello de pavo. Pero sus ojos seguían buscando y su barbilla mostraba que aún no estaba acabado. «Otro viajante —pensó Blum—, en el largo camino que parte de Solingen, pasa por Stalingrado y acaba en Neheim-Hüsten; pero éste de aquí aún cree en las Bahamas, como yo. Quizá más bien en Ascona». El hombre saludó a Blum con una inclinación de cabeza, se colocó el sombrero dejando ver un pesado sello negro en su dedo y se pidió una ginebra holandesa en el idioma local. Cuando habló con Blum, cambió al alemán. Tenía una voz gris de fumador.

—Un sitio agradable —dijo, y se tomó de un trago su bebida.

—No se puede decir lo contrario —confirmó Blum.

—¿También alemán?

—Ya ve.

El hombre asintió y se pidió otra ginebra.

—¿Usted también?

—No, gracias, prefiero seguir con la cerveza.

—Muy razonable.

—Sí, la cerveza es lo único realmente auténtico.

—La cerveza y el dinero, ¿no?

—Totalmente de acuerdo.

Estuvieron bebiendo durante un rato y después el hombre dijo:

—Bonita ciudad, Ámsterdam.

—Depende —respondió Blum.

—¿Viene aquí a menudo?

—Según cómo vayan los negocios.

—¿Puedo preguntarle qué tipo de negocios?

—Intermediario —concretó Blum.

Una mirada interesada y otra ginebra. Los bebedores viejos ya no se preocupaban de sus hígados.

—Eso es un campo muy amplio —dijo al fin el hombre—. ¿Y en qué actúa de intermediario?

—De lo que salga. Productos químicos e información, sobre todo. Y usted ¿a qué se dedica?

—Compra-venta. Importación-exportación.

—¡Ah! ¿Conoce Fráncfort?

—¿Quién no lo conoce?

Ahora tenían que pasar al asunto real. Ya habían dicho todas las palabras claves. Quizá faltase aún una más.

—Entonces seguro que conoce la ICA, ¿no?

—¿ICA? ¿Qué feria es ésta?

Así que una falsa alarma. Bueno, no se puede ganar siempre. Aunque poco a poco iba siendo hora de encontrar algo real en todo aquel lío, algo como una manzana o un huevo.

—Olvédelo. Lo había leído en una columna.

Una puta con el pelo teñido de azul quiso acercarse al hombre, pero éste la espantó con la mirada.

—La información es para mí algo demasiado amplio, ¿sabe? Prefiero las cosas que se puedan palpar.

—¿Frutas tropicales? ¿Piezas de recambio? ¿Bolsas de plástico?

—Algo así. Depende precisamente de qué haya en las bolsas.

Aquéllos eran los mismos ojos que habían espantado a la puta, aunque ahora mostraban la inocencia de un ángel. «Cuidado, Blum».

—En la mayoría de las bolsas de plástico hay productos químicos.

—Usted lo ha dicho.

—Aunque en la actualidad la química no tiene muy buena prensa.

—Mire, en mi negocio la prensa sólo sirve para envolver los productos. Y con prejuicios uno no llega a viejo en nuestro negocio, ¿tengo razón?

—Efectivamente, es lo mismo que digo yo siempre. Vamos, tómese otra ginebra.

—Con mucho gusto. Pero propongo que vayamos a algún otro lugar, un sitio algo más... cómodo. ¿Le parece?

«Tenía razón —pensó Blum—. En este rincón de mala muerte no puedo venirle con dos kilos y medio de cocaína. Aquí hasta los culos oyen y seguro que alguno de los pájaros que hay puede llegar a cantar algo más que arias de Verdi o *Stranger in the night*. Por otro lado, si este tipo no trabaja para Hackensack, sólo puede ser policía». Blum se acabó su cerveza. Miró de nuevo a su alrededor, pero lo que vio no ofrecía ninguna alternativa. Quizá lo que contemplaba era eso que los publicistas llaman «el mundo de la droga», la puta de pelo azul que probaba suerte con dos marineros americanos; la hermafrodita china que se humedecía la coleta con la lengua y mostraba en sus ojos mil años de tortura; los jóvenes vestidos de cuero que se vanagloriaban del número de policías a los que se tirarían la próxima vez; las etéreas gogós de discoteca, estrellas en un cielo en el que ya no brilla el sol de forma natural, y los curiosos de las esquinas. En cualquier caso no era el mundo de Blum. Nunca había pertenecido a aquel mundillo y, por extraño que parezca, con dos kilos y medio de cocaína aún formaba menos parte de él. En aquel momento hubiese dado cualquier cosa por saber cuál era su sitio; pero como nadie podía decírselo, pagó su cerveza y siguió al hombre del sombrero y la verruga y la importación-exportación, y salieron.

—¿Qué clase de tipo es? —preguntó Cora. Estaba sentada a horcajadas en la única silla que el hotel Roder Leeuw proporcionaba a los clientes de sus habitaciones individuales y miraba cómo Blum hacía la maleta. La verdad es que ya no tenía demasiado que llevarse, aunque Blum mostraba un notorio talento en lograr que guardar un par de calcetines y un cepillo de dientes se convirtiera en una compleja ceremonia.

—Un pequeño hombre de negocios —dijo tras una breve reflexión—. Un solitario, como yo. Sombrero gris, traje gris, voz gris. Importación-exportación.

—Alguien así no compra de buenas a primeras dos kilos y medio de coca, ni a ti ni a mí. Algo así no existe. Y en un bar...

—En la barra, sí. ¿Ves? Para ti la palabra cocaína tiene un significado completamente distinto que para esta gente. Tú, por supuesto, lo ves como algo exótico, mágico, místico, un regalo de los dioses, nieve, la dama blanca y cosas así. No te digo que sea una visión completamente errónea. Pero para la gente de negocios normal, la cocaína es un producto como cualquier otro. Ilegal, ¿pero qué importancia tiene eso hoy en día? A cambio, ofrece mayores beneficios que los cordones o los clips. Es sólo un buen negocio.

—La gente de negocios normal no trafica con coca, Blum.

—¿Qué entiendes por normal? Estos tiempos son anormales y no puedes esperar de los hombres de negocios sencillos que sean precisamente ellos los únicos que se mantengan en los cauces habituales: que vendan clips, comida deshidratada o cámaras de aire para bicicletas. Piensa en tus amigos Ted y Tom.

—Tim. Ted y Tim.

—Sí, lo que yo decía... —Pero ellos son excéntricos, hacen eso por amor al arte—. No toda la gente que lleva un traje gris es un pusilánime y un inútil, Cora, y además eso que dices de que tus amigos sólo hacen sus negocios por diversión, me parece una broma.

—No he dicho eso. Pero tú no los conoces. Tampoco quisiste conocerlos. Simplemente te largaste al ver que no todo iba como tú querías: efectivo sobre la mesa y adiós muy buenas.

—Lo tomas o lo dejas, es lo que siempre digo. —Pero últimamente has tenido que dejar demasiadas cosas. ¿Has terminado al fin de hacer la maleta?

—Un poco de calma, pequeña. ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Echar un polvo?

—A veces me das ganas de vomitar, Blum. Pero de alguna manera, también me gustas a pesar de todo. Y no te he traicionado. No te he vendido a nadie. No sé por qué te largaste de repente de la casa de James, pero tú nunca te quedas a que te expliquen las cosas. Sólo haciendo las maletas te tomas tu tiempo. Y ahora viene este supuesto hombre de negocios. Casi puedo verlo: te enseñó un par de billetes y tú le dijiste a todo sí y amén. Y después te sentirás ofendido cuando resulte que es un poli. ¿No se te ha pasado por la cabeza?

—Tú me crees demasiado inocentón, niña.

—Y no me llames niña todo el rato.

—¿Y qué quieres que te diga? Tampoco te gusta que te llame nena...

—Eres tonto. Nena, niña... ¿Acaso aún no te has dado cuenta de que soy una mujer?

—No estarás perdiendo el sentido del humor, ¿verdad?

Eso por el «dejar demasiadas cosas». Se quitó los botines y los sostuvo a la luz. Era casi mediodía y unos rayos de sol primaveral se aferraban a un lado del tejado. Cora ya llevaba una hora allí y él aún no sabía por qué. Humedeció una toalla con agua caliente y frotó los botines hasta dejarlos limpios. Cora fumaba y lo observaba.

—Bueno, entonces ninguno de los dos es un inocentón y tampoco nos ha abandonado el sentido del humor. El tipo no es poli, Cora. Es un negociante que se ha arruinado diez veces; él mismo me ha dicho que no conseguirá su mansión en Ascona por la vía legal, así que optó por las drogas, con las que quizá le vaya mejor que con la venta de coches de segunda mano o con los productos de limpieza. Hay montones de personas como él. No todos empiezan traficando con estupefacientes, pero en algún momento acaban pensando en ello. Ya no es el negocio exclusivo que era hace diez o veinte años, con toda aquella apariencia sacrosanta. Sólo conserva esa aura sagrada para los pobres demonios que destrozan sus vidas metiéndose de todo.

—A veces tú también hablas como un poli. ¿Están ya limpios los botines?

—Si alguien es un poli aquí, ese alguien eres tú, Cora. Hace falta mucha mentalidad de poli para liarse conmigo y espiarme. ¿Y para quién? Para un

experto en drogas como Hermes. ¿O acaso él también trabaja sólo por amor al arte? ¿Y quién puede asegurar que los polis no te han encargado que vigiles a Hermes? ¿Dónde llevas la placa, Cora? ¿Escondida en algún diente?

Su rostro se puso rígido. Dos lágrimas se resbalaron por sus mejillas teñidas de tinta china. Trazaban dos finas líneas sobre su piel. Clavaba los ojos en él y sus manos se aferraban al respaldo de la silla, marcándole los huesos en blanco. Blum apartó la vista y recogió sus botines. Cuando volvió a mirar al frente, ella estaba estirando los brazos hacia él.

—Ayúdame, Blum.

Blum se quedó sentado.

—¡Ayúdame, idiota! Se me han dormido las piernas. ¡No puedo levantarme! ¡Blum!

Él la levantó, la silla se volcó y, por supuesto, ella acabó en sus brazos. «Se te han dormido las piernas, sí, seguro». Apretó su cuerpo contra él, temblorosa, cálida, sus cabellos rubios ceniza parecían crepitar. Entonces se echaron en la cama; él debajo, ella sobre él con los ojos cerrados como un paracaidista que saltara de un avión. Pero Blum no era ninguna nube y se negaba a ser la pradera sobre la que debía aterrizar aquella dominadora de las alturas.

—Tengo que irme, Cora. En serio, ahora no puede ser.

—Una vez quisiste que siguiéramos juntos.

—Eso fue antes de saber cuál era tu trabajo.

—¿No crees que simplificas mucho las cosas?

—¿Eso parezco? ¿Parece que las cosas hayan sido simples para mí alguna vez? En una hora cerraré al fin el trato (lo único a lo que me arriesgo es a pasar unos añitos en la cárcel o a que me peguen un tiro) y aquí estoy yo, contigo en una cama que se romperá de un momento a otro, y tú me vienes con tus mentiras sobre una vida común y me dices que simplifico porque no me las creo.

—Hermes me tenía en sus manos. Tenía una deuda con él. Y le dije que no tenías nada. Yo...

—Porque tú también la querías. Tú y tu fantástico fotógrafo de moda, queríais quedárosela vosotros, los dos kilos y medio. Por eso no le dijiste nada a Hermes.

—¡Qué inocente eres! Si hubiese querido tu coca, la hubiese conseguido hace mucho. ¿Crees que no supe todo el tiempo dónde escondías la llave de la consigna? ¿Crees que hubiese necesitado a alguien como James para hacerme

con ella? Pobre loco, has estado pensando todo este tiempo que todos nosotros íbamos detrás de tus gramitos de *peruvian flake*...

—Y así es, reconócelo. Entiende de una vez que ya no tiene sentido intentar engatusarme.

—¿Es eso lo que crees? ¿Nunca ha habido otra cosa entre nosotros?

—Ya no lo creo, Cora. Ya no creo en nosotros.

—Yo te necesito, Blum.

—Tú estás loca. No necesitas a ningún desesperado de mala vida con entradas y un maletín lleno de cocaína robada.

En algún momento, hasta los más duros acaban cediendo. Se pintó sus carnosos labios de rosa y se puso su abrigo de piel sintética. Después sacó una hoja de papel de su bolso, la puso sobre el lavabo, lo miró otra vez a través de un mechón de sus cabellos rubios ceniza y ante sus ojos grises, y desapareció. Blum se quedó mirando la puerta. Una chica de lo más raro esta Cora... Al principio uno siempre veía en este tipo de chicas la materialización de un sueño; después se daba cuenta de que ellas actuaban en una obra propia. Pero la vida rara vez daba los mejores papeles. Cogió la hoja de papel. Era un dibujo de líneas suaves hecho con lápices de colores. Aparecía Blum mezclando cócteles con una camisa hawaiana en su bar junto al puerto; incluso había dibujado el toldo. Sobre la puerta ponía «Bahamas-Bar»; un papagayo estaba posado sobre la barra entre la máquina de cacahuets y el barrilito de ron. Era tal como Blum se lo había imaginado. Y también se veía a Cora, que estaba bajando al bar por unos escalones y le saludaba, y todos los bebedores que estaban junto a la barra levantaban la cabeza, y Blum —el Blum que miraba el dibujo— reconoció en sus rostros a todos aquéllos de los que había huido.

—¿Y tú? Tú crees que puedes conseguirlo solo. Pero sabes que no lo lograrás sin ayuda. Déjame intentarlo al menos. Juntos tenemos una oportunidad.

—No, juntos no. Juntos tenemos aún menos posibilidades que yo solo. Y además no me gusta compartir, ni los beneficios ni los gastos.

—¿Es tu última palabra?

—No estamos en un escenario. Cora.

—¿Tienes que hacer siempre que todo parezca una broma?

—No creo que tu papel en este asunto haya sido especialmente gracioso. Pero al final creo que también me reiré cuando lo recuerde.

—No te he traicionado, Blum.

—Es posible. Pero ése era tu papel.

—Te lo he dicho, Hermes...

—Cora, ahora no quiero volver a oír tu historia. Cuando aún quería escucharla me dijiste que no había ninguna historia que contar, que no tenías ninguna. Y ahora ya no tengo ganas de oírla. Y tampoco tengo tiempo.

—Tú nunca tienes tiempo. Siempre tomas el camino fácil, Blum. Cuando las cosas se ponen serias, tú simplemente desapareces. También dejaste tirado a tu mister Haq. Blum el Rápido, siempre de un compromiso a otro. ¿Recuerdas cuando te dije en Fráncfort que deberías olvidarte de la coca y dejarla en la consigna? Hay personas a las que la coca las hace polvo si toman demasiada. Y hay otras a las que a hace polvo sólo con venderla.

—Y tú dices que tomo el camino fácil. Bueno, Cora, ahora tengo que irme, de veras.

Ella no hizo intención de levantarse, así que Blum se levantó solo. Ella se limitaba a mirarlo.

—Blum, simplemente Blum. Sin nombre de pila. Pero te falta mucho más que un mero nombre de pila.

—Tengo nombre y por lo demás no me falta nada. Si acaso un poco de dinero, como a la mayoría de la gente. Venga, vámonos, Cora.

Blum pagó y bajó del taxi. Una excursión de colegio salía del zoo. El profesor les pedía que se dieran prisa, porque estaba empezando a llover de nuevo. Había estado lloviendo intermitentemente durante toda la mañana. En algún lugar de las instalaciones se oyó a un pavo, otro respondió. Del viento llegaba una brisa fría. Un hombre mayor con una boina y un abrigo oscuro se encontraba en las taquillas, delante de Blum. La taquillera parecía conocerlo, estaban manteniendo una pequeña conversación. Un viejo cliente. «Paciencia —se dijo Blum a sí mismo y encendió otro HB—, sobre todo no hay que llamar la atención ahora». Al final, él también tuvo ocasión de soltar los florines que costaba la entrada. El tipo de la boina desapareció en la casa de los reptiles. Blum siguió andando pasando junto a las jaulas de los felinos. Llovía con más fuerza. La humedad hacía brillar el maletín con la coca. Blum miró la hora. Puntual como un reloj suizo y todo eso a pesar del encuentro con Cora. Llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo de la chaqueta.

Un javanés lleno de cadenas de oro fotografiaba delante de la jaula de los elefantes a su novia holandesa, una chica rubia y tímida de barbilla prominente. «Seguro que en la cama es la bomba», pensó Blum. Sus pasos eran más y más lentos. Cada vez resultaba más difícil ignorar el simbolismo: tráfico de drogas en el zoo y ante las jaulas de los animales presos le estaban preparando una trampa a él. De todas maneras el cliente quería encontrarse con él en el Rijksmuseum; lo del zoo había sido idea de Blum. Allí estaba el tipo, ante la jaula de los pájaros. «Mira tú por dónde —pensó Blum—, tiene tanto miedo como yo». Llevaba el sombrero casi sobre la coronilla, se había aflojado la corbata y las gafas oscuras le daban un aspecto ridículo. Pero había conseguido el mismo maletín. Dos chicas admiraban las águilas; un indio con turbante hablaba con un indio sin turbante; por lo demás, no se veía a nadie exceptuando a un empleado que llevaba una carretilla llena de desperdicios.

—Aquí está —dijo el cliente con tantos carraspeos que Blum apenas pudo entenderle.

—Casi no le había reconocido con las gafas —dijo Blum.

—Ah, las gafas. ¿Cree que llaman demasiado la atención?

—Eso es algo que debe juzgar usted.

—Entonces me las dejaré puestas. ¿Y en el maletín...?

—Sí, está dentro. ¿Tiene el dinero?

—Esa sí que es buena. ¿Qué se había creído? ¿Que vendría con billetes del Monopoly?

—Entonces, muéstremelo.

—¿No es mejor que nos vayamos a otro sitio?

Caminaron un poco y encontraron un banco, pero los indios los siguieron. Se quedaron de pie ante el banco. Los indios también se detuvieron mientras gesticulaban enérgicamente.

—Quizá parezca algo raro si nos sentamos en un banco bajo la lluvia. En el Rijksmuseum esto no nos hubiese pasado.

—Allí hay demasiada gente —adujo Blum.

—¡Pero aquí nos vamos a poner pingando!

—¿Tiene alguna idea mejor?

—Podemos ir a la casa de los monos, allí estaremos a cubierto.

—Pero también es el lugar donde hay más gente...

—Bah, unos cuantos niños de colegio no nos molestarán.

—¿Le gustan los monos?

—He oído que los gorilas de aquí son realmente enormes.

«Así que ahí está la trampa —pensó Blum—. En la casa de los monos. No sólo es sospechoso, sino que incluso resulta de mal gusto. Si ese tipo era un delincuente a los cincuenta, ¿por qué tiene que convertirse en un delincuente con mal gusto a los cincuenta y cinco?».

Asintió.

—También me queda algo para los gorilas. —Se dirigieron a la casa de los monos. Blum volvió la vista atrás. Los indios se estaban acomodando en el banco. Cada uno con lo suyo. Una pareja con cazadoras de cuero y vaqueros azules desapareció en la casa de los monos. Blum se detuvo.

—Qué mala suerte. Esa gente me conoce. Del hotel. No sería inteligente hacerlo allí dentro.

El cliente miró hacia el interior preocupado.

—¿Y qué propone?

—Vayamos a la casa de los felinos.

—De ninguna manera. No puedo soportar el olor.

—Ahora escuche, ¿no le empieza a parecer ridículo todo esto? Estamos haciendo un negocio de cincuenta mil marcos y usted se enfada por el olor de los tigres.

—Esta idea del zoo me desagradó desde el principio.

—Entonces vayamos a la casa de los reptiles.

—¿Y por qué no nos metemos simplemente en la cafetería?

—Piense un poco, hombre. ¡En la cafetería! ¿Cuántos testigos quiere tener?

—En la habitación de mi hotel no hubiésemos tenido ningún testigo.

—Sólo tres gorilas que me darían una paliza.

—Su desconfianza no facilita las cosas.

—Nos vamos a la casa de los reptiles. ¿O es que tiene algo en contra de los cocodrilos? ¿Sabía usted que los cocodrilos existen desde hace dieciocho millones de años? Ya han visto suficiente. No creo que les importe nuestro pequeño intercambio.

El cliente parecía muy alarmado. Sujetaba con fuerza su maletín con una mano y con la otra las gafas oscuras, que se le habían resbalado de la nariz.

—Usted me oculta algo. La casa de los reptiles. ¿Por qué precisamente en la casa de los reptiles? ¿Ha colocado allí a sus amigos? ¿Quiere robarme el dinero?

—¿Y *usted* habla de desconfianza? Padece de manía persecutoria. ¿Cómo puedo saber yo que realmente lleva el dinero en el maletín?

—¿Y cómo puedo saber yo que usted lleva la... la sustancia en el maletín?

—Pues vayamos de una vez a la casa de los reptiles y lo verá. Fíjese en la que está cayendo. ¡Estamos haciendo el ridículo! Usted puede llevar mi maletín, yo el suyo y, si todo está en orden, no tiene por qué volver al zoo en su vida.

—Es algo inaudito, ¡hacer negocios en el zoo!

—Siempre hay una primera vez para todo. Venga, vámonos. Llevamos demasiado tiempo delante de esta maldita casa de monos.

Los nervios hacían sudar al cliente.

—Pero antes quiero echarle un vistazo a la casa de los reptiles —dijo—. Comprenderá que tengo que asegurarme.

«Pobre diablo —pensó Blum—, se está volviendo loco. Bueno, es algo normal. Déjale. O tiene la pasta y entonces puedes esperar unos momentos, o no la tiene y entonces ya da todo igual».

—Bien, le doy cinco minutos, después entraré yo.

El cliente asintió, se colocó las gafas e hizo el camino de vuelta a toda velocidad hacia la casa de los reptiles, pasando junto a los felinos. Blum lo siguió con calma y con un HB en la mano al que le pegaba largas caladas de vez en cuando. El javanés estaba retratando ahora a su novia delante de los flamencos. Bajo la lluvia y con la luz crepuscular parecía ser lo único realmente exótico que había en aquella jaula oscura y llena de bestias de la selva virgen. Pero Blum sólo tenía que mirar a su maletín para saber que nada podía ser más exótico que un hombre de unos cuarenta años con una chaqueta bléiser empapada que se dirigía a la casa de los reptiles del zoo de Ámsterdam con dos kilos y medio de cocaína en botes de espuma de afeitar para salir al fin de pobre. Bueno, exceptuando a su cliente; un hombre de cincuenta y cinco con un traje barato y gafas oscuras que buscaba sicarios escondidos en la casa de los reptiles.

Un puma de los andes se encontraba echado en la esquina de una estrecha jaula, pero cuando Blum se detuvo ante los barrotes, se levantó y miró a su alrededor como si estuviera buscando por dónde escapar. ¿Casualidad? En este juego no había casualidades. Miró el reloj. Tal vez sólo hubiesen pasado dos minutos pero ya le daba igual, no podía esperar por más tiempo.

Una excursión escolar salía en tropel de la casa de los reptiles y Blum necesitó un rato hasta que pudo atravesar la entrada de aquel edificio bajo y alargado. A un lado estaban los reptiles tras un cristal; en el otro, tras barrotes, los tanques cubiertos de una bruma maloliente y pegajosa debían simular el ambiente de los bancos del Nilo y los pantanos de los caimanes. No se veía al cliente por ningún sitio. La casa de los reptiles estaba vacía, con la única excepción del hombre de la boina que había pasado tanto tiempo en la taquilla. Un fan de los cocodrilos. Estaba de pie ante el tanque donde se encontraban los animales más grandes. Blum también fue allí. El hedor era insoportable. Quizá el viejo estaba haciendo una cura de rejuvenecimiento en clima pantanoso, porque ahora ya no parecía tan mayor. Blum se puso a hablar con él en inglés.

—¿Ha visto a un hombre con sombrero? Ha tenido que estar aquí hace un momento.

El hombre miró brevemente a Blum, pero no dijo nada.

—Es un conocido mío, ¿entiende? Habíamos quedado aquí.

El hombre le dedicó una mirada fugaz al maletín de Blum y le respondió, también en inglés:

—Había un hombre al que, por lo que parece, el aire de aquí no le sienta bien.

Sonrió.

—Les pasa a algunas personas.

La sonrisa desapareció.

—Comenzó a tambalearse. Fue algo muy lamentable. Había niños delante. Lo han sacado de aquí.

—Creo que está mintiendo —dijo Blum.

El hombre se encogió de hombros.

—¿A mí qué me importan sus conocidos? Yo vengo aquí por los animales.

Le dio la espalda a Blum y continuó lentamente su camino. Blum se le quedó mirando, luego se fijó en el tanque de los cocodrilos. Algunos se revolcaban en las cenagosas aguas, otros permanecían tumbados en la orilla, arrastrándose unos sobre otros, abriendo sus fauces, observando inmóviles, esperando —pero era una espera que no sabía de tiempo, una espera de dieciocho millones de años—. Blum se dio la vuelta y abandonó la casa de los reptiles.

La lluvia había cesado de repente. Incluso el cielo se había aclarado. En el kiosco que había junto a la salida se encontraba el javanés comprándole un tigre de peluche a su novia de recuerdo. Blum se abrió paso a través el torniquete. Un hombre se acercó a él. Volvió la sensación de pánico. La Policía...

—¿Mister Blum? Me han encargado que le entregue esto.

Le puso un sobre en la mano y un instante después ya había desaparecido. Blum no hubiera podido decir qué aspecto tenía. Abrió el sobre.

Le espero mañana a las 20 h - Roxy Bar Ostende
Con mis mejores deseos, Harry W Hackensack

Cuando el tren llegó a Bélgica, Blum cogió aire. Ya había tenido suficiente Holanda por el momento. Incluso las vacas tenían un aspecto normal en Bélgica. Las pequeñas estaciones de tren rurales con sus anuncios oxidados de cerveza Stella Artois y las cafeterías de ladrillo tiznadas de hollín, los pueblos ferroviarios junto a los canales donde pescaban los niños y los gansos que marchaban a través de la mullida hierba, el humo que salía de fábricas que deberían derribar, un humo que se mezclaba con la suave luz gris conformando un velo nebuloso —es cierto que no era Miami, Maracaibo o Macao, pero, tras toda aquella locura, eso era lo que Blum más necesitaba. Tranquilidad.

El único viajero que compartía departamento con él parecía sentir lo mismo, ya que, una vez cruzaron la frontera, se quitó su impermeable de plástico azul y dejó a un lado el libro en cuya lectura había estado ensimismado desde que salieron de Ámsterdam. Después sacó un pañuelo blanquísimo del bolsillo interior de su chaqueta, limpió cuidadosamente sus gafas sin montura y habló con Blum en un tono lleno de recogimiento. Blum se encogió de hombros.

—Lo siento, no hablo flamenco.

—¡Ah, usted es alemán! Me alegro mucho de conocerle, por supuesto.

—¿Por qué «por supuesto»?

—Los alemanes han hecho tanto por propagar la palabra del señor... ¿Le duelen las muelas, señor?

—Sí, me ha entrado de repente, como si me estuvieran hurgando en las encías con un punzón de picar hielo.

—Bueno, no soy dentista ni puedo procurarle tratamiento médico, pero puedo rezar por usted.

—Eso sería pedirle demasiado.

—¿Por qué? La oración es el campo de fuerza que nos conecta con la misericordia divina. Como nos enseñó Duncan Campbell, la oración es lo que nos lleva a la curación.

—¿Cómo dice que se llama ese hombre?

—Era nuestro maestro, Duncan Campbell, el gran predicador escocés, señor...

—Schmidt —respondió Blum.

Aquel tipo tenía una cabeza demasiado grande para su pequeño y delgado cuerpo, que estaba embutido en una sotana negra bajo la que llevaba un jersey negro que dejaba a la vista el cuello blanco de su camisa. En el rostro tampoco tenía ni un gramo de grasa, pero en sus duros ojos azules y en su estrecha boca yacía una enorme energía. Estiró una mano huesuda.

—Y yo soy el hermano Norman.

Su apretón de manos fue como un cepo de acero. «Estos locos son una plaga. Ahora voy y me encuentro con un pope».

—¿Dónde ha aprendido alemán?

—Oh, he tenido muchas ocasiones de hablarlo. Y en Alemania tenemos una comunidad muy grande.

—Entiendo. ¿De qué iglesia se trata, si me permite la pregunta?

—De la iglesia de la oración, señor Schmidt. Como nos enseñó Duncan Campbell, la oración es un campo de fuerza que unifica y que elimina todas las barreras que han mantenido separados a los seres humanos durante tanto tiempo. Voy a mirar en mi maleta a ver si tengo una edición en alemán de nuestro pequeño escrito de presentación.

—Oh, por favor, no se moleste. ¿Sabe? Viajo con poco equipaje.

—Pero aún tendrá sitio en su maletín para un folleto, ¿no, señor Schmidt?

¿Acaso su mirada no había sido un poco agresiva? Daba igual. El tren circulaba ya por los alrededores de Amberes, donde Blum tenía que hacer trasbordo.

—Fíjese, se me ha pasado el dolor de muelas. Así que al final sí que me ha ayudado. Me alegro de haberle conocido, hermano Norbert.

—Norman. ¿Se baja aquí?

—Sí, quiero ver Amberes.

—¿Y después adónde irá, señor Schmidt?

—Bueno, estoy de vacaciones. Iré a la playa. ¡Adiós!

Blum saltó del tren y caminó deprisa, dando largas zancadas hasta entrar en la cafetería de la estación. Se pidió unos sándwiches y un café. A esa hora, dos semanas antes, había ido con el australiano a Bahía de San Pablo. *Verbum dei caro factum est*. «Es extraño, la religión persigue a uno a donde quiera que vaya, está mezclada en todo». Sacó la stampa de María del bolsillo de arriba. Estaba algo húmeda y olía ligeramente a moho. *Madonna salvani*. Al

menos había conservado la imagen hasta entonces. Era más de lo que se podía decir de algunas personas. Se guardó la estampa y le dio unas palmaditas cariñosas al maletín. «Tú estarás pronto en el lugar correcto, *baby*. Blum cuidará de ti. Pronto lo habremos logrado». Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre.

Mientras se encaminaba hacia el tren que iba a Ostende, vio al hermano Norman remoloneando en el andén siguiente. «Búscate a otro al que puedas evangelizar». Se fue al comienzo del tren y se acomodó en el vagón de primera clase.

Durante el viaje por Flandes el cielo se fue oscureciendo cada vez más. En Ostende soplaban un fuerte viento, con lluvias y algunos rayos de sol sobre el mar. Blum dejó la maleta en consigna. Ahora volvía a tener un resguardo. Se lo guardó en la cartera junto a la imagen de la Virgen. Un ferry de Sealink abandonaba el dique en aquel mismo momento. La brisa marina refrescó a Blum. Caminó dejando los diques atrás en dirección al muelle de los pescadores, que enlazaba con el paseo marítimo. Tras él se hallaba el casco antiguo.

En las tabernas olía a pescado asado y a patatas fritas. Ante la tienda de recuerdos había varios turistas que se agarraban con fuerza a sus paraguas y calculaban cuántos marcos o libras supondrían los precios en francos. Blum decidió no permitir que le pagaran en francos belgas bajo ningún concepto. Era imposible librarse de ellos, con suerte podría soltarlos en algún casino. Una placa anunciaba una actuación de Shirley Bassey, y otra una conferencia sobre el triángulo de las Bermudas. Blum se sintió casi como en casa. De repente cayó un chaparrón. Unos perros negros corrían a toda velocidad por la playa vacía. Había bajado la marea. Era el momento perfecto para tomarse una copa. Además, ahí estaba ya el Roxy-Bar. Unas luces de neón rojizas prometían REAL ENTERTAINMENT. No eran más que las cinco y media, pero las propuestas de ese tipo siempre atraían a Blum.

El Roxy-Bar resultó ser un sórdido local de alterne. Unas lámparas mortecinas iluminaban una sala con forma de tubo. Junto a la entrada había una especie de bar; a ambos lados del tubo había departamentos con mesas de formica, bancos de madera con cojines desgastados, lamparitas con pantallas de plástico. En las paredes, tapizadas de color rojo fresa pop, había fotos *de pin-ups* llenas de polvo; al final del tubo había un pequeño escenario con un piano viejo, y Blum dudaba de si las dos mujeres con delantal y gorro que fregaban el suelo eran parte del *real entertainment* o del servicio de limpieza. En algunos departamentos estaban sentados algunos viajeros borrachos y algunos marineros, descontentos con su destino o con las chicas que dormían con los ojos abiertos o que contaban chistes con voz atronadora. De la gramola salía un viejo clásico y olía como una sala de espera de segunda clase.

Blum se dirigió a un hombre de pelo gris con una sucia chaqueta de camarero que se encontraba detrás de la barra y que contaba los tickets de caja. Una larga cicatriz negra adornaba su anodino rostro. Una mujer de cincuenta y tantos lo miraba con desconfianza. Llevaba pinturas de guerra, tenía una gruesa hilera de perlas alrededor del cuello y una peluca rojo tiziano sobre la cabeza. Sus dedos rechonchos con anillos de colores y uñas de punta jugueteaban con un vaso de cola lleno en su tercera parte con un líquido que parecía una mezcla de Pernod y licor de huevo.

—Perdone —dijo Blum—, he oído que aquí tenían el mejor show de Ostende.

El barman levantó la vista de los tickets de caja. Se acababa de afeitar, pero se había cortado junto al labio superior y había olvidado quitarse la postilla. Inspeccionó a Blum y lo que vio pareció gustarle, ya que mostró los restos de sus dientes parduzcos, pero antes de que pudiera decir algo, la rojo tiziano le puso la mano sobre el brazo y se dirigió a Blum con una voz sorprendentemente dulce y melódica en la que se reconocía que había sido cantante de academia.

—Nos halaga, mister. Pero cuando alguien hace un cumplido tan hermoso como el suyo, no suele ser buena señal. ¿Puedo preguntarle quién le ha dicho eso?

—Un amigo.

—Ah, un amigo. ¿Y conocemos nosotros a su amigo?

Blum describió a Hackensack.

—Y siempre lleva sombreros de colores y bebe burbon como si fuera agua.

—No, no caigo. La mayoría de los americanos llevan ropa rara y todos beben licores como si fuera agua.

—Quizás aún tenga oportunidad de conocerlo. Hemos quedado aquí esta noche. ¿Puede reservarnos una mesa?

Soltó al barman y le dio una palmadita en la espalda. El camarero estaba radiante de felicidad.

—¡Ponle algo de beber al señor, Joseph! ¿Qué desea? ¿Es usted también americano?

—¿También llevo ropa rara?

—Algo ligera para nuestro clima.

—Oh, a mí no me afecta. Soy alemán. Póngame una cerveza.

—¡Joseph, una cerveza! ¡Alemana!

—Se nos acabó ayer.

—La belga también me gusta.

—Bien entonces. Pero si quiere reservar una mesa tiene que reservar también dos chicas. Las mesas son sólo para estar con las chicas.

—Entiendo. ¿Habrá espectáculo también esta noche?

—Tenemos dos *shows* cada noche, a las nueve y a las once.

—Entonces resérveme una mesa para los dos *shows*.

Puso un billete sobre la barra. Ella lo cogió y le dedicó una mirada extraña.

—No nos causará problemas, ¿verdad?

—Madame, «problemas» es una palabra que no entra en mi vocabulario.

—Bien, cuando entró por la puerta me dio esa sensación.

Joseph había abierto la botella de cerveza y la madame le llenó el vaso a Blum hasta la mitad.

—No obstante a mí ya no me importa —explicó mientras brindaba con Blum—, los problemas pueden resultar entretenidos. ¡A su salud, señor mío!

—¡A la suya, madame!

Bebieron y entonces ella le dijo:

—¿Por qué no se coge una mesa ya? Quizá más tarde esté esto tan lleno que andemos un poco escasos de chicas. A no ser que esté pensando tan sólo en sus negocios, algo muy común. Vamos, es mejor divertirse antes, quién sabe qué pasará después. Mi marido... sólo Dios sabe lo que sufrí con él. Pero hay que decir que nunca dejaba pasar la ocasión de mostrarle a las mujeres que ellas valían más que todos los negocios juntos. Bueno, ¿qué decide? ¿Cogerá una mesa ahora?

Blum miró disimuladamente a los lúgubres departamentos; las nubes de humo que no podían escapar por ningún sitio, las risas de cerveza, los borrachos vocingleros. En comparación, el Playgirl, aquel lugar donde las cucarachas follaban en la *jukebox*, era un local con clase. Por otro lado, no tenía ganas de pasearse por la ciudad; la lluvia golpeaba la puerta y allí al menos no hacía frío.

—Además le mandaré una de las mejores chicas —añadió la madame sirviéndole algo más de cerveza en el vaso—, algo muy especial. Diviértase un poco, quién sabe cuándo volverá a tener ocasión.

—De acuerdo —cedió Blum—, algo de diversión no me hará daño. Pero si llega el americano, dígamelo.

Le guiñó un ojo y ella le sonrió en respuesta. Apenas se había sentado junto a una mesa cuando llegó una euroasiática con una cerveza fría para él y algo que parecía limonada para ella. «Parece que le caigo bien a la madame», pensó Blum. Mona, como se llamaba la euroasiática, era medio china, medio francesa y su rostro, ajado por el alcohol, mostraba aún huellas de una belleza animal. Su piel aceitunada brillaba como la cera. Sus labios carnosos, que hubieran cuadrado en el rostro de una negra, le hacían olvidar por completo los de Cora. Llevaba el pelo moreno muy corto, de forma que parecía que se había puesto un gorro de baño sobre el cráneo liso. Su figura regordeta estaba embutida en un traje de chaqueta pantalón verde con perlas rojas de cristal cosidas. Incluso la bárbara joyería que llevaba en sus cortos dedos le gustó a Blum. Gobernaba sus dominios, desde el banco de madera, un demonio chino para turistas que bebía «cóctel de Sherry» con pajita y que se limpiaba las uñas con un palillo mientras que Blum comenzaba a sudar. La puta de Babilonia, la patrona de los puertos. *Madonna berikni u salvani*. En 14 días, de La Valeta a Ostende; de Helga, la esposa del dentista, a aquella Mona de importación; de una maleta con revistas porno a un maletín con cocaína. Pero las maletas no eran importantes, quizá resultaban incluso una molestia; tal vez uno que fuese a cumplir los cuarenta al día siguiente debiera viajar de allí en adelante sin equipaje. En el Roxy-Bar había una soledad fantasmal y en los

ojos de la euroasiática yacía algo que produjo a Blum un escalofrío por la espalda: el gran agujero, la nada. Le preguntó de dónde era.

—Saigón —respondió y le miró desafiante—. Pero mi padre gran general en China, vuelve a Shanghai para salvar patria, lo cogen preso, siempre en cárcel. Si tengo mucho dinero, yo liberarle.

—Quizá te ayude a hacerlo —dijo Blum.

—¿Tú? ¿Por qué tú?

—Bueno, quizá porque a mí también me gustaría que alguien me sacara de prisión.

—¿Por qué tú prisión?

Sonrió, se secó el sudor y le dio un trago a la cerveza.

—Todos estamos en el filo de la navaja.

—¿Sí?

—Quiero decir que todos podemos acabar pisando mierda en cualquier momento. Bang, y de pronto te encierran por diez años. Creo que no me importaría que hubiera alguien afuera que quisiera sacarme.

—Pero mi padre general, en cárcel por China.

—Tras treinta años, ¿no da todo eso igual?

A Mona no le daba igual. En comparación con su padre el general, todos los otros que debían ir a prisión quedaban en muy mal lugar. Blum intentó imaginarse a la hija de Hermes —si es que era realmente su hija hablando bien de su padre con algún cliente en Hamburgo o Marsella, dentro de veinte años. Le resultaría difícil decir que está en la cárcel por haber luchado por Alemania. Además, es muy raro que la gente como Hermes acabe en prisión. No sólo tenían números de cuenta, sino también rutas de escape.

—¿En qué piensas, Bulum?

—Es Blum.

—Bulum.

—Te vas a reír, estaba pensando en el dinero.

—¿Por qué? ¿No puedes pagar?

—Claro que puedo pagar, Mona.

—¿Cóctel de *sherry*?

—¿Quieres otro?

—No. Y mí, ¿puedes pagar por mí?

Por supuesto que podría pagar también por Mona, dijo Blum, pero ¿acaso no destrozaría aquello su amistad? Pero podría pagar de todos modos, afirmó Mona. Al fin y al cabo, no necesitaba el dinero para ella, que vivía con poca cosa, del aire, si era necesario; no, lo necesitaba para su padre, el general, que

llevaba treinta años en prisión completamente solo, olvidado por todos excepto por su hija, porque la prisión era tan secreta que nadie sabía dónde se encontraba, en algún lugar en el fin del mundo; pero en una ocasión consiguió enviar una carta, una carta que ella recibió un año más tarde. Y le había escrito que nada se había perdido; que se había hecho un reloj de sol en el patio de la prisión y que había enseñado a hablar a los pájaros y que las ratas le traían alimento. ¿Conseguiría Blum hacer algo así? Blum respondió que sí; si tuviera una hija como Mona lograría hacerlo y que nada se había perdido era algo que había descubierto en Estambul. Y Mona sonrió; fueron sólo dos finas estrías en los bordes de la boca, pero era una sonrisa. Cuando no se tenía nada más, aquello también era un motivo de felicidad.

—Ahora vamos a habitación tranquila —dijo ella.

La «habitación tranquila» resultó ser una sorpresa. Allí donde se celebraba el amor, el Roxy-Bar era un agradable burdel antiguo, con paredes tapizadas de rosa y salas con buena calefacción en las que no se había escatimado en tiestos con palmeras ni en cortinas de terciopelo, en otomanas turcas o en camas de matrimonio, en lámparas de araña o en espejos con marcos dorados. Tal vez Blum hubiera infravalorado el gusto de Hackensack; pero el polvo que lo cubría todo mostraba que el siglo XIX tampoco tenía demasiados fans en Ostende.

Al igual que el burdel no había escatimado en el mobiliario, Mona tampoco escatimó. Todo el rato conseguía sacarle a Blum placeres y billetes nuevos, e incluso a veces ella también tenía momentos en los que disfrutaba y entonces producía extraños sonidos, como el trino de los pájaros, de manera que Blum empezó a preguntarse qué tipo de persona sería su padre y a qué tipo de pájaros había enseñado a hablar. Al final, él se tumbó bañado en sudor con la cabeza entre sus muslos, sobre su vientre húmedo, y sus pensamientos estaban lejos, en China, cuando un viento frío cruzó la habitación. Abrió los ojos. En la puerta había un tipo con un traje blanco. Aquel hombre le resultaba conocido. Después entró otro en la habitación a través de una puerta escondida tras el tapizado de la pared. Llevaba una cazadora de cuero y le resultaba menos familiar. Entonces Mona se desprendió de él y desapareció por la puerta del tapizado. Blum se incorporó y se frotó los ojos. Casi se había olvidado de aquel tipo.

—Supongo que ya has terminado —dijo Rossi cerrando la puerta que tenía detrás de él.

—Estás cometiendo un error —dijo Blum.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—No tengo la cocaína.

—¿Por qué mientes, Blum? Desde Ámsterdam te he estado observando todo el tiempo. El maletín está en la consigna y el resguardo se encuentra en el bolsillo de tu chaqueta.

Así que le estaba observando desde Ámsterdam. Así que no desde Malta, no desde Múnich, no desde Fráncfort.

—¿Y cómo os habéis enterado de que estaba en Ámsterdam?

—Ámsterdam es una ciudad pequeña, Blum. Cuando pasa algo así se enteran todo el mundo.

—¿Y el tipo de los ojos de rana en Fráncfort no trabajaba para ti?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Puedo vestirme?

—Te lo ruego.

El italiano se recostó junto a la puerta y observó cómo se vestía Blum. Su socio hojeaba un cómic, aburrido. Los movimientos de Blum eran algo lentos. Para ponerse un calcetín precisó de un minuto entero.

—No tengo toda la noche, Blum.

—Después de follar uno tendría que ponerse ropa limpia.

Rossi no respondió, sino que se dedicó a mirarse las uñas.

—Es cierto que aún tengo el maletín, Rossi, pero la mercancía ya no está dentro. ¿Quién viajaría con cocaína a Ostende? No, le he dado la mercancía a una gente de Ámsterdam. Me estaba poniendo demasiado nervioso.

—Si estás buscando el otro calcetín, está colgado del jarrón.

—Ah, sí, es cierto. Una chica magnífica esta Mona. ¿Cómo habéis averiguado que estaría en el Roxy?

—Cuando se te conoce un poco, los sitios a los que irías se pueden contar con los dedos de una mano. Ostende es un pueblo.

—¿Entonces todo esto con Mona estaba preparado?

—Puedes reflexionar al respecto hasta el final de tus días. Y no tardará mucho en llegar, teniendo en cuenta todos los errores que cometes.

—¿Qué clase de errores? Quiero decir... bueno, lo acepto, quizá fuese un error coger el resguardo de tu... eh... peluca... ya veo que la llevas otra vez... la peluca... pero eso es algo que hubiese hecho cualquiera.

—Tu mayor error fue no vender la cocaína de inmediato.

—El tipo no tenía dinero. Además no me puedo quejar. He pasado unos días estupendos.

—A costa mía, sí.

Rossi le dio un trago al whisky que había pedido Blum. Éste se encontraba sentado sobre la cama e intentaba calzarse los botines.

—¿Y ahora qué pasará?

—Puedes imaginártelo.

—¿Por qué no me quitasteis la mercancía en Ámsterdam?

—Queríamos ver qué hacías con ella. Pero eres demasiado nervioso, Blum. Vamos, tómate tú también un trago. Blum se había puesto su chaqueta. Notaba el peso de la navaja.

—Y si estás pensando en intentar algo —dijo Rossi como si le hubiese leído el pensamiento a Blum—, puedes olvidarlo, Francesco es cinturón negro de kárate.

Francesco se inclinó de manera brusca en un ridículo saludo y luego volvió a dedicarse a los cómics. Blum ya estaba vestido. El traje blanco le sentaba bien a Rossi, pero Blum lo hubiera combinado con una corbata a cuadros. Los italianos ya no eran lo que habían sido. Aún no daba por perdida la cocaína.

—Bien, Blumo —dijo Rossi—, ahora vamos a coger la mercancía. Dame el resguardo.

—Reflexiona, Rossi. He dejado el maletín hace apenas tres horas. El tipo se acordará de mí. Es mucho mejor que lo haga yo mismo.

—Bueno. Quizá tengas incluso razón. Pero no olvides que no tienes ninguna oportunidad de salir de allí con la mercancía.

—¿Y qué pasará cuando tengas la coca?

La sonrisa de Rossi cuadraba con su brutal mandíbula.

—Ya se nos ocurrirá algo. *Andiamo*, Blum.

Eran poco más de las ocho. Abandonaron el Roxy por la puerta de la pared, un pasillo y una salida lateral. Volvía a llover. Rossi tenía un coche americano clásico, el gran traficante de drogas, pero no podía engañar a Blum. «Esto también es demasiado grande para él», pensó. En la Lange Straat

centelleaban las luces de neón de los bares y restaurantes; después llegaron al muelle, con la silueta de un ferry a la luz de un faro.

Giraron en dirección a la plaza de la estación. El coche se detuvo. Bajaron. Rossi caminaba delante, mientras que Francesco se mantenía muy cerca de Blum, a su lado. En la consigna había dos americanas entregando sus mochilas. Blum se sacó el resguardo de la cartera. Un italiano a la izquierda, otro a la derecha. En cuanto tuviese el maletín tendría que hacer algo, pero no tenía ni idea de qué. Le iba a resultar difícil armar jaleo. Pero si no hacía nada, los dos kilos y medio desaparecerían para siempre. Las americanas recibieron sus resguardos, pero se quedaron junto a la ventanilla mientras estudiaban el mapa de la ciudad. Rossi le dio un empujón a Blum.

—El resguardo, Blumo.

Blum se lo entregó al empleado. En la parte de atrás de la oficina de consigna vio a otros tres empleados de pie, fumando y observando a los tres extraños. La verdad es que no había mucho que hacer un viernes por la noche en la consigna de Ostende. Mientras el empleado aún andaba buscando el maletín, Blum tuvo una idea. Volvió la cabeza y le susurró a Rossi, que estaba detrás de él:

—¡Rossi, la Policía!

Notó cómo Francesco daba un respingo. Rossi le dio un empujón suave.

—¡No digas tonterías, Blum!

El empleado puso el maletín en el mostrador.

—No tengo dinero belga, Rossi.

Rossi pagó, el empleado sacó el maletín, Francesco cogió el cambio y Blum agarró el maletín. Aquél era el momento, pero no se le ocurría qué más podía hacer. Las americanas estaban en medio. Las rodearon y descubrieron al mismo tiempo a un hombre ante la puerta del restaurante que apagaba un cigarrillo con el pie.

Era Larry, el australiano.

—¡Es un policía, idiota!

Blum se puso en movimiento, aún con el maletín, y entonces todo sucedió de forma simultánea: el socio de Rossi intentó abalanzarse sobre Blum, Larry le puso la zancadilla, un tipo con una gabardina le cortó el paso a Blum y le quitó el maletín, las americanas gritaron, un policía de uniforme pilló a Rossi junto a la salida, Blum se tropezó y Larry lo cogió al vuelo; Larry le susurró algo al oído que él no entendió, y de pronto todos estaban saliendo de la estación, los italianos flanqueados por policías, Blum por Larry y el tipo de la gabardina. Larry tenía ahora el maletín en la mano; el ferry hizo sonar su

sirena; la lluvia cayó sobre el rostro de Blum y él sólo pudo pensar en una cosa: ahora estás bien jodido. Jodido en Ostende.

Lo metieron en un coche. Larry se sentó delante. Blum estaba en la parte de atrás con dos hombres de rostros duros e inexpresivos, sin esposas, pero ¿para qué hacían falta? Lo habían pillado. Al final, los polis habían ganado. Uno pensaba en el diablo y en ese mismo instante cobraba vida. Y aparecía Larry como jefe de policía, agente de narcóticos, por supuesto. Y a él le había estado hablando de Vietnam. Con él, esas cosas funcionaban, sí. Partieron. Blum tenía la sensación de estar cayendo por un agujero negro. Todo desaparecía, no tenía de dónde agarrarse, caía, se precipitaba al vacío. Prisión. Quería gritar, pero no fue capaz de emitir ningún sonido. ¿Cuánto le iba a caer? ¿Tres años? ¿Ocho? ¿Diez? Aunque fuese sólo uno, no lo soportaría. No con cuarenta. Mañana habría acabado todo.

El coche se detuvo en algún lugar, un barrio oscuro. Las enormes siluetas de los bloques de hoteles vacíos; oía el mar, estaba subiendo la marea. Entraron en una casa, luz de neón, una sala, parecía un hotel, alfombras, lámparas de araña, el vestíbulo; por supuesto, no eran polis corrientes. Lo mismo Larry estaba sonriendo, el muy cerdo. «Voy a llevarte a Gozo, allí estarás a salvo incluso de tu novia. La esposa del dentista». *Madonna*, no volveré a ver una mujer. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Tres años sin mujeres? ¿Ocho años? ¿Siempre? Prefiero que me hagan picadillo, prefiero diñarla ahora mismo».

Ascensor, pasillo, las alfombras se tragaban los pasos, delante estaba el tipo con barba y la cazadora con el maletín, su maletín, el maletín de la cocaína. Abrió una puerta y le hizo una seña a Blum. Los de las gabardinas se detuvieron. ¿Por qué tenía que colaborar y hacer lo que le dijeran? ¿Por qué atravesar también aquella puerta? Lo empujaron y entró, y vio a Hackensack en tirantes bebiéndose un vaso de whisky.

Pero Hackensack no estaba tomando whisky, sino zumo de manzana, y sobre la mesa que tenía al lado había una fila de frascos de píldoras, cajas de pastillas y ampollas. Llevaba sobre la cabeza un gorrito de plástico verde que le daba a su rostro un tono enfermizo. Incluso su nariz parecía pálida.

—Bueno, parece que todo ha salido bien, mister Blum. ¿Por qué me mira así?

Blum aún tenía que asimilarlo. No pronunció ni una palabra.

—Ah, seguro que le sorprende mi farmacia. Mi médico me ha impuesto el zumo de manzana y los productos químicos —comenzó a tomarse sus medicamentos—. Una para el hígado... una para la presión sanguínea... una para el azúcar... una para la circulación... una para el estómago... y una para el intestino... Cuando uno empieza a ver matasanos, ya no se puede escapar... y una para el metabolismo... y usted ha colaborado en gran medida a que yo esté así, mister Blum... ¿Usted también quiere alguna?

—No, gracias —logró responder—. Si no recuerdo mal, habíamos quedado en el Roxy-Bar.

—Es cierto. Pero de esta manera nos hemos librado de Rossi.

Hackensack le dio otro trago más a la botella de zumo de manzana y lo alejó tanto como le dio el brazo, con expresión de gran repugnancia. Se puso sus gafas de lectura y hojeó una carpeta.

—Y ahora, vamos con usted, mister Blum, Siegfried, nacido el 29 de marzo de 1940 en Butzbach, Oberhessen —una sonrisa leve cruzó fugazmente su rostro, que desde Malta parecía haber perdido algunos cúmulos de grasa—. ¿No está por ahí la penitenciaría? Bah, lo mismo da. De 1961 a 1963 estudió historia del arte y economía aplicada en Berlín. ¿Por qué abandonó la universidad tan rápido?

—¿Tengo que responder a esa pregunta?

—No tiene por qué, pero me gustaría hacerme una imagen de usted.

—Duraba demasiado.

—¿Ve? Después fue a Wiesbaden y abrió una galería. Blum & Blokowitch. Pero sólo estuvo abierta tres años. ¿Es que tampoco iba lo suficientemente rápido?

—Fuimos a la quiebra.

—¿Con qué tipo de arte comerciaban?

—Con arte antiguo, mister Hackensack. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—Por favor, mister Blum, los interrogatorios son algo de la Policía y de otros organismos estatales. Yo soy un hombre de negocios. En su galería ¿no comerciaban principalmente con iconos falsos?

—Los iconos son iconos.

—En 1969 tuvo una breve actuación en Estambul. ¿Qué hizo hasta entonces?

—Estuve participando activamente en el movimiento político.

—¿Se refiere a la pornografía que estuvo produciendo en 1968 en Copenhague? ¿Pero por qué sigue de pie todo el tiempo, mister Blum? Larry, tráele una silla cómoda. Vosotros ya os conocéis bien. Y seguro que recuerda aún al hermano Norman...

Efectivamente, al fondo, junto a la puerta, se encontraba sentado el hermano Norman con su traje negro, sonriéndole para darle ánimos. Eran tres: Hackensack, el hermano Norman y Larry. El maletín estaba sobre la mesa, al lado de Hackensack. Blum se sentó y se encendió un cigarrillo. Aquello no tenía pinta de diez años en prisión. Pero ¿no vendría al final algo mucho peor?

—Todo el dinero que pensábamos ganar con la pornografía debería haber ido al movimiento político, mister Hackensack.

—No sea ridículo, Blum. Traicionó a su socio, el tal Söderbaum, y desapareció con las revistas. De hecho, las últimas las estuvo tratando de colocar hace poco por todo el Mediterráneo como si fueran cerveza caducada.

—Los gustos han cambiado.

—Sí, así ha sido. Después vino Estambul, luego el asunto de la mantequilla, posteriormente se dedicó al negocio de las antigüedades, antigüedades falsificadas, que fue lo único que usted ha aprendido realmente...

—¿Falsificaciones? Por favor, yo no tengo ningún conocimiento en ese ámbito. Lo único que hice fue comprarlas.

—Y últimamente las cosas le han ido bastante mal, un trabajillo por aquí, otro por allá, incluso ha estado de camarero, y en Tánger y Túnez cayó tan bajo que se dedicó a vivir de las turistas.

—No pienso contestar a esos insultos, mister Hackensack.

—No es necesario que lo haga. Su historia habla por sí sola, Blum. Una historia con un final predecible. En cualquier caso, cuando estaba en Malta conoció a Rossi.

—Gracias a sus ayudantes, aquí presentes.

—Siempre digo que el poder de la casualidad es la mayor fuerza del universo.

En ese momento el hermano Norman abrió la boca.

—Siempre te digo que la casualidad no existe, Harry. En el campo de fuerza de Dios, nosotros somos las virutas de hierro que une el imán de la providencia.

—*Right on* —dijo Larry.

—Ahora sí que necesito un burbon —suspiró Hackensack. El australiano se sacó una petaca plateada de la cazadora y se la pasó a Hackensack, que le dio un largo trago y después se lamió satisfecho los suaves labios. Luego le ofreció la petaca a Blum.

—¿Estamos ya en la segunda fase del interrogatorio?

—¡Blum, déjese ya de esa tontería del interrogatorio! Eso sólo muestra que no tiene ni idea de lo que está hablando.

—¿Y cómo debo interpretar entonces nuestra pequeña conversación?

—Ya se lo he dicho, soy asesor empresarial. Evidentemente, no sólo aconsejo a empresas que realizan su actividad en el ámbito económico. Al fin y al cabo tengo numerosos contactos de la época anterior y así, de vez en cuando, también asesoro a empresas que se mueven más en círculos políticos.

—Lo cierto es que no soy capaz de imaginarle como asesor de terroristas, mister Hackensack.

—¿Quién ha hablado de terroristas? Estoy hablando de Gobiernos, Blum. Fijémonos en el caso que nos ocupa ahora. En breve podría hacerle un gran favor al Gobierno belga contribuyendo a eliminar un punto débil en su control antidrogas. ¿Mi precio? Ya veremos cómo se desarrolla la noche. Pero cuando salga por esa puerta, no se olvide de que también en Bélgica hay condenas considerables por traficar con estupefacientes.

—¿Qué es lo que quiere? Ya no tengo la mercancía. La tiene usted.

—Sí, y conseguirla ha supuesto un trabajo del demonio. Las preocupaciones que he tenido últimamente me han debilitado el corazón. Con el paso del tiempo nunca se rejuvenece.

—La mejor medicina es la oración, Harry —apuntó el hermano Norman. Hackensack le guiñó un ojo a Blum.

—La intención del hermano Norman es buena. No sé qué habría hecho sin él en Vietnam.

—En Casablanca su ayuda fue también impagable —añadió Larry, al que le entró un ataque de tos que le duró al menos tres minutos. «Quizá ya lleve tiempo en una celda —pensó Blum—, y sobre la puerta de entrada ponga “manicomio municipal”». Hackensack tamborileaba pensativo con sus dedos regordetes. En uno de ellos Blum vio un anillo que le resultó familiar. Claro, era el sello negro del cliente que había perdido en la casa de los reptiles.

—¿Lleva un anillo nuevo, mister Hackensack?

—Sí, me lo ha regalado un cliente.

—¿Acaso no era cliente mío?

—Y vaya pieza, mister Blum. El hombre arrastraba ocho condenas. Ha cometido toda clase de delitos, desde extorsión a malversación o falsificación de cheques. Le quería colar un bonito montón de billetes falsos. ¿Distingue bien los billetes falsos de los auténticos?

—No le pedí que me siguiera.

—¿Y por qué me ha estado llamando todo el rato? No, mister Blum, se lo dije hace poco tiempo en el Pegasus Bar: lo importante es el poder. El dinero o las drogas, por sí solos, carecen de interés si no se transforman en influencia política. Y sin la política ya no se pueden hacer negocios en la actualidad. ¡Larry, dame otro poco!

Tras dar un segundo trago, bien largo, los lóbulos de Hackensack comenzaron a arder. Blum le agradeció el ofrecimiento pero prefirió no beber.

—Tal vez podría contarme de dónde ha sacado toda esa información sobre mí, mister Hackensack.

—¿Se refiere a lo que aparece en este pequeño informe? Por favor, no me decepcione. Hoy en día pueden conseguirse estos informes hasta en los autoservicios.

—Ah, claro. No había caído. ¿Y qué sentido tiene nuestro pequeño encuentro?

—Blum, ¿qué es lo que le pasa? Al fin y al cabo, estuvo en Francfort en la empresa...

—¿Cuál es el nombre de pila de su secretaria?

—... Estuvo llamando, pidiendo y mendigando que le ayudara a proteger sus inversiones.

—Sí, mister Hackensack: quería su consejo, que me ayudara a colocarla y que me protegiera, pero no que me robara.

—¿Quién le ha robado nada? Hemos estado evitando todo el tiempo que le roben. ¿Qué cree que hubieran hecho con usted aquellos dos amigos de la tienda de cachivaches?

—Ya veo. ¿Y qué piensa hacer con la cocaína?

—Lo mismo que haría usted, mister Blum. Vamos a intentar venderla.

Se acercó el maletín y lo abrió. Sus ojos parecieron salirse de las órbitas, sus labios temblaban. Su nariz se tornó tan roja que parecía que se hubiese bebido una botella de burbon de una vez. Se quedó mirando a Blum a través de sus gafas de leer.

—¿Qué significa esto, hombre?

—Al final resulta que tampoco lo sabe todo, mister Hackensack. La felicidad está en los botes, en pequeñas dosis.

—Y ahora le contaré una pequeña historia. ¡Larry, dame un puro!

Larry también era el encargado de custodiar los habanos. Hackensack encendió uno, se puso cómodo y contó toda la historia, o al menos la parte que Blum debía oír. Todos estaban sentados alrededor de la mesita de fumadores y Blum jugueteaba con su navaja automática. Era una sensación agradable, pero nada más que eso. Las causas que llevaron a que un ex agente de la CIA, un misionero flamenco y un miembro de un equipo de las fuerzas especiales del ejército australiano acabaran encerrados juntos el último otoño de la Guerra de Vietnam en un pueblo perdido de la selva, a 250 millas al norte de Saigón, quedaron sin explicar, a no ser que uno confíe en el poder de la casualidad. Lo que sí quedaba claro era el destino que les esperaba. Mientras que Hackensack narraba lo sucedido con su estilo grandilocuente, el australiano se fue hundiendo en el sillón mientras miraba fijamente la doble ventana sobre la que martilleaba la lluvia. El hermano Norman tenía los ojos cerrados y parecía meditar. Blum vio a una mosca volar en círculos sobre una lámpara de pie. Su zumbido era extrañamente agudo, casi como el de un mosquito. Alguna gente también llevaba consigo sus propios mosquitos. Hackensack notó que Blum no estaba atendiendo demasiado y empezó a resumir. Habían sobrevivido porque cada uno de los prisioneros contaba con un talento adecuado para aquella situación: uno tenía fuerza, otro astucia y el tercero tenía fe.

—Así que una historia de lo más cotidiana, mister Blum; cotidiana para todos aquellos que participaron en la guerra. Pero esta experiencia también nos marcó a cada uno de nosotros tres de una manera singular: el soldado perdió un pulmón, el misionero su utilidad en la vida civil y yo, bueno, en la guerra perdí, sobre todo, mis reservas económicas. Así que decidimos trabajar juntos de allí en adelante. Y seguimos haciéndolo. Hemos logrado llevar a cabo algunos pequeños golpes. Y aunque haya dicho «pequeños», había algunos peces tan grandes que nunca los hubiésemos logrado por separado. Fíjese, Norman estuvo veinticinco años en la misión.

—¿Es por casualidad la misión de los Hermanos de los Últimos días?

—Vaya, así que a veces sí que tiene los ojos abiertos. Yo, por mi parte, estuve trabajando para el Gobierno durante mucho tiempo antes de pasarme a la empresa privada. Los que así lo hacemos, acabamos acumulando muchas experiencias útiles. Y desde que Larry ha comenzado a entrar en la investigación antidrogas, hemos ido acercándonos a los negocios realmente suculentos. Sí, mi querido Blum, incluso se podría decir que estamos en una buena racha.

Le dio unos golpecitos cariñosos a los botes familiares.

—¿Qué habría hecho si hubiese llegado a vender la mercancía en Múnich, Fráncfort o Ámsterdam?

—Ya se nos hubiese ocurrido algo. No le habría durado mucho el dinero.

—Pero cuando yo estaba en Múnich, ustedes no lo sabían.

—Larry lleva bastante tiempo detrás de Rossi. Su repentina aparición hizo variar notablemente nuestros planes. Pero al final ha sido usted el que se ha puesto en contacto con nosotros. Por suerte para usted, Blum.

—¿Suerte? ¿Me dice que me hubiesen quitado el dinero y ahora me dice que he tenido suerte?

—A nosotros lo que nos importa no es el dinero, Blum —interrumpió Larry.

—Eso ya me lo imagino. Por lo que veo todos tenéis trabajos muy bien remunerados.

—Como traficante de drogas es usted un desastre —dijo Hackensack calmado—. Espero que algún día mejore. Hoy en día hay que dejar el tráfico de estupefacientes a los profesionales y a los Gobiernos. Y ahora permítame que le cuente algo más. Como Larry ha dicho, a nosotros el dinero no nos importa tanto. Nosotros simplemente queremos retirarnos, si es posible, en un país que podamos controlar. Todos soñamos con nuestro pequeño imperio en una isla donde uno es el rey, ¿no es cierto? Bueno, pues nosotros hemos encontrado el nuestro. ¿Ha oído hablar alguna vez de Abaco?

Blum miró a Hackensack incapaz de pronunciar palabra.

—Ah, claro, eso fue hace mucho. Por aquel entonces seguro que estaba mejorando sus iconos con pan de oro o qué sé yo. En cualquier caso, Abaco es una isla en las Bahamas y hace algunos años había uno de esos millonarios idealistas que siempre había querido tener su propio Estado para poder actuar de benefactor. Contrató a uno de nuestros mejores agentes para lograr que la isla se independizara de las Bahamas. Casi lo consiguió, pero se vio involucrado en el Watergate y desapareció del mapa. Así que la gran

revolución de Abaco no se produjo. Tener una república propia no es algo únicamente divertido, ¿sabe? También es algo extremadamente lucrativo. Desde los sellos hasta los puertos francos o los casinos. ¿Ve a dónde quiero llegar?

Blum se encendió un HB. El penúltimo. Empezaba a impacientarse.

—Lo único que me interesa, mister Hackensack, es para qué necesita mi cocaína.

—En la zona que hemos elegido, dos kilos y medio de cocaína significan una gran cantidad de prestigio. Aquí sólo recibirá dinero a cambio, pero allí nos permitirá sentar las bases de nuestro negocio.

—¿Ah, sí? Entonces compre la cocaína, mister Hackensack. Se la venderé con mucho gusto. Incluso le haré un bonito descuento. Al fin y al cabo nos conocemos de Malta. Digamos cincuenta de los grandes. Dólares, por supuesto. También aceptaría cualquier otro tipo de divisa. Lo único es que debe ser en efectivo. Y dinero ya blanqueado, por favor.

Hackensack le sacudió la ceniza al cigarro. El sillón de cuero gimió bajo su peso.

—Pero Blum, no necesitamos comprarle la cocaína. Ya está en nuestro poder.

—Quizá deberías contarle lo del trabajo, Harry —dijo el australiano.

—Muy bien. Su representación como traficante de drogas no ha sido, precisamente, memorable, Blum, pero también reconozco que en estas dos semanas se ha ganado también cierto derecho a una compensación. Y Larry, que le conoce mejor que yo, considera que podría sernos útil en nuestros planes. Tiene buena presencia, también habla algunos idiomas y seguro que algo ha aprendido gracias a su actividad como comerciante de arte y vendedor de revistas porno. Así que, si quiere, puede unirse a nosotros.

—Como hermano —dijo Norman—, no te olvides de eso, Harry: también sería bienvenido como hermano.

Blum apagó su cigarrillo.

—Ahora escúcheme, mister Hackensack. Y vosotros también, hermanos. No necesito trabajar con vosotros y también paso de vuestra isla. Podéis conseguir cualquier isla, cualquier arrecife enano del mundo, y os limitaríais a hacer la misma mierda de siempre. Gobierno, misiones, guerras. Por no hablar del atraco puro y duro. Pero yo paso. También renuncio a su poder, Hackensack. Y tampoco necesito el trabajo, porque ya tengo uno. Trabajo para la empresa Blum. Yo soy mi propia empresa, una empresa de un solo hombre...

—Por lo que pone en el informe, la empresa no acaba de ir bien del todo.

—Ahí se ven las porquerías que venden hoy en día en los autoservicios. Y respecto a la mercancía, Hackensack, no quiero ninguna compensación. Resulta que es mía. Así que, o salgo con ella por esa puerta, o me paga; y por mí como si la usa para lavarse los dientes. Todo o nada, Hackensack, no me planteo otra cosa.

—¿Tiene algo en contra mía?

—¿Pretende robarme mi mercancía y luego me pregunta si tengo algo en contra suya?

—¡Le estoy ofreciendo la oportunidad de su vida, hombre!

—¿Ah, sí? ¿Dónde? ¿De qué trabajaría? ¿De director del bufé de desayuno en su Abaco?

Hackensack miró a Larry.

—Ya te lo había dicho, Larry, no nos puede ser de utilidad.

—Ahí tiene toda la razón —dijo Blum. Se puso de pie—. Para sus trabajos no soy de ninguna utilidad.

—Poco a poco me voy dando cuenta de por qué no ha conseguido venderle la mercancía a nadie. Con sus aspavientos... Vamos, no se ponga en ridículo. Uno no puede volverle la espalda a la realidad. Tuvo su oportunidad. Era pequeña, pero la tuvo, y no ha sabido utilizarla. Siga con sus revistas porno, sus antigüedades, su mantequilla. Ya verá lo lejos que llega con ellas. Pero la cocaína se queda aquí. ¿Sabe? Véalo como mis honorarios.

—¿Honorarios?

—Quería que le asesorara. Ya lo he hecho. El resumen de mi informe es: ¡cierre su empresa y váyase al infierno!

Cuando llegó a la puerta, Blum se dio de nuevo la vuelta.

Los botes rojos brillaban a la luz. Habían aguantado bien. Pero eso era lo único que podía decir de ellos.

La lluvia amainó. La marea golpeaba la playa y formaba espuma sobre las boyas, los guijarros y la arena llena de mierda de perro y de desperdicios. El cielo era de un gris borroso, con algunos agujeros pálidos y sin estrellas. En el mar, a lo lejos, bailaban las luces del bote de un pescador. Así que allí estaba él, en la playa, mientras las gaviotas descansaban sobre los tejados de los hoteles cuyas luces se iban apagando. Blum encendió la linterna que le había dado el viajante y la agitó sobre la mar rizada. Pero ¿qué mensaje podía dar? Lo cierto es que no le había pasado nada. Y lo que le había sucedido era algo que le pasaba a todo el mundo todos los días. SOS, así era cada minuto en tierra. Tiró la linterna al agua. Fuera todo, lejos todo lo que tenía. Se encendió su último cigarrillo. «Quizá debería encenderlo con mi último billete», pensó, pero uno nunca llega a ser tan libre. Uno seguía siendo lo que era y, si tenía suerte, tal vez llegara a ser aquello en lo que todo el mundo quiere convertirse, un triunfador a pequeña escala a medio camino entre el todo y la nada. Una gaviota comenzó a graznar sobre su cabeza, después otras la siguieron y se lanzaron sobre las oscuras olas que cada vez estaban más cerca de Blum. En el muelle aullaron las sirenas de los transbordadores. No oyó ningún paso pero sí unas toses que se acercaban a él. Larry permaneció un rato de pie a su lado. La luz de las farolas iluminaba gran parte de la playa, pero ellos permanecían en la oscuridad. Sobre la arena se retorcían copos de espuma. Al final el australiano tiró su cigarrillo. El viento lo arrastró hasta el paseo marítimo.

—Aún podrías venir con nosotros —dijo Larry—. Tengo los billetes.

—Aún puedo comprarme mis propios billetes.

—Hackensack es un buen hombre.

—Eso es algo que tú podrías decir de todo el mundo.

—Lo de la isla es un buen trabajo.

—*Peanuts* —respondió Blum pensando en mister Haq.

—Solo no lograrás salir adelante.

—Lo estaba haciendo muy bien hasta que llegasteis vosotros.

—Las islas son un bien de lo más escaso, Blum.

—Pues que sigan así.

—Oye, no te habrás tomado a mal lo de las revistas, ¿no? Era parte del trabajo.

—Maldito sea tu puto trabajo, Larry.

El australiano no respondió. Las olas les cubrieron los pies. Entonces, Larry preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora, Blum?

Sí, ¿qué iba a hacer ahora? Volvía a tener que tomar una decisión. Algunas empresas se arruinaban y otras seguían. Algunas personas perdían, pero eso no suponía que el resto ganara algo. Arrojó el cigarrillo al viento y miró el reloj.

—Me iré a ver el espectáculo del Roxy —dijo Blum.

F I N





JÖRG FAUSER (1944-1987) fue un escritor, poeta y periodista alemán. Su literatura estuvo marcada por la influencia de la generación beat norteamericana. Junto a Carl Weissner lanzó las revistas *UFO* y *Gazolin*, dos soportes de la prensa alternativa a principios de la década de 1970. Sus últimos trabajos giraron hacia la temática detectivesca. Se adaptó al cine una versión de *Der Schneemann*. Fauser murió atropellado por un camión mientras caminaba por una autopista, cerca de Múnich.

Obra literaria:

Aqualunge (1971), *Tophane* (1972), *Die Harry-Gelb-Story* (1973), *Open end* (1977), *Marlon Brando / der versilberte Rebell* (1978), *Der Strand der Städte* (1978), *Alles wird gut* (1979), *Requiem für einen Goldfisch* (1979), *Trotzki, Goethe und das Glück*, Munich 1979, *El hombre de nieve [Der Schneemann]* (1981), *Mann und Maus* (1982), *Blues für Blondinen* (1984), *Rohstoff* (1984), *Das Schlangenmaul* (1985), *Kant* (1987), *Jörg-Fauser-Edition* (1990-1994), *Blues in Blond* (1992), *Ich habe eine Mordswut* (1993), *Lese-Stoff* (2003).

Notas

[1] Programa de televisión que se emitió, desde 1967, en la ZDF alemana y cuyo título podría traducirse como Expediente XY... sin resolver. Trataba de resolver crímenes. [N. del E] <<